


ROMANCE
ACTUAL

El regreso de
CASANOVA

ARLETTE
GENEVE

 Independently
published

El regreso de
CASANOVA

ARLETTE
GENEVE

ISBN: 9781549981159

Sello: Independently published

© Arlette Geneve, 2017

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

Mansión Goodneston Park, Washington D.C

Robert esperaba impaciente las fiestas que solía dar su padre en la mansión familiar. A los eventos acudían la flor y nata tanto de la sociedad de Washington como la de Baltimore. Desde su lugar escondido podía escuchar el sonido de la suave música y la risa de su tía materna que atendía en esos momentos al senador Presley y a su esposa Kelly: una rolliza mujer con una voz de pito que resultaba bastante molesta. Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro juvenil al contemplar el rostro de ella que mantenía la compostura como un soldado en el frente escuchando a su interlocutora.

Desde la planta superior de la casa tenía una visión perfecta del amplio vestíbulo y de parte del salón que tenía las dobles puertas abiertas de par en par. Seguía el ir y venir de las mujeres que iban ataviadas con vestidos que brillaban, no solo por los fastuosos tejidos de lentejuelas, sino por las joyas que lucían sus cuellos y sus orejas. También le gustaba observar a los hombres que vestían impecables trajes negros. Uno de los invitados que vestía de gris claro, le llamó poderosamente la atención pues resaltaba de entre el resto como una mosca en un tazón de leche. Llevaba el pelo muy corto y engominado hacia atrás, y lo miraba todo con cierto desdén. Le pareció que le disgustaba estar entre tantos políticos, banqueros y empresarios.

—¿Puedo sentarme contigo?

Robert se sobresaltó al escuchar la voz infantil. Giró la cabeza, y desvió los ojos de los invitados a la aparición: una niña que no debía de tener más de nueve o diez años.

—No —fue su tajante respuesta aunque ofrecida en voz baja para no llamar la atención de su padre en el salón.

Robert tendría que estar en su habitación y no espiando tras los barrotes de la barandilla.

—Yo tampoco puedo dormir —dijo la niña muy seria—, porque hay mucho ruido.

Robert pensó que el verdadero ruido vendría después, cuando las mujeres estuvieran contentas con el alcohol, y no pudieran controlar sus voces chillonas. Los hombres alzarían la voz para hacerse oír entre ellos, y la música subiría al mismo tiempo de volumen.

—¿Dónde está tu niñera? —le preguntó hosco.

—No lo sé —admitió en un susurro—. Estaba sola en la habitación y sentía miedo, por eso me levanté y salí al pasillo...

—La casa está llena de gente —contestó sin dejar de mirarla.

La niña de ojos grandes parecía en verdad asustada.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —insistió.

Robert soltó un suspiro largo y terminó aceptando.

—Esta bien, pero no me molestes.

La pequeña se sentó muy pegada a él, detalle que lo molestó. Robert se apartó rápido, pero ella volvió a moverse para quedarse muy quieta a su lado, finalmente el chico no se apartó de nuevo.

—Me llamo Grace Silver —dijo la niña.

Robert volvió a mirar por la barandilla, como si hubiera dejado de interesarle.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber—. Yo no sé quién eres tú.

Ni Robert pensaba decírselo.

—Ayudé a mi tía Helen a escribir la lista de invitados a la fiesta, y solo uno de esos invitados tenía menos de cuarenta años.

Grace lo miró asombrada. El chico era un adolescente, pero hablaba como un adulto.

—Tengo diez —admitió franca—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó muy interesada.

Robert dudó en darle una respuesta porque no le gustaba relacionarse con niños, y esa pequeña se estaba convirtiendo en un estorbo. Le gustaba observar a los invitados en los diferentes eventos que convocaba su padre, y los analizaba. Le parecía un entretenimiento contemplar sus diferentes comportamientos. Lo que bebían, vestían, confesaban...

—Me gustaría que se me conociera por el apellido de mi madre, Casanova.

La niña parpadeó al escucharlo.

—¿Es un apellido extranjero? —siguió insistiendo.

Robert terminó por sonreír, y Grace se dijo que no parecía tan feo como cuando tenía el cejo fruncido.

—Mi abuelo paterno es italiano —contestó confidente, por eso mi madre se apellida así.

Grace se quedó pensativa.

—¿Te llamas como tu abuelo y no como tu papá? ¿No tienes papá? —fue el lógico razonamiento al que llegó la niña.

Robert la miró atónito.

—¡Por supuesto que tengo padre!

Grace no lo sabía muy bien, pero estaba segura de que todos los niños querían llamarse como los papás y no como las mamás.

—¿Cómo se llama tu papá? —insistió.

—¿Por qué quieres saberlo? Además, eso no es importante —respondió el otro en voz baja.

—Pero a mí me gusta conocer los nombres de los papás de mis amigos.

Robert chasqueó la lengua. La niña era muy cansina.

—Te recuerdo que no somos amigos —Grace hizo una mueca confusa bastante graciosa. Si su padre y su madre eran amigos del papá del chico, entonces Casanova era su amigo también—. Ese de ahí es mi padre.

Los ojos de la niña se dirigieron hacia el lugar que el chico le indicaba, y entonces sonrió de oreja a oreja.

—Nuestros padres sí son amigos, mira —ella le señaló a su vez a los dos hombres que se daban un saludo fraternal. Era el padre de ella, y el hombre que el chico le había señalado un momento antes.

Robert tenía ganas de quitársela de encima porque en breve los invitados pasarían al comedor, y él ya no podría continuar observándolos.

—Puede que sean conocidos y no amigos —la rectificó.

—¡Claro que son amigos! Y yo quiero que seas mi amigo.

—Las niñas como tú no pueden ser amigas de chicos como yo.

Eso a Grace le parecía una soberana tontería.

—¿Eres demasiado importante como para ser mi amigo? —le preguntó de sopetón.

Robert la miró tras escucharla.

—Ahora, no, porque no tengo edad suficiente para serlo, pero algún día seré tan influyente como Casanova.

La niña meditó en la respuesta de él.

—¿Ese Casanova es tan importante cómo nuestro presidente?

Robert resopló al escucharla. Esa niña jamás podría entender el motivo para que él quisiera ser como el personaje histórico de Giacomo Casanova.

—En el pasado, fue un famoso aventurero, un escritor, y el libertino más seductor de la historia de la humanidad.

La niña lo miró con los ojos abiertos de par en par. Robert se amonestó porque había hablado con ella como si fuera una chica y no una niña, pero debía de admitir que era bastante bonita.

—¡Vas a ser un aventurero! ¿Como Robinson Crusoe? —preguntó admirada.

A Robert se le hacía difícil relacionarse con las personas, pero sobre todo con las mujeres tras la muerte de su madre cuando era apenas un niño. Desde

entonces nunca mantenía contacto con ninguna, salvo con su niñera a la que adoraba.

—¿Y tú que piensas ser de mayor? —le preguntó Robert para cambiar de conversación.

La niña no se pensó la respuesta.

—Juez, como mi papá —sonrió al mismo tiempo que respondía.

Los ojos oscuros de Robert brillaron al escucharla.

—¿No quieres ser una princesa? —le preguntó burlón.

La niña soltó un suspiro largo y profundo.

—No me gustan las princesas —admitió sincera.

Robert no podía creer esa respuesta, ¿qué niña no soñaba con ser una princesa de cuento?

—¿Por qué? —la pregunta le salió sola.

—Porque todas son muy desgraciadas —la niña se mordió el labio inferior en un gesto que a Robert le pareció encantador—. Tienen madrastras horribles.

Esa era una gran verdad, pensó Robert.

—Pero todos los cuentos de princesas terminan bien —contestó con una sonrisa porque le hacía gracia ver la expresión de la niña—. Con un príncipe azul rescatándolas.

Grace entrecerró los ojos con dudas y meditando en esas palabras.

—Mi papá dice que una verdadera princesa no necesita que un príncipe la rescate —confesó en un susurro—. Las verdaderas princesas son fuertes, valientes, y deciden sobre su destino.

Esas palabras las había aprendido de memoria se dijo Robert. Y se preguntó qué clase de persona sería el padre de ella para enseñarle cosas tan serias.

—Un día, pequeña Grace, conocerás al príncipe de tus sueños, y no dudes de que te rescatará.

Si esas palabras tenían la intención de reconfortarla, lograron todo lo contrario. La sumieron en una gran confusión porque si un príncipe la rescataba, ello quería decir que sufriría mucho, como las princesas de los cuentos.

—¿Tú rescatarás a la princesa de tus sueños? —quiso saber.

Robert dejó de mirar hacia la planta inferior y clavó los ojos en el rostro dulce de la niña.

—Yo pienso rescatar a muchas princesas...

Grace lo ignoraba, pero esa conversación que mantenía con un adolescente complicado, iba a marcar un antes y un después en la vida de Robert Ward Casanova.

CAPÍTULO 1

Ciudad de Nueva York en la actualidad

Cuando Grace llegó al lugar de trabajo, se encontró un panorama desolador. Dos de las acompañantes que trabajaban para ella, tenían el rostro desencajado y un brillo de angustia en los ojos. Al recibir la llamada urgente de su secretaria Sarah, había regresado de su viaje a San Francisco lo más rápido posible.

—¿Qué sucede? —preguntó al mismo tiempo que dejaba sobre la silla, y con la serena calma que la caracterizaba, el bolso y la fina gabardina.

Sarah se había negado a contárselo por teléfono a pesar de su insistencia.

—Es Salma —respondió la secretaria mientras le tendía un móvil—. Está en el hospital.

Los ojos de Grace se entrecerraron.

—¿En el hospital? —preguntó incrédula—. ¿Cómo? ¿Por qué? —por su mente desfilaron innumerables imágenes de accidentes—. ¿Está grave? —ninguna de las tres le respondió lo que aumentó su angustia.

—Se sometió a un aborto...

Creyó que no había escuchado bien. Soltó un suspiro largo y tomó asiento sin dejar de mirar a su secretaria. Unos segundos después, observó detenidamente a las dos acompañantes: ambas se retorcían las manos con cierto nerviosismo, como si se culparan de algo. Lucy Barry y Amanda Butler trabajaban con ella desde hacía cuatro años. Junto a Salma, eran las chicas con más experiencia y las más solicitadas en la agencia.

—¿Un aborto? ¿Cómo es posible? —entre las mujeres se sucedió un silencio incómodo—. ¿Sabíais algo sobre esto?

Ambas hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

—Conocéis las reglas —les advirtió en un tono calculadamente seco.

—Pensamos que Salma cometió un descuido —contestó Amanda—, y quiso enmendarlo.

—¿Un descuido? —ninguna se atrevió a responderle.

Grace se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja. El avión había aterrizado dos horas antes, y apenas había tenido tiempo para hacer nada pues la urgencia en la llamada de Sarah la había dejado inquieta. La noticia era peor de lo que había esperado, sin embargo, mantuvo la calma valorando todas las opciones que se le presentaban.

—Tendría que haber recurrido a mí —la voz de Grace era decepcionada, como su postura tras el escritorio—. ¿Por qué me lo ocultó?

—Tendría sus dudas —informó Amanda sin tener en cuenta que no era necesaria esa aclaración.

—Todas cumplimos las reglas —apuntó Lucy—, pero los riesgos existen.

Grace apoyó la espalda en el recio sillón de piel, y puso las manos sobre la pulida madera del escritorio en una advertencia velada.

—En mi negocio no existen riesgos —matizó con voz dura—, y de producirse los asumo, pero no tolero las mentiras ni los engaños.

La crítica logró que Amanda y Lucy se encogieran.

—No ha habido engaño sino posible omisión —se atrevió a decir Lucy.

—¿Su embarazo pudo ser premeditado? —inquirió Sarah con voz neutra dándole a su jefa unos instantes para que asimilara la sorprendente noticia.

Los ojos de Grace brillaron con interés y sin perder detalle de los gestos de Amanda y de Lucy. Las dos eran inteligentes, hermosas, preparadas, y solo tenían que cumplir una de las reglas fundamentales de la agencia: no chantajear.

—Todas tenemos vida privada, y somos conscientes de que no hay método infalible que evite un embarazo aunque sea un requisito imprescindible para la agencia —contestó Amanda.

—Las reglas son muy claras, y vuestro deber es protegeros. Si desconocéis cómo hacerlo tenéis a vuestra disposición al mejor ginecólogo de Nueva York pagado por la agencia.

—No lo olvidamos, Grace, e ignoramos qué ha podido ocurrir con Salma pues ella no nos contó nada al respecto —se defendió Amanda.

—No sabíamos que estaba encinta —argumentó Lucy.

Grace Silver apoyó los codos en el escritorio.

—Contadme lo que sepáis... por favor.

Lucy y Amanda comenzaron a relatarle los pocos detalles que conocían. En las últimas semanas, Salma se había mostrado silenciosa y retraída hasta el punto de no querer ir con ellas de compras. Las acompañantes iban siempre a la última en moda y complementos. Eran mujeres que podían ganarse la vida como modelos, o ejercer la profesión que habían estudiado pues todas eran licenciadas universitarias salvo una, Salma Cooper.

Grace solo escogía lo mejor para sus selectos clientes.

Había fundado la agencia Serenity diez años atrás. Cobraba cifras muy elevadas por asesorar a clientes y concertar encuentros con las mujeres que había contratado previamente para que actuaran de acompañantes. Los hombres que llegaban a la agencia eran solteros, viudos y divorciados de éxito y muy selectivos que no podían perder su valioso tiempo buscando una compañía femenina que les resultara satisfactoria para los diferentes eventos a los que tenían que asistir, y a los que no deseaban asistir solos. Querían disfrutar de la

belleza de una mujer inteligente sin complicaciones, y como disponían del suficiente dinero para invertir en un servicio de lujo, lo hacían sin reparos. Ellos buscaban acompañantes para reuniones, para cenas, charlas, y diferentes eventos sociales.

Entre su cartera de clientes se encontraban políticos, consejeros delegados, fiscales, empresarios, y un largo etc. La agencia se había convertido en un referente elitista en la sociedad masculina de Nueva York. Expandirse era el propósito de Grace, por ese motivo había viajado a San Francisco, pero una mala decisión de Salma había pospuesto sus planes, y quizás la continuación y el auge de la agencia.

Todavía no podía calibrar las consecuencias.

—¿Está muy grave? —volvió a preguntar.

Fue Sarah la que respondió.

—Ya ha salido del peligro, pero temo que estará un tiempo sin poder trabajar.

La contestación de la secretaria la dejó atónita.

—¿Trabajar de nuevo después de incumplir la regla más elemental que la agencia le exigía? No lo creo probable.

Amanda y Lucy se mantuvieron en silencio.

—Además de Salma tenemos otro problema —dijo de pronto Sarah.

Grace la miró con cierta acritud pues todavía no se había recuperado de la noticia. Ella podía entender una mala decisión tomada de otra acompañante más joven e inexperta, pero Salma era la que tenía más experiencia y era a la que más apreciaba.

—Salma tenía mañana tenía cita con Robert Ward.

—Ward... —Grace entrecerró los ojos recordando.

—El excéntrico empresario de Washington.

A la respuesta de Sarah, Grace parpadeó.

—No te olvides de añadir genio, millonario, maniático y... —Amanda no concluyó la frase.

—Con un trastorno obsesivo-compulsivo —terminó Sarah—. Es el cliente que más paga por cita, pero solo paga por una acompañante en concreto.

Grace ya sabía que esa acompañante era Salma.

—Anula la cita y arregla una llamada urgente de teléfono con él —ordenó tajante.

La agencia tenía un prestigio ganado a pulso, y Grace lamentó que el incidente de Salma lo dejara en entredicho. Hablaría personalmente con Ward y le daría una explicación razonable para la ausencia de su acompañante preferida en su visita de negocios a Nueva York. Era consciente que muchos de sus

clientes habían llegado a la agencia gracias al exitoso empresario, y que el negocio se podría resentir si Ward le retiraba la confianza que había depositado en ella tiempo atrás.

—Anula la cita —reiteró muy seria—. Buscaré una buena explicación para ofrecerle.

Sarah hizo un gesto negativo impropio en una secretaria.

—Pagó 250.000 mil dólares por anticipado.

—¡Por una cita! —exclamó Grace tan atónita que apenas podía pensar. Era una cifra demasiado elevada—. No podremos devolverle el dinero —Sarah la miró sin comprender—. Adelanté 500.000 mil dólares para la propiedad de San Francisco.

Y en el adelanto iba incluido el de Ward. Grace se dijo que debía repasar las cuentas de la agencia de forma prioritaria. Ella ya no llevaba la economía de la empresa ni las entrevistas.

—Ignoraba que habías adelantado el pago —se excusó la secretaria.

Grace no se lo había comunicado porque había sido una decisión de última hora. Todo se complicaba.

—¿250.000 dólares por una cita? No puedo creerlo —reiteró tan asombrada que le fallaba la voz.

—No es solo una cita —contestó la secretaria—, son cinco días completos.

Sarah Boss era el brazo derecho de Grace. Hasta que la contrató, ella misma se encargaba de llevar todos los registros y la contabilidad del negocio, pero la agencia había crecido exponencialmente, y ella quería expandir el negocio lo que le llevaba un trabajo arduo. Conocía personalmente a los clientes más antiguos. La agencia contaba con un total de cincuenta, la mayoría oriundos de Nueva York salvo excepciones, como Robert Ward.

—Hizo el pago a primeros de año —Grace parpadeó—. Como cada vez que viene a Nueva York.

—¿Conoces el motivo principal de su visita? —se interesó Grace.

Suponía que serían negocios, pero quería asegurarse de que no era una visita de placer.

—Negocios —confirmó Sarah—. Primero tiene que asistir a una cena con el senador Paul Sting, a un almuerzo con el empresario japonés Hara Korekiyo. Después una cita en Belmont Park Race, y otra en el Metropolitan con el alcalde.

Grace miró fijamente a las dos acompañantes asumiendo la preocupación que le había mostrado Sarah momentos antes: ninguna de las dos tenía la paciencia intelectual de Salma para mantener entretenido a un hombre como Robert Ward. Las otras mujeres que componían el mosaico de Serenity, que así se llamaba la agencia, tampoco estaban a la altura de un excéntrico como él.

Ward pagaba tanto porque era de difícil trato, y de exigencias continuas.

—Es nuestro mejor cliente —afirmó Sarah pensativa—, y tenemos que valorar que si anulamos la cita, es posible que lo perdamos a él y a otros que vinieron por recomendación suya.

Grace no tenía ninguna duda al respecto. Sarah había confirmado su pensamiento anterior.

—Tengo que ir a ver a Salma —musitó en voz baja.

La visita del millonario unido al problema que se les presentaba no disminuía el hecho de que Salma había estado entre la vida y la muerte. Grace no podía pensar en otra cosa.

—¿Y qué hacemos con Ward? —quiso saber la secretaria.

Apenas quedaba tiempo para pensar en una solución. Sí o sí el cliente estaría en Nueva York por la mañana, y por la noche se había citado con Salma, salvo que no podría acudir al encuentro. Grace pensaba a toda velocidad. No podía enviar a ninguna otra acompañante, pero ella siempre se guardaba una última baza que utilizaba muy de vez en cuando.

Pensó que había llegado el momento de hacerlo de nuevo.

Grace era la creadora de Serenity, conocía mejor que nadie su funcionamiento. Había entrevistado a los primeros clientes y los había admitido en la cartera de citas. Estaba cualificada para tratar con un hombre difícil.

—Me ocuparé personalmente del asunto. —Grace escuchó perfectamente el suspiro de alivio tanto de Amanda como de Lucy—. Cuando termine de hablar con Sarah, me reuniré con vosotras e iremos al hospital a ver a Salma. Tiene muchas cosas que explicar.

Amanda y Lucy salieron del despacho en silencio. Sarah ocupó una de las sillas que habían dejado vacías y se dedicó a observar a su jefa con atención.

—¿Qué piensas hacer? —el tono de la secretaria era de alarma.

—Lo único que puedo hacer en una situación tan delicada: ser la acompañante de Ward —si quería sorprende a su secretaria, lo consiguió con creces.

—¡Nunca has acompañado a ningún cliente! —Sarah estaba asombrada y preocupada al mismo porcentaje.

Grace hizo un gesto apenas perceptivo.

—Lo hice un par de veces porque eran clientes muy selectivos y con verdaderos problemas de comunicación, Salma no había comenzado a trabajar en Serenity por aquel entonces. —Sarah estaba en verdad asombrada. Ella no tenía ni idea—. ¿Dónde se ha concertado el encuentro?

—El primero, en casa del senador —Grace respiró contrariada por las palabras de Sarah—. No es la primera vez que Salma asiste con Ward a la

mansión del senador.

Un olvido imperdonable, pensó ella. Desde que Ward ingresó en la cartera de clientes de la agencia, siempre se había visto con Salma. ¿Le importaría a él el inesperado e inoportuno cambio de acompañante?

—Nuestro principal problema no es el lugar —contestó la jefa pensativa.

—Grace... —Sarah calló un momento antes de continuar adelante con algo que le preocupaba realmente—, ¿te consta si Salma mantenía una relación sentimental que no hubiera comunicado a la agencia? —la secretaria parecía realmente consternada de que la jefa ocupara el lugar de la otra.

Grace negó con la cabeza.

—Las chicas tienen absoluta libertad sobre su vida privada siempre y cuando no perjudiquen a la agencia con plantones a los clientes, o despidos voluntarios e imprevistos que nos dejen en mal lugar —respondió a Sarah.

La agencia Serenity era un lugar elitista de señoritas cultas y refinadas que actuaban como acompañantes de hombres viudos, solteros y ricos para citas sociales a las que no podían acudir solos. Aunque Grace no se engañaba, sabía que algunas de las acompañantes mantenían alguna relación esporádica con novios y conocidos al mismo tiempo que trabajaban, pero eso era algo que respetaba siempre que no perjudicaran a la agencia.

Sarah se atrevió a preguntar.

—¿Y si Ward no acepta el cambio de acompañante? Paga mucho por la compañía de Salma.

Grace no quería pensar en ello porque tenía la mente puesta en Salma y en la decisión de practicarse un aborto ilegal.

—Puede negarse y sería un problema porque la agencia no podrá asumir el reembolso del importe abonado por los cinco días —afirmó Grace.

—¿Quién será el padre del bebé de Salma? —se atrevió a preguntar la secretaria—. ¿Mantendría una relación sentimental con un cliente?

Grace la miró con ojos brillantes y preocupados.

—No lo creo, además, los clientes son conscientes de que Serenity no es un club de alterne. Ofrecemos acompañantes para citas de negocios, familiares, sociales, e incluso hemos proporcionado algunas novias maravillosas —varios viudos y otros tantos divorciados habían encontrado en las acompañantes de Serenity a la mujer que buscaban para vivir una vida en pareja. La agencia había celebrado varios matrimonios con éxito, y ya se referían al negocio como agencia matrimonial, y no como agencia de acompañantes—. Confío de corazón que Salma me explique todo —admitió.

—Siempre ha sido muy reservada... —la voz de la secretaria había bajado de volumen—. Espero que no te veas en una situación difícil por culpa de su

decisión.

Sarah pensaba en el prestigio de Serenity. Grace miró a Sarah con determinación.

—Como dueña de la agencia —Grace tomó aire antes de continuar con su aclaración—, tomaré las medidas oportunas para protegerla.

Grace se levantó del sillón y caminó directamente hacia la puerta.

CAPÍTULO 2

El día que conoció a Salma Cooper, ocurrió en una librería. Grace era una buena lectora, y solía llevarse de diferentes librerías algunos libros que devoraba durante su tiempo libre. Cuando Salma le recomendó un clásico que terminó adorando, fue el comienzo de una bonita amistad entre ambas. Con el paso del tiempo, esa amistad fue tomando forma. Quedaban para tomar café y hablar sobre literatura, divorcio, amigos, y una cosa llevó a la otra. Cenaron juntas e hicieron un par de viaje al oeste. Conectaron tanto que la relación se tradujo en una profunda amistad, hasta el día que Salma le pidió ayuda. Su amiga le explicó llena de angustia que estaban a punto de embargarle la casa por una deuda impagada de su ex marido. Cuando Grace desgranó los pormenores de su negocio elitista, Salma mantuvo un silencio sospechoso, pero días después le dijo que aceptaba porque su situación era en verdad desesperada. Grace no quería que trabajara para ella porque hacerlo significaría perderla como amiga. No podría mantener una amistad entre ambas si Salma decidía convertirse en su empleada, pero tanto insistió la otra, y con tanta desesperación, que terminó aceptando aunque a regañadientes.

Salma se convirtió en la mejor acompañante de la agencia.

Los clientes se la disputaban porque era refinada, culta, inteligente, y muy silenciosa. Se preguntó de nuevo por qué motivo se había quedado embarazada, y lo que más le preocupaba, por qué se había involucrado en un aborto clandestino.

El doctor venía por el pasillo, y se dirigía directamente hacia ella.

—Solo puedo permitir una visita —anunció seco.

Amanda y Lucy hicieron sendos gestos afirmativos, y se apartaron hacia un lado para permitirle a Grace que acompañara al doctor.

—La hemorragia ha sido muy grave —informó sin mirarla.

Grace podía intuir el desagrado del facultativo. Los abortos ilegales se podían entender en una aldea pobre y sin recursos de África, pero no en una ciudad moderna y vanguardista como Nueva York.

—Le hemos tenido que practicar una histerectomía debido al sangrado incontrolado que sufrió durante el aborto.

Grace detuvo sus pasos durante unos momentos. El doctor, cuando se percató de que la mujer se había parado, se giró hacia ella para mirarla con atención.

—¿Una histerectomía? —casi no podía formular la pregunta.

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el médico al verla pálida.

¡Por supuesto que no se encontraba bien!

—La paciente... ¿lo sabe?

El facultativo ya no respondió. Le señaló la puerta de la habitación y se giró para irse. Grace necesitaba respuestas, pero el hombre no estaba dispuesto a ofrecérselas. Empujó la hoja y caminó hasta la alta cama.

—¡Grace! —la paciente se había sorprendido al verla—. Creía que seguías de viaje en San Francisco.

Hizo lo más lógico en ese momento, cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó muy cerca de Salma. Sentía ganas de gritarle porque parecía un cadáver. De abrazarla porque debía de sufrir mucho.

—Has estado a punto de perder la vida —Salma no respondió—. ¿Por qué no acudiste a mí?

Había censura y dolor en las palabras. Salma se tomó su tiempo en responder.

—Nunca imaginé que habría complicaciones —su voz había sonado contenida, justificada—, pensé que todo estaría solucionado antes de que regresaras.

Entre las dos mujeres se suscitó un silencio prolongado. Salma pudo ver en los ojos de Grace una pregunta de la que tenía que darle una respuesta.

—El padre no era un cliente de la agencia —confesó dijo al fin—. No tienes que preocuparte por eso —Grace soltó el aliento que contenía poco a poco.

Relajó los hombros, y tragó la saliva espesa.

—¿Quién? —preguntó.

Salma se acomodó mejor en la estrecha cama.

—A diferencia de ti, las acompañantes tenemos otra vida además de la agencia. No solo somos muñecas de exposición en los diferentes eventos sociales de hombres ricos.

Ese había sido un golpe bajo e inesperado. Percibía en el tono de Salma un resquemor que era nuevo para ella.

—¿Qué hombre aceptaría de buen grado que su compañera sentimental saliera con otros hombres de cena? ¿De viaje? —inquirió la jefa.

Salma soltó un suspiro largo y profundo.

—Podría darte una lista infinita: ex maridos, ex compañeros, ex capullos integrales...

Grace entrecerró los ojos.

—¿Fue un accidente? —necesitaba saber si el embarazo de Salma había

sido deseado, porque de serlo, con la histerectomía, iba a recibir un golpe severo.

Salma desvió la cabeza para evitar la intensa mirada de Grace. No quería responder a la pregunta, y así lo entendió la otra. Durante varios minutos las dos guardaron silencio. Ambas respiraban de forma desigual, incómodas y dolidas.

—Mañana tienes una cita con Ward —dijo al fin Grace—, salvo que no podrás asistir.

La paciente giró la cabeza molesta.

—Si no se hubiera complicado mi operación, habría estado operativa.

Grace se mordió ligeramente el labio inferior al escucharla.

—No eres una centralita de teléfono, Salma —la reprendió, aunque le salía el cariño por cada poro de la piel—. Eres una acompañante libre, y puedes escoger dejar la agencia cuando lo desees.

—Serenity representa una vida de lujos sobre la que no es fácil renunciar, no, cuando se ha estado en el lado de la carencia.

Las mujeres de la agencia ganaban un sueldo más que respetable.

—No podemos anular la cita con Ward —afirmó Grace, y por su tono de voz, Salma supo que estaba bastante preocupada.

—No querrá a ninguna otra acompañante —afirmó.

Salma pensó que esa era una verdad indiscutible.

—Si lo perdemos —comenzó Grace—, puede ser el comienzo del fin para Serenity, y no puedo permitirlo.

Salma pensó que Grace exageraba. La agencia tenía un prestigio propio, y dudaba que el malestar de un cliente opacara el éxito que cosechaba semana tras semana, aunque viendo el rostro preocupado de Grace se dijo que todo era posible.

—Temes que trascienda la noticia sobre mi aborto, ¿no es cierto?

Grace sabía que las chicas no dirían nada, pero no podía contar con el silencio del hospital si algún periodista buscaba carnaza sobre algún político o personaje público que frecuentara Serenity. La confidencialidad estaba garantizada en su negocio, y ella misma procuraba la discreción y el silencio de sus acompañantes, pero Salma había roto la baraja al someterse a un aborto clandestino y después tener que acudir a un hospital para salvar su vida.

—Por ese motivo hice que me practicaran un aborto —se justificó la otra con voz seca—, no quería perjudicar a la agencia.

—Si hubieses contado conmigo, nada de esto habría ocurrido.

Salma pensó que lamentarse ahora no llevaba a ningún lugar.

—¿Y qué excusa has pensado para justificar mi ausencia con él? —quiso saber Salma.

—Ninguna.

—¿Entonces?

—He decidido ser su acompañante durante su estancia aquí —Salma la miró estupefacta.

Tras la sorpresa inicial, miró a su jefa con ojos brillantes.

—Seguro que no se negará —las palabras de Salma le provocaron cierto desaliento, como si hubieran sido pronunciadas con una segunda intención que no acertaba a comprender—. Conociéndolo, te aceptará porque sabe que eres un privilegio único y que puede que no se repita.

Grace no solía actuar como acompañante salvo alguna excepción, y los clientes lo sabían. Que hubiera decidido hacerlo con Ward era una clara muestra de que se tomaba su negocio muy en serio.

—Salma, hay varias cosas que necesito saber... —le costaba continuar, la mujer lo hizo por ella.

—¿Quieres saber si Ward y yo mantenemos relaciones íntimas cada vez que viene de visita de negocios a Nueva York? —Grace carraspeó con cierta incomodidad—. ¡No! —respondió Salma tajante.

A pesar de su negativa, Salma no percibió alivio en el suspiro de Grace sino una calmada aceptación.

—No era eso precisamente lo que quería preguntarte —Salma la miró con sorpresa—, aunque te agradezco la sinceridad.

—¿Qué deseas saber?

—Al reto que me presento porque las chicas dicen que es un hombre muy complicado —Grace suspiró de forma suave—. Lo percibí cuando lo entrevisté antes de aceptarlo como cliente en la agencia.

En el pasado, Grace se había encargado de hacer las sucesivas entrevistas a los hombres que solicitaban los servicios de Serenity. Los evaluaba, y discernía aquello que necesitaban en una acompañante para sus reuniones sociales. Cuando la agencia creció, contrató a una prestigiosa sicóloga francesa para que hiciera su trabajo de evaluación pues ella tenía que ocuparse de otros asuntos no menos importantes. Además, no quería ser un rostro visible para los nuevos clientes porque de esa forma reforzaba y protegía la privacidad del negocio.

—¿Has vuelto a ver a Ward tras aquella primera entrevista? —preguntó Salma con atención.

Grace negó de forma breve.

—No.

—Debo advertirte, si acaso sigues adelante, que es un hombre muy especial.

—Él mismo confesó cuando lo entrevisté, que sufría un ligero trastorno obsesivo-compulsivo que le impedía mantener relaciones duraderas y estables

con las mujeres. Por el reto que supuso, lo acepté en la agencia.

—Sentiste pena por él—respondió Salma.

—Fundé Serenity para hombres como Ward —le recordó.

Salma hizo una mueca. Volvió a removerse en la cama como si estuviera incómoda.

—El tipo de trastorno que padece es numeral —informó Salma—, por si lo ignoras.

—Numeral —repitió Grace—, lo sabía.

—Entonces ya sabes que siempre busca sentido a los números que le rodea.

—Entiendo...

—Evítaselos en todos los sentidos —le aconsejó, y al momento se sofocó—. Menuda tontería acabo de decir —se excusó Salma—. Eres la mejor en tu profesión para tratar ese tipo de trastornos.

—Cuando lo entrevisté llegué a creer que su dolencia estaba relacionada también con el perfeccionismo —dijo Grace en voz baja—. ¿Tengo razón?, no deseo andar a ciegas.

Grace recordó la forma en la que Ward había ordenado el contenido del bote de lapiceros sobre la mesa de su escritorio mientras ella le hacía las pertinentes preguntas.

—Sí, también —respondió Salma—. Siente una necesidad imperiosa de perfección, y todo tiene que estar dispuesto de acuerdo con determinadas pautas rígidas que él establece.

—Bien, eso quería confirmar —Grace parpadeó pensativa.

—No te olvides del control —la jefa asintió—, y, hay algo más —Salma interrumpió los pensamientos de Grace.

—¿Qué?

—A pesar del tiempo que nos conoces, Ward nunca se me ha insinuado ni pretendido que mi compañía fuera diferente a la acordada por la agencia. Además, siempre se ha mostrado como un auténtico caballero —Salma calló un momento, buscaba las palabras apropiadas—, pero tiene una necesidad obsesiva de dormir con una mujer.

Grace tensó los hombros al escucharla.

—¿Dormir con la acompañante...? —preguntó aunque había entendido perfectamente—. Eso es inadmisibile. ¿Por qué no informaste a la agencia en su momento?

Salma se mordió ligeramente el labio inferior.

—Es la única condición que exige de una acompañante.

Los ojos de Grace se entrecerraron porque la situación tomaba un cariz muy diferente. Ward debía de padecer una patología de dependencia que no le había

explicado cuando lo entrevistó en el pasado, ni ella la había percibido.

—Eso no es nada normal —contestó en voz baja—, y me preocupa.

—Parece peor de lo que es —trató de tranquilizarla Salma—. En el tiempo que lo conozco, y en la diversas citas que hemos mantenido, siempre ha sido muy respetuoso. Un auténtico caballero, de verdad.

¿Se podía ser un caballero acostado al lado de una mujer tan atractiva e inteligente como Salma?

—¿Quieres decir que durante cinco noches tendré que dormir junto a un hombre que sufre un trastorno obsesivo-compulsivo y dependiente?

El gesto afirmativo de Salma hizo que Grace chasqueara la lengua. Ahora comprendía por qué motivo Robert Ward pagaba tanto por la compañía de Salma.

—¿Te ha explicado lo que motiva esa necesidad de dormir abrazado a una extraña?

—Extraña no, acompañante elegida de forma cuidadosa —matizó Salma sin dejar de mirarla—, además, mantenemos una relación de amistad a pesar de la distancia.

Grace entrecerró los ojos al escucharla mientras meditaba en la posible causa para una necesidad así.

—¿Manteneis contacto fuera de la agencia? —se interesó.

Eso era algo atípico, y tendría que indagar sobre ello. Se preguntó si alguna otra acompañante mantendría amistad con clientes igual que Salma con Ward.

—Nos felicitamos en Navidad y en los cumpleaños —Grace mostró la perplejidad que le provocaba esa respuesta—. Puedo asegurarte que no tendrás ningún problema con él —afirmó Salma con ojos serios—. A veces he tenido la impresión que ha sufrido un profundo shock en su infancia.

—¿Te ha contado algo? Porque todo apunta a que sí.

—No se lo he preguntado —contestó—. Me prometió la primera noche que me respetaría como si fuera su hermana, y siempre ha cumplido su palabra.

Grace no sabía qué pensar al respecto, aunque sustituir a Salma le parecía ahora un pequeño problema, aunque no tenía tiempo para pensar en otra alternativa.

—Es una situación bastante extraña, peculiar y digna de estudio, me siento intrigada —admitió Grace.

Salma lo suponía, y por eso avivó su curiosidad.

—Detesta el color verde —continuó la otra—, es alérgico a las fresas, y no soporta el olor de ningún perfume.

Grace iba tomando nota de la información que le suministraba Salma. Necesitaba la ayuda de la persona que mejor lo conocía.

—Te agradezco todos los detalles —afirmó seria.

Salma asintió.

—Tendrás que vestir siempre formal, Ward aprecia los trajes en los que predominan los tonos blanco y negro. No podrás llevar zapatos bajo ni tampoco bolso —las cejas de Grace se alzaron en un interrogante—. Ward dice que las cuatro palabras que garantizan la humillación de un hombre en cualquier parte del mundo son: ¿me sostienes el bolso?, por ese motivo nunca le pidas que te sostenga el bolso si en algún momento llevas uno —Grace no pudo sino sonreír por la excentricidad del cliente. Visualizó mentalmente su armario para recordar cuántas prendas tenía en blanco y negro—. Para evitar un olvido imperdonable, nunca llevo bolso en nuestras citas.

—Una mujer sin bolso significa que no puede llevar móvil ni maquillaje, es como si estuviera...

Grace dejó la frase sin terminar.

—Desarmada —concluyó Salma.

—En verdad tiene más de una obsesión —dijo Grace pensativa, y analizando la información recibida.

—Es muy obsesivo con los juegos de palabras. Se pasaría las veinticuatro horas del día en duelos verbales, no lo olvides, porque es agotador.

—Menos mal que paga muy bien —apuntó Grace con cierto sarcasmo.

—Y le encanta que le responda siempre con doble intención.

—Duelos verbales, y doble intención —suspiró de nuevo—, no parece tan difícil de llevar a cabo.

Grace soltó un suspiro, y miró de nuevo a su amiga y empleada. Estaba pálida y tenía un brillo extraño en sus pupilas.

—No podré volver a la agencia, ¿verdad? —preguntó Salma a bocajarro.

Grace se tomó su tiempo en responder.

—De las normas que hay establecidas, dos son inquebrantables.

—Un embarazo premeditado estando contratada, y romper el silencio pactado con el cliente —apuntó Salma.

—Firmo con cada uno de ellos un documento de confidencialidad, y una de las cláusulas blindo por completo la información obtenida durante las citas para que no puedan propiciar en el futuro un chantaje propio o ajeno.

Grace se refería especialmente a reuniones de negocios de políticos, juristas, y empresarios donde se compartía información estrictamente confidencial. Sería una debacle para la agencia que rivales financieros sin escrúpulos trataran de comprar por miles de dólares esas informaciones a las acompañantes.

—Nunca he querido perjudicar a la agencia —aclaró de nuevo—, aunque sé

de algunas de mis compañeras que no son tan leales a la agencia como yo.

Esa afirmación de Salma la puso sobre aviso.

—Esa es una afirmación grave.

—Pero cierta, conozco al menos el intento de soborno por parte de una periodista...

Grace cerró los ojos.

—Agradezco tu sinceridad —Grace calló un momento—. Desde este momento tendré que tomar medidas. Las reglas están para cumplirlas.

—El dinero no conoce amigos —respondió Salma.

Grace respiró profundamente antes de hablar.

—Imagina por un momento que trasciende la información que acabas de compartir conmigo, la agencia podría enfrentarse a demandas millonarias de las que no podríamos hacer frente. Cundiría el pánico entre ellos porque se posicionarían en la peor situación. ¿Piensas que alguno querría correr un riesgo así? Por eso os hago firmar un documento legal sobre confidencialidad, por ese motivo os pago también.

—Durante los años que lleva funcionando la agencia, ninguna de las chicas se ha propuesto chantajear a un cliente, ni ha aceptado un soborno —defendió Salma a sus compañeras—, pero hay una periodista que insiste, y ofrece mucho dinero.

Ese era el temor más arraigado de Grace, la falta de lealtad.

—Ellos tendrían que ser más cuidadosos a la hora de revelar información confidencial...

Grace la interrumpió con un gesto apenas perceptible con la mano.

—En Serenity la confidencialidad entre cliente y acompañante está garantizada, y pienso hacer que continúe así.

—¿Y por eso me despides?

—Tu decisión ha dejado a la agencia en una posición delicada —contestó Grace muy seria—. Serenity no puede hacer frente al pago adelantado del señor Ward, y yo me veo en la necesidad de sustituirte.

Grace inspiró de nuevo. Despedir a Salma era mucho más difícil que pasar los próximos cinco días con un millonario excéntrico y controlador.

—Lamento haberte colocado en esa posición tan complicada.

—Eres la mejor acompañante que ha tenido la agencia —le recordó—, no solamente para Ward, sino para muchos otros que disfrutaban de tu inteligencia y de tu compañía.

—Si como mencionas soy la mejor, entonces no prescindas de mí. Me recuperaré y regresaré a la agencia.

Grace lamentó que no comprendiera lo grave de la situación.

—Es mi forma de protegerte a la agencia.

—¿Qué haré fuera de Serenity? —los ojos de Salma brillaron.

—Te prestaré el dinero necesario para que puedas montar la librería que siempre has soñado.

—Mi deseo es regresar a la agencia —reiteró terca.

Grace estuvo a punto de replicarle, pero no lo hizo.

—Tienes que recuperarte.

—Ahora habla la amiga y no la jefa —resopló la paciente algo enojada.

Salma, aunque era la mejor acompañante, no podía volver a trabajar porque había incumplido las reglas, y en parte Grace se alegraba porque si Salma no trabajaba más en la agencia, podría recuperarla como amiga.

—Lo lamento de veras —contestó grave.

CAPÍTULO 3

La reina de hielo, como la llamaba la prensa del corazón, se sentía esa noche agotada. Del aeropuerto había ido directamente a la agencia, después al hospital, y nuevamente a la agencia. Hasta que no lo tuvo todo bajo control, no se dio por satisfecha. Grace se desnudó y se metió en la ducha. Abrió el grifo del agua caliente y se abandonó bajo los chorros.

Había llamado por teléfono a Ward de forma personal para informarle del cambio de acompañante, pero resultó imposible. Al no poder contactar con él, le había dejado hasta cuatro mensajes de voz a su secretaria, aunque estaba convencida de que no le llegarían a tiempo. Cuando el coche del empresario la recogiera por la noche, se iba a llevar una sorpresa monumental que podría significar la debacle monetaria para la agencia si no lo aceptaba, o el alivio si lo hacía.

Iba a hacer lo imposible para no perderlo como cliente, y aunque solo lo había visto en una ocasión, confiaba en su instinto y profesionalidad para hacer que su estancia en Nueva York fuera una estancia inolvidable. Grace se envolvió en la toalla y salió de la ducha. Se enrolló el cabello en una toalla más pequeña y caminó hasta el espejo. Con la mano hizo una barrida porque estaba empañado aunque no sirvió de mucho, así que optó por ir al mueble bar para servirse un brandy, necesitaba beber algo fuerte y que la calentara por dentro.

Le había costado muchísimo sacar adelante el negocio: el Santo Grial de los solteros millonarios, como lo llamaba la prensa neoyorquina, y aunque la misma trataba de desvelar algunos de los nombres poderosos que frecuentaban Serenity, ella no lo había permitido. Por ese motivo llevaba especial cuidado al elegir a sus chicas, porque ser acompañante en la agencia era una oportunidad por la que cientos de mujeres en Nueva York sacarían los ojos.

El mundo en Serenity era fabuloso: fiestas, viajes, joyas, pero también era solitario, porque en la mayoría de las ocasiones el gran éxito dependía de dos grandes sacrificios: nada de pareja estable y nada de hijos... pero aquellas mujeres que trabajaban durante un tiempo en la agencia y luego decidían dejarlo, lo hacían mucho más ricas, y con un estatus social elevado puesto que se habían codeado mientras trabajaban con la crema y nata de la sociedad. Grace se enfrentaba en ocasiones a elecciones éticas y morales que nunca habría considerado, como despedir a Salma, rechazar a clientes: mantener a toda costa la privacidad que su negocio precisaba. Había sido siempre muy cuidadosa en la elección tanto de unas como de otros, y gracias a que se había mantenido fiel a

sus principios, el negocio había crecido y prosperado.

Las acompañantes pensaban que era fría, que no tenía sentimientos y que solo se centraba en el trabajo. Y no les faltaba razón.

Como huérfana, su vida giraba en torno a Serenity. Nunca se había planteado casarse y tener hijos porque su familia la componían las mujeres que hacían de acompañantes, también su secretaria, y el resto de empleados que lograban que todo funcionara con normalidad.

El edificio Serenity estaba ubicado en el mismo corazón de Manhattan, y era conocido como Silver Mansion Place, en honor al apellido de su padre, un prestigioso juez que había fallecido en un accidente de helicóptero. El edificio estaba ubicado en la Quinta Avenida, una de las más prestigiosas de la ciudad, y colindaba con el Museo Metropolitano. Tenía veinticinco habitaciones. Diez recámaras. Doce cuartos de baño, y más de mil metros cuadrados de superficie contando el jardín y al patio interior. Cuando murió su padre, Grace pensó en vender la propiedad, pero algo la detuvo. Con el tiempo surgió la idea de crear el negocio de las acompañantes, y decidió mantener el edificio a pesar de los grandes impuestos que tuvo que pagar para conservarlo.

La última planta le pertenecía en exclusiva, y era donde estaban ubicadas sus dependencias privadas. El resto del edificio estaba destinado a oficinas y estancias de las mujeres mientras se mantenían en activo.

Dejó la copa que se había servido, se levantó con cuidado y se dirigió hacia el baño para secarse el pelo. Una vez en el interior, detuvo el hilo de sus pensamientos. Se quedó desnuda frente al espejo, y se observó con ojo crítico. Ya no era una muchacha impulsiva. Había madurado emocionalmente. Su cuerpo era menos firme pero más redondeado. No tenía la agilidad de las mujeres universitarias, pero se mantenía en forma. Se miró el cabello y pensó en cortárselo, aunque lo descartó porque a los clientes les gustaban las melenas largas. Se lo cortaría cuando hubiera terminado su trabajo con Ward. Valoró recogerse en un moño alto para su primer encuentro con él porque le daría una apariencia más sofisticada, pero entonces incumpliría una de las normas de estilo. Las acompañantes nunca llevaban el cabello tintado en rojo, y tampoco rizado. Grace sabía que a los hombres ricos les gustaba el pelo liso y los colores castaños.

Se puso un camisón de satén largo y se cepilló el cabello húmedo, instantes después lo secó con ademanos mecánicos. Cuando dejó el secador sobre el mueble del baño, escuchó la puerta del apartamento. Debía de ser Sarah, pues era la única que tenía una copia de la llave y la suficiente confianza para invadir su espacio privado sin avisar.

—Te he traído la cena —Grace escuchó que dejaba la bandeja sobre la

mesita auxiliar del salón—. Imagino que no has tenido tiempo de prepararte nada.

Se colocó una bata sobre el camisón y salió del dormitorio con una sonrisa.

—Eres un ángel.

Sobre la mesa había dejado un plato con emparedados variados, fríos y calientes, también un vaso con té, y un plato de fruta ya troceada.

—¿Me acompañas? —la invitó.

Sarah negó brevemente.

—Te he traído el expediente de Ward —no lo había pedido, pero agradecía que se le adelantara. Sarah era la mejor ayudante.

—Muchas gracias, no sé qué haría sin ti.

Grace se sentó en el mullido sofá de piel marrón, y cruzó una pierna sobre la otra con gran elegancia. Tomó del plato un emparedado con delicadeza y se lo llevó a la boca. Sarah también tomó asiento frente a ella.

—Las chicas están realmente conmocionadas por lo de Salma —Grace podía imaginarlo—. Aunque lo sabían, creo que ninguna llegó a creerse de verdad que serían despedidas si incumplían las reglas.

Grace masticó lentamente y miró a su secretaria con atención.

—Es lo correcto, Sarah, aunque me crean un monstruo.

—No eres un monstruo —la rectificó—, ni te ven como tal.

—¿Y cómo me ven? —se atrevió a preguntar, aunque realmente le importaba muy poco la opinión que se formaran los demás sobre ella.

—Como una mujer talentosa, poderosa, respetada, admirada, y hasta temida porque eres rigurosa y exigente en el trabajo.

—Lo que me lleva a ser muchas veces incomprendida por quienes me rodean.

—Cierto —respondió la secretaria.

—Es agradable saberlo aunque ya lo imaginaba.

Sarah continuó.

—Poca gente entiende a las mujeres con ese poder sobre los hombres.

—¿Piensas que tengo poder sobre los hombres? —repitió Grace asombrada.

—Intuyes lo que necesitan, sabes dónde buscarlo, y te anticipas a sus gustos, si eso no es conocerlos...

—Me gusta esa conclusión —dijo con una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—Seguro que no ignoras cómo te ven ellos.

—¿Los clientes de la agencia?

—Los hombres en general —puntualizó la secretaria.

La conversación tomaba un prisma interesante para Grace.

—¿Cómo crees que me ven...? —hizo una pausa intencionada—, ¿los hombres en general?

—Distante, misteriosa, pero siempre rodeada de glamour.

—Serenity es un lugar muy glamuroso —reconoció sincera.

—También te ven como un ser humano complicado y contradictorio.

—No soy ese personaje cínico y amargado que el quinto poder se empeña en mostrar y catalogarme.

Grace se refería a los medios de comunicación. Algunas periodistas habían criticado duramente la agencia Serenity, y no menos a su dueña. Habían sido despiadadas y retorcidas en tergiversar la poca información que obtenían. Una periodista, tratando de buscar una exclusiva jugosa, se había colado en el edificio y sustraído información delicada. Para recuperarla Grace tuvo que pagar miles de dólares al periódico donde la mujer trabajaba. Afortunadamente, la información no versaba sobre ningún cliente, sino sobre ella y un hecho del pasado que la había marcado profundamente, y que había sido el detonante para esa actitud fría y distante que adoptaba en el presente. Debido al incidente con la periodista, Grace había contratado un sistema de seguridad que podría igualar en eficacia al del propio presidente del país.

Serenity era un búnker que guardaba demasiados secretos, y que no podían estar al alcance de manos codiciosas.

—Hay que saber mirar más allá de la fachada —dijo Sarah.

—Muy pocos tienen esa cualidad —argumentó en voz baja—, y paciencia.

—La gente que es buena en lo suyo no se dedica a sonreír constantemente, ¿no es cierto?

Esa conclusión de Sarah logró arrancarle a Grace una sonrisa genuina.

—Muy cierto —respondió dándole otro mordisco al emparedado de pollo.

—¿Te gustó la casa de San Francisco? —preguntó Sarah—. Si adelantaste tanto dinero es porque te decidiste a comprarla.

—El edificio es maravilloso, pero piden dos millones de dólares.

—No es un precio demasiado elevado —la secretaria hizo algunos cálculos mentales—, podremos asumirlo.

A Grace le gustaba cuando Sarah se incluía en las decisiones de la agencia.

—Es una casa de doscientos años que se cae a pedazos, y además es bastante pequeña.

—Tiene que tener algo que te guste o no habrías dado ninguna señal.

El brillo en los ojos de Grace fue muy revelador.

—Las vistas sobre el Golden Gate son espectaculares.

—¿Lo llamarás Serenity 2? —preguntó Sarah con una sonrisa.

Grace hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Golden House...

CAPÍTULO 4

Grace había devorado el día a una velocidad vertiginosa. Había atendido asuntos en la agencia, antes de marcharse a la peluquería donde le habían tintado el cabello de castaño, le habían cortado las puntas y se lo habían alisado. Sin los rizos naturales, el cabello le llegaba por la mitad de la espalda. Había comprado en la tienda de Valentino un par de vestidos negros de cóctel. Un traje de falda blanco con rayas grises, y algunos complementos en blanco y negro. Compró en Gucci una gabardina negra con grandes bolsillos donde podría llevar el móvil y la barra de labios. La ausencia de bolso era lo que más le preocupaba porque siempre llevaba una agenda electrónica, una agenda tradicional, la cartera, el móvil, las llaves... cientos de objetos que le eran imprescindibles en su día a día.

—El chofer de Ward está esperando abajo. —Sarah venía a sumar a la falta de tiempo de Grace cierta impaciencia—. Estás muy guapa, y aparentas diez años menos.

Grace llevaba un vestido entallado en negro muy elegante y sexi. Se colocó sobre los hombros el abrigo también de paño negro que lo acompañaba. Los zapatos de tacón negro lograban que sus piernas parecieran interminables. El único punto de color que llevaba era en los labios. Grace había prescindido del habitual marrón, y esa noche llevaba los labios rojos.

—Espero que se conforme conmigo.

Las palabras fueron pronunciadas en un tono de esperanza que le hubiera arrancado a Sarah una sonrisa si el asunto no fuera tan serio.

—Salma no tiene tu elegancia —afirmó la secretaria.

—Ni yo su paciencia —contestó Grace.

Respiró hondo porque en ese primer encuentro se jugaba mucho.

—La maleta ya está en el coche. También el portátil.

Grace se metió en el bolsillo derecho el móvil. En el izquierdo las llaves, el pañuelo y el carmín. No podía llevar nada para retocarse el maquillaje, y lo lamentó de veras. Ninguna mujer llevaba bien no disponer de un pequeño neceser con cosméticos. Sin bolso, se sentía desnuda.

—Suerte, jefa...

La elegante mansión del senador Sting era lo que podría esperarse en un hombre de su posición. Desde los jardines podía escuchar la suave música que amenizaba la velada. El chófer aparcó la limusina en la escalinata de entrada, y cuando Robert Ward le abrió la puerta, Grace se encomendó a la providencia.

—Ni te imaginas lo que he extrañado nuestras charlas.

Ella descendió con mucha elegancia aceptando la mano que él le ofrecía.

—Me complace escuchar algo así —contestó cortés.

Los ojos oscuros se clavaron en la figura que había descendido del vehículo con su ayuda. Seguía sujetándola por la mano. Grace fue consciente del desconcierto del empresario al verla. Del leve parpadeo, y la momentánea ausencia de respiración.

—Tú no eres Salma... —no terminó la conclusión obvia.

—Una afirmación obvia —respondió Grace con voz controlada.

—¡Grace Silver! —había gran incredulidad en la voz masculina.

Ella respiró profundo y lo miró sin un parpadeo. Agradeció en silencio que la recordara porque ello simplificaba las cosas entre los dos.

—Salma ha tenido un accidente y no hemos podido avisarte con tiempo. Sería un error imperdonable dejarte plantado en este viaje de negocios.

—¿Grace Silver? —volvió a preguntar en esta ocasión pero con un tono que se le antojó divertido, aunque seguramente se equivocaba.

—Necesitas una acompañante —contestó seria—, y yo soy la mejor.

Grace no quería dejar ninguna duda sobre su profesionalidad, y mientras el empresario digería el cambio de acompañante, ella se dedicó a observarlo con mucha atención. Vestía el clásico esmoquin negro con pajarita. Asegurar que le quedaba como un guante sería reducir la línea a un punto. Grace no lo recordaba tan alto ni tan atractivo.

—Necesito una conversadora inteligente que no me hastíe con sus respuestas.

—Intentaré estar a la altura.

—Creí que la jefa nunca actuaba de acompañante —el brillo enigmático en sus ojos, la desconcertó.

Grace sonrió levemente. Comenzaba el duelo verbal.

—¿Te sorprende?

Era indudable que Ward se sentía así.

—He pagado por cinco días de acompañamiento entretenido.

—Pueden ser seis.

—¿Por el mismo precio?

—Como compensación por el imprevisto cambio de acompañante.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir aquí.

Ahora venía el duelo de ingenio.

—Siempre llevo ventaja —remarcó—, sé muy bien en qué siglo, en qué mundo y en qué espacio puedo encontrarte.

A Grace le dio la impresión que su respuesta le había gustado.

Ward repasó con la mirada el atuendo de ella, como si necesitara aprobarlo. Finalmente le ofreció el brazo y la dirigió hacia la mansión. Grace supo que el primer asalto estaba ganado.

—Tengo que presentarte a nuestro gran anfitrión, por ese motivo te esperaba fuera de la casa —Grace no podía determinar si el tono de Ward era de fastidio o de indiferencia.

La condujo hacia el salón principal y sortearon a varios invitados importantes en su recorrido. Se detuvieron frente al senador que los miró con curiosidad.

—Como te prometí, Paul, te presento a mi acompañante, la señorita Silver.

El senador los atendió con cortesía, y Grace se percató que el senador desconocía lo que significaba la palabra acompañante en un negocio como Serenity.

—Es un placer, señorita Silver —tampoco parecía que la conociera, detalle que la sorprendió porque el hermano del senador era un cliente asiduo de la agencia.

Grace hizo una ligera inclinación con la cabeza y le ofreció su mirada más profesional.

—He oído hablar mucho sobre usted, senador.

—Confío que le haya sido provechoso.

Nada en la postura de Grace mostraba la sorpresa que le había causado esas palabras que lo mostraban como el creído petulante que era.

—Siempre me ha fascinado cómo los hombres se muestran ante el mundo y construyen su personaje a través de las acciones y las palabras, como es su caso.

El senador no entendió la respuesta de ella porque se lo tomó como un elogio y no como la crítica que era en realidad.

—Me agrada que piense así —respondió pomposo—, y espero que lo siga haciendo en el futuro, ahora si me disculpa, he de atender a nuevos invitados. Disfruta la velada, Robert.

Ward la había soltado mientras ella intercambiaba palabras con el senador. Había cruzado los brazos a la espalda mientras la miraba intensamente. Cuando Grace sintió un hormigueo en la nuca se giró hacia él. No se había percatado de la distancia que marcaba con ella.

—Siento la obligación de informarte que no se ha enterado de tu crítica.

—No lo era —aclaró tratando de ganar el terreno perdido—, simplemente le dije aquello que quería oír.

—¿Una copa de vino tinto? —le ofreció él.

—Blanco —pidió.

—Por supuesto...

Grace trató de entender esa coletilla. Cuando segundos después le puso la copa en la mano, los dedos de él rozaron los de ella. Grace se limitó a beber un sorbo sin dejar de observarlo. Ward tenía esa mirada franca del que sabe que ha vivido más y mejor que muchos mortales, y en cambio no se jactaba por ello.

—No me has preguntado por Salma —Grace tenía que salvar ese escollo cuanto antes.

Esperaba obtener cierta ventaja si lograba monopolizar la conversación.

—Esas no son las palabras correctas en este momento determinado.

Grace tenía la sensación que jugaban al ratón y al gato.

—Entonces no volveré a ofrecerlas —aceptó.

Durante los siguientes minutos, ambos se mantuvieron en silencio. Ward no la miraba a ella sino al conjunto de invitados. Como se le calentó la copa de vino en la mano, optó por dejarla sobre una mesa. Acto seguido el empresario la cogió y la apartó del borde y la colocó en la misma línea de otras copas vacías. Un gesto sin importancia para la mayoría, pero no para ella.

«Estás perdiendo el control y la objetividad», se dijo así misma.

—Discúlpame —le dijo Ward de pronto—, tengo que saludar a un conocido.

La dejó sola, y Grace respiró con cierto alivio aunque su momento de sosiego duró muy poco. El senador le presentó a otros dos políticos que ella conocía porque los había visto en diversas noticias en la prensa. Los saludó con cortesía y escuchó atentamente las discrepancias que los dos tenían sobre la política del país. Ambos preguntaron su opinión, opinión que ella se guardó de revelar, y los animó con sonrisas y con gestos amables para que ninguno se sintiera desairado. Ward regresó tiempo después, le traía otra copa de vino, pero en esta ocasión tinto.

Grace lo miró con sorpresa porque no se la había pedido.

—Las princesas que se creen sofisticadas paladean vino blanco, pero solo las mujeres que desean igualdad de trato con los hombres, se atreven con el vino tinto —como lo afirmaba bastante serio no se le ocurrió contradecirlo.

¿Por qué había utilizado Ward la palabra princesa? Algo se le escapaba. Aceptó la copa que le tendía y se la bebió de un trago.

—Cuidado —le advirtió—, podrías embriagarte —se burló.

Grace supuso que regresaban al juego verbal que tanto gustaba a los hombres millonarios y excéntricos como él. Había perdido el primer asalto, pero no pensaba perder ni uno más.

—Eso sería un resultado imperdonable —contestó ella tranquila—. Mi padre solía decir que el exceso de alcohol es perjudicial para conservar los

secretos.

Ward la miró con ojos entrecerrados.

—Nunca olvides que, a quien reveles tus secretos, venderás tu alma —citó él en voz baja.

Grace le mostró una sonrisa tímida.

—Si algo admiro de los hombres es que guardan mejor el secreto ajeno que el propio, y lo más sorprendente, jamás se avergüenza de ello.

Algo brilló en las pupilas de él y Grace supo que había captado por fin la atención que buscaba desde que salió del coche.

—¿Has disfrutado de la opinión de Kendall y Morrison? —Grace seguía en esa postura erguida que la mostraba elegante—. En política, ¿por cuál te decantarías?

Eran los dos hombres que le había presentado el senador momentos antes.

—Me he limitado a observar lo que decían.

Ward la tomó del codo para guiarla entre los invitados hacia otro salón menos concurrido.

—Te has propuesto aprender el juego —ella se dejó guiar confiada—, pero recuerda que después debes jugar ateniéndote a las reglas.

Grace veía la doble intención en cada palabra.

—Cuando se obedecen las reglas se pierde la diversión, ¿no lo sabías?

—Las trampas en política son un mal necesario —admitió él.

—Debo aclarar que la política nunca me ha interesado... del todo —la pausa había sido intencionada.

Ward la escuchaba con mucha atención.

—Ahora quiero saber lo que piensas —ella guardó silencio—, para saber a lo que atenerme en los próximos días.

Grace soltó un suspiro casi imperceptible al escucharlo. La conversación con él era mucho más complicada de lo que había imaginado cuando aceptó ser su acompañante, porque además tenía que distraerlo y también divertirlo.

—Pienso que las trampas han convertido la política en un arte.

—¿Un arte? —inquirió.

—El arte de obtener el dinero de los ricos y el voto de los pobres con el pretexto de proteger a los unos de los otros.

—¡Touché! —afortunadamente el resto de la velada en la casa del senador transcurrió tal y como Grace había esperado, de forma mucho más tranquila.

CAPÍTULO 5

Ward había reservado la suite presidencial más alta. Tenía una panorámica completa de la ciudad. Un espectacular apartamento de 400 metros cuadrados con todo lujo de detalles incluido conserje y un Rolls Royce con chofer a disposición del cliente si este lo solicitaba. Cada noche en la suite presidencial del Four Seasons, costaba más de treinta y seis mil dólares. Grace entendió el motivo para que las chicas no quisieran abandonar el trabajo en la agencia. Ser acompañantes las introducía en un mundo de lujo y riqueza al que pocas mujeres podían aspirar en sus vidas cotidianas.

—Percibo cierta tensión en tu postura.

Dejó de mirar a través de la pared de cristal y se giró despacio hacia la voz. Ward traía sendas copas de champán. Grace pensó que había bebido esa noche más que ninguna otra, si bien tomó la copa sin un titubeo, como se esperaba de ella.

—Es hora de continuar la conversación que pospusimos durante la cena con el senador Sting.

Grace supo que se refería a la ausencia de Salma en la cita. Aceptó la invitación de sentarse en el sillón de terciopelo mientras él tomaba asiento justo enfrente. Durante varios minutos se dedicaron a observarse en silencio, como si el resto de horas pasadas no hubieran sido suficientes.

—Estás aquí por el dinero que adelanté a la agencia —afirmó de pronto él.

Grace decidió no irse por las ramas.

—Por cada centavo.

El hombre vestido impecablemente sonrió de pronto.

—Así que Salma ha decidido volver con su ex marido y no se lo ha contado a la jefa —dijo como si lo hiciera para sí mismo.

Grace cayó en la trampa de lleno porque a la vista estaba de que ella ignoraba muchos más detalles sobre la vida privada de su empleada que Ward. ¿Salma había decidido regresar con Thomas? De ser cierto era la primera noticia que tenía.

—Estás valorando la veracidad de mi comentario —presumió él.

—Admito que Salma se ha mostrado más reservada de lo normal las últimas semanas.

—¿Percibo falta de sinceridad por tu parte o exceso de trabajo por la suya?

Ward estaba preguntando de forma solapada si Salma se encontraba con otro cliente que no fuera él.

—Ninguna de las dos valoraciones son ciertas —Grace apretó ligeramente los labios y cruzó con suavidad una pierna sobre la otra permitiendo que la altura de su vestido quedara por encima de la rodilla—. Salma ha sufrido un accidente que la mantendrá alejada de Serenity durante un tiempo.

No pensaba decirle el motivo real.

—Y para retener el dinero que el cliente entrega por una acompañante, la jefa ha decidido ocupar el lugar de la empleada.

—Es costumbre en Serenity lograr que el cliente quede plenamente satisfecho con lo contratado.

Ward entendió la doble intención en las palabras de ella.

—¿Lo decidimos con una partida de póker?

Parecía que él hablaba del dinero que había entregado por la compañía de Salma, pero Grace sabía que no era así.

—No —respondió—, si jugara al póker contigo nunca jugarías con tus cartas sino con las mías, lo que me dejaría en clara desventaja, ¿no es cierto?

—Se te da muy bien analizar a las personas —respondió él. Ella se mantuvo en un silencio prolongado—, pero a mí también.

—Detecto un trasfondo de sarcasmo en esa afirmación —apuntilló Grace.

—El sarcasmo es el condimento favorito para darle sabor a la conversación, ¿no opinas lo mismo? —por alguna extraña razón a Grace le pareció que se habían invertido los papeles, Ward la analizaba—. No te tomes a mal mis palabras.

—No lo hago.

—Me siento halagado de poder conversar contigo.

—Me alegro.

—Y deseo que nos conozcamos un poco mejor antes de irnos a la cama.

Si pretendía ponerla nerviosa con esa aclaración se equivocó. En el pasado, ella había tratado con hombres mucho más difíciles.

—Eso no te funcionara conmigo —La sonrisa de Grace lo descolocó.

—Háblame sobre cómo se te ocurrió fundar Serenity.

—Prefiero hablar sobre cualquier otro tema.

—Entonces, ¿sobre qué podemos hablar que no te incomode?

Ella fue directamente a la yugular.

—De ti... por ejemplo.

Ward cruzo una pierna sobre la otra.

—Eres una mujer muy hermosa, y siempre te ha preocupado que no te tomen en serio —a él le daba exactamente igual la sugerencia de ella de hablar sobre él.

—Es una preocupación normal en una mujer inteligente.

—¿Puedo decirte que tus respuestas me están irritando sobremanera?

Tras ese comentario, Grace se tomó unos segundos en darle una respuesta. Pensó que había equivocado el rumbo de sus contestaciones, y decidió tirar a matar, como él.

—Nunca esperaría un comentario así de un caballero, aunque sí de un hombre que sufrió en su juventud las burlas de sus compañeros de clase, ¿o quizás fue en la universidad?

—Manejas muy bien el sable de las palabras —afirmó él.

—Mucho mejor con aquellos que son de sonrisa fácil y de vestir trajes caros.

Los ojos de Ward brillaron con admiración.

—Sin lugar a dudas vales cada dólar que he pagado por tu compañía.

A Grace comenzaba a gustarle esa caída de ojos, y cómo lucía en el rostro anguloso la barba recortada, lo dotaba de más sex appeal del que necesitaba.

—¿Lo dudabas?

—Confieso que tus otras perlas pierden el brillo a tu lado —él se refería a las acompañantes de la agencia, y ella no supo si tomarse esas palabras como un cumplido o como un avance—. Podría acostumbrarme fácilmente a tu compañía.

—Querrás decir a mi ingenio conversador.

Ward volvió a llenar las copas de champán.

—¿Eres hija única o huérfana?

Podía contestarle con la verdad.

—Huérfana.

—Yo también.

Robert siguió.

—¿Cómo murieron tus padres?

—Mi madre se suicidó, y mi padre murió en un accidente de helicóptero.

Robert la miró con los ojos entrecerrados. Que lo dijera tan directamente le había impresionado, pero lo que Grace ignoraba era que él lo conocía todo sobre ella desde hacía muchos años.

—Los míos también murieron, pero mi madre mucho antes, cuando yo era un niño pequeño.

—Confío que ahí se terminen las similitudes entre ambos.

—¿Te asustaría que tuviésemos más cosas en común?

Ella se atrevió a preguntar:

—¿Cómo qué?

—TOC... —Grace echó la espalda hacia atrás para apoyar mejor el peso del cuerpo sobre el respaldo del sillón. Ward había tocado una nota que no se encontraba en ninguna partitura, lo que la desconcertó—. ¿Te he asustado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque has comenzado a respirar precipitadamente y las pupilas te brillan de forma intensa —ella no apartó la mirada—. Si hubiera estado acariciándote sería lógico, pero como no es el caso, debo suponer que te he asustado.

—No padezco ningún tipo de TOC.

—¿Quizás alguna forma de autismo?

—¿Te sentirías mejor si tu acompañante adoleciera de algún tipo de síntoma sicosomático? ¿Hablamos de empatía por tu parte?

—Me temo que no.

—Lo estás dejando muy claro, y me preocupa verte algo descentrado.

Ward la miró tan ardientemente que le hizo tragar la saliva con fuerza.

—Al fin veo asomar a la siquiatra defensiva, y no a la acompañante sumisa.

Grace parpadeó para ocultar la sorpresa que las palabras de él le provocaron. Creía que su antigua profesión había quedado bien escondida en su vida presente.

—El senador Sting conocía a tu padre —le dijo él calmando en parte su inquietud—, y su hermano Bruce te conoce a ti.

No sabía si soltar un suspiro de alivio o de preocupación. Ahí estaba el motivo para que él conociera su antigua profesión. Ward le había llevado cierta ventaja en información, pero podía adelantar el terreno perdido.

—Bruce Sting no se conoce ni a sí mismo, permíteme que cuestione su palabra sobre conocerme.

—Ahora entiendo por qué me hacías esas preguntas cuando solicité ingresar como cliente en Serenity. ¿Por qué no me dijiste que eras siquiatra?

—Porque dejé de ejercer la siquiatría hace muchos años.

La miró absorto, en silencio, y con una mueca provocadora en los labios.

—Debo decirte que estoy más que satisfecho con el cambio de acompañante en mi visita a Nueva York.

Era un cumplido en toda regla.

—No esperaba menos.

—Me gustan mucho tus respuestas.

—Y eso que no afilé el sable todavía.

Cliente y acompañante se quedaron mirando de forma fija. Como si siguieran midiéndose. Si él la veía como un rival digno de atención, ella también. Ward le sonrió y le señaló el dormitorio con la cabeza.

—Descansa, me reuniré contigo más tarde.

Grace le reconoció el mérito de tratar de escandalizarla a cada momento, y decidió ponerlo en su sitio.

—Permíteme que te recuerde que has contratado a una acompañante adulta,

y no a una niña pequeña a la que puedes ordenar que se vaya a dormir.

Ward sonrió.

—¿Quién te ha dicho que te he mandado a dormir?

Ella no le siguió el juego, además, no pensaba dormir en la misma cama.

—Prefiero esperarte aquí, hasta que decidas qué lugar prefieres para dormir, la cama o el sofá.

—¿Te he dado la impresión de que tendré en cuenta lo que prefieras?

—Me has dado la impresión de que no te gusta perder.

—Es que soy un buen jugador.

—Que no va a jugar con mis cartas —le recordó.

Ella se refería a dormir juntos. Era la única cosa que no estaba dispuesta a aceptar por mucho que le intrigara el motivo de Ward para necesitarlo.

—No puedes impedírmelo —le advirtió él.

Grace suspiró suavemente.

—Me alegra conocer el desenlace de este encuentro antes incluso de que se produzca gracias a que me has enseñado tus trampas —le dijo muy seria—, me alegra porque puedo retirarme si así lo creo conveniente.

Ward entrecerró los ojos hasta reducirlos a una línea. Grace Silver era una mujer de duro trato pero de exquisito comportamiento. Cuando tiempo atrás solicitó entrar en su selecto club de solteros, buscaba que ella lo acompañara, y por eso sufrió una tremenda decepción cuando le buscó una mujer distinta como acompañante.

Desde que la vio en la fiesta de sus padres, y a pesar de ser solo una niña, se había convertido en una obsesión para él.

—Te recuerdo que eres mi acompañante no mi siquiatra, y te prohíbo que me sicoanalices.

—Nunca haría tal cosa —afirmó rotunda—. Es una profesión que dejé de ejercer hace mucho tiempo —le recordó.

—¿Por qué? —le preguntó a bocajarro.

Grace le sonrió sin humor.

—Como si fuera a revelarte algo tan personal.

—¿Por qué? —insistió el otro.

—Me marchó a dormir —dijo de pronto.

—¿Por qué? —repitió Ward de nuevo.

Grace se levantó de forma muy lenta para enfatizar sus movimientos elegantes y medidos. Le quitó la copa de champán de la mano y se bebió el último trago que le quedaba.

Ward estaba perplejo por su comportamiento.

—No hagas ruido, por favor, me despierto con mucha facilidad.

Se giró y comenzó a andar hacia el dormitorio. Lo dejó en el salón completamente en silencio.

CAPÍTULO 6

Grace despertó sola y con dolor de cabeza. No estaba acostumbrada a beber vino tinto, pero como tenía que complacer los gustos de un cliente especial, lo había hecho, aunque ahora cosechaba los resultados. Buscó con los ojos la ropa que había dejado sobre el galán la noche anterior, pero no estaba. Tampoco la maleta con el resto de su vestuario. Escuchó la puerta y el carrito con el desayuno que debía traer un botones. Giró el rostro y miró el lado de la enorme cama que ella no había utilizado pero que estaba desecho.

¿Se había acostado con ella? Maldijo por lo bajo porque por lo visto no se lo había dejado bastante claro. Aunque ni se había enterado de cuando Ward se había metido en la cama con ella ni cuándo había salido.

Era lo más extraño que le había pasado nunca.

Le pareció realmente insólito haber dormido con un completo desconocido, también pensó que podría ser un peligro si lo analizaba con frialdad, pero se había gastado los 250.000 dólares que él había pagado por estar ese tiempo con Salma. Se pasó la mano por el cabello para ordenarlo un poco mientras se levantaba con cuidado. Tenía que darse una ducha pero antes tenía que encontrar su ropa.

—El desayuno espera —escuchó decirle desde el amplio vestidor.

Grace sintió el impulso de taparse con la colcha, pero se contuvo. Si había dormido con ella, habría visto el recatado pijama corto que llevaba puesto.

Él vestía impecable de los pies a la cabeza. Tenía un estilo elegante y formal enfundado en un traje gris claro hecho a medida.

—Primero me daré una ducha —respondió ella.

—Lo que sueles hacer normalmente con tu tiempo no es asunto mío, pero hoy tu tiempo me pertenece, y el tiempo de los próximos cuatro días.

Como Grace no llevaba reloj ignoraba la hora que era.

—Puedo desayunar más tarde —dijo mientras se dirigía hacia el vestidor.

Él, carraspeó para llamar su atención.

—No me gusta desayunar solo, y no he pagado 250.000 dólares para hacerlo.

El recordatorio del dinero pagado actuó sobre el ánimo de Grace como una apisonadora. Sufría resaca. No encontraba su ropa, y estaba a punto de mandarlo todo al diablo.

—Me gustaría vestirme antes de acompañarte a nutrirte, pero no encuentro mi ropa —le explicó para que entendiera su reticencia.

—La he mandado a la lavandería —ella lo miró con sorpresa—. Olía a perfume.

Grace se mordió ligeramente el labio inferior. La noche anterior no se perfumó siguiendo el consejo de Salma, pero había olvidado que todo su vestuario incluida sus maletas olían al perfume que utilizaba normalmente.

—¿No te lo dijo Salma? Porque imagino que te habrá dado un informe completo sobre mis gustos y manías —ella siguió en silencio—. Te prestaré una de mis camisas si te incomoda que mire constantemente ese pequeño y horrible pijama que llevas.

—Te lo agradezco.

—Ahórrame el sufrimiento de verlo de nuevo, por favor.

—Es muy cómodo —se defendió.

Ward caminó hacia el vestidor y escogió la primera camisa que vio: blanca con los botones nacarados. Cuando se la tendió, ella se acercó para cogerla y entonces él se inclinó hacia ella y olisqueó su cuello.

Grace sufrió un sobresalto.

—Tu perfume natural es delicioso...

Grace se puso la camisa sobre el pijama y caminó detrás de él hacia el comedor. Aceptó que le separara la silla y tomó la servilleta de lino que le tendió. Ward le sirvió un poco de zumo en una copa de cristal tallado.

—Estoy jugando con tus cartas —le dijo poco después de sentarse.

—Soy consciente —admitió ella—, pero será la última vez que lo hagas.

Había sido una jugada maestra quitarle la ropa, prestarle la suya, y tenerla cohibida sentada a la mesa. Grace no podía tener una apariencia menos sofisticada y sería que vestida con una camisa de hombre y descalza, lo que la situaba en clara desventaja.

—Anoche bebiste demasiado vino —Grace decidió que era todo un detalle por su parte recordárselo.

—Confío no haberte confesado nada personal —lo había dicho para restarle tensión al momento.

Si las miradas quemasen, Grace estaría ardiendo en ese preciso momento con la que Ward le dedicó tras escucharla.

—Ni te imaginas todos los secretos que me has revelado.

¿Por qué le parecía que le hablaba siempre de forma íntima? ¿Porque lo hacía! Y Grace pensó que se merecía una sesión de terapia intensiva por su parte.

Cuando terminó de untarle la tostada con mantequilla y mermelada, se la pasó, Grace no la tomó. Seguía mirándolo muy seria.

—Hay que establecer unas reglas durante el tiempo que pasemos juntos.

—Nunca admito normas que no tengo intención de cumplir.

La sinceridad de él resultaba apabullante.

—Aquí no está sentada Salma —le recordó.

Grace podría pasar por alto algunas excentricidades, pero no todas. No pensaba dormir con él ni permitirle que controlara su alimento.

—Eso me quedó muy claro anoche.

Grace alzó el mentón al escucharlo, ¿a qué se refería?

—Quiero seguir teniendo el control sobre mis actos —Grace no cogió la tostada que él le ofreció, en su lugar tomó un par de cruasanes pequeños y los puso en su plato desplazando el cuchillo—, y sobre lo que visto.

Era la tercera vez que Ward ordenaba sus cubiertos y los de ella. Tenía que dejarlos perfectamente alineados, además, miraba intensamente el movimiento de la boca de ella cuando hablaba.

—¿No te gusta la mantequilla y la mermelada? —preguntó con tono casual.

Grace sufrió de pronto una revelación. Durante la cena y la velada de la noche anterior, él no había sentido la necesidad de ordenar nada salvo la copa de vino que ella dejó precariamente sobre la mesa. Tampoco había observado que se dirigiera a los servicios salvo lo normal en una invitación en casa extraña.

Repasó mentalmente algunos de los estudios que había leído sobre el control y el orden en los trastornos compulsivos.

—Te pongo nervioso —dijo en un tono completamente sorpresivo.

Ward le sostuvo la mirada.

—Tres años de terapia tirados a la basura —ella contuvo la respiración durante un instante—. Debería cobrártelos.

Que lo admitiera la desconcertó todavía más.

—Lo lamento, no tenía ni idea —la disculpa era sincera—. Te escogeré una acompañante adecuada para el resto de días que la agencia te debe.

Grace se llamó estúpida un montón de veces por no haberse percatado antes.

—¿Quién te ha dicho que no eres la acompañante adecuada?

—A la vista está de que no lo soy —contestó sin dejar de mirarlo.

—¿Ese es todo tu argumento?

Grace soltó un suspiro suave.

—Siempre hay tres clases de argumento —dijo ella—, el tuyo, el mío y el correcto. ¿Estás de acuerdo?

—No deseo a ninguna otra acompañante —soltó de pronto—, salvo a ti.

Grace dejó el cuchillo forma suave. Indudablemente la compañía de ella resultaba perjudicial para él y debía de ponerle remedio.

—La compañía de Salma, ¿te provocaba ansiedad?

Él, sonrió de medio lado.

—He pagado por una acompañante no por una siquiatra.

—Me tomo el asunto con la seriedad que requiere la situación —respondió con voz profesional—, insisto, ¿Salma te provocaba ansiedad?

—No —admitió franco—. Lo haces tú porque eres esa persona que sin tocarme me hace sentir todo. —Grace lo miró un momento sin comprender, un segundo después supo que no le hablaba con doble intención—. Cuando fui por primera vez a Serenity, esperaba que fueras mi acompañante, y me buscaste a otra. Creo que no me he recuperado todavía del desaire.

—No soy acompañante, tú eres la excepción para que lo sea estos días.

—Me halagas.

—No debería —respondió firme—, porque no lo he dicho con esa intención.

—Cuando fui por primera vez a Serenity —repitió él—, ignoraba que no eras acompañante, pero fue mirarte una vez... —no continuó.

Grace no lo había percibido cuando le hizo las diversas preguntas en la entrevista para valorar si aceptaba o no su solicitud. Nada en la postura de él le había mostrado interés o curiosidad.

—Si te pongo nervioso y te provocho ansiedad, puedes retrasar todo lo que has avanzado con la terapia, y no podría perdonármelo.

—¿Vas a devolverme los 250.000 dólares que he pagado por una acompañante que no ha venido, y por otra que no quiere quedarse?

Devolverle el dinero era impensable porque no lo tenía, lo había entregado como adelanto para comprar la casa de San Francisco.

—No —contestó llanamente.

—Entonces, no quiero otra acompañante.

—Podría quedarme si me aseguras que no te perjudicará mi compañía.

—¿Preferirías quedarte como mi terapeuta? —ella hizo un esto negativo bastante elocuente—, te lo agradezco porque no pensaba dormir con una siquiatra. —Grace sonrió de forma leve. Era muy rápido en las repuestas—, y llámame Robert.

—Está bien, Robert, seguiré como tu acompañante los días pactados.

Esas palabras lo habían disgustado mucho.

—Tómame el café, se te enfría —ordenó seco.

Grace estaba desconcertada. No le había molestado que descubriera que ella era la culpable de su nerviosismo, y sin embargo, se enojaba porque había aceptado quedarse hasta que se agotara el tiempo, ¿algo tenía sentido?

Tomó su taza de café y se la llevó a los labios.

—¿Cómo sabías que no tomo leche?

Robert simplemente sonrió, y de tal forma que la inquietó.

—¿Te pongo nerviosa?

Ella no tuvo reparos en admitirlo.

—Sí.

—¿Sabes una cosa, señorita Silver? —ella escuchaba atenta—. Lo divertido en el juego no es ganar, sino hacer perder al rival.

—Nunca arriesgo cuando sé que voy a perder.

Robert sonrió de oreja a oreja.

—Como la princesa dueña de su destino...

CAPÍTULO 7

El almuerzo programado con el empresario japonés, Hara Korekiyo, era en el sitio más caro y refinado de Nueva York. El restaurante se encontraba en la tercera planta del complejo Time Warner en Columbus Circle, justo debajo de la torre del Mandarin Oriental. Era el lugar perfecto para probar por primera vez el sushi y toda la cocina japonesa en general .

Grace se había vestido para la ocasión con un traje blanco con raya diplomática muy fina en color gris, a juego con el traje de su acompañante. La falda pincel estaba cortada por debajo de la rodilla, y la chaqueta con manga francesa era muy entallada. Acababa de pintarse los labios en color tierra, y comparó el tono con el maquillaje del rostro. Mirando el resultado neutro, se sintió satisfecha.

Echaba de menos el bolso, y se dijo que tenía que hablar con Robert al respecto.

—¿Estás preparada?

Le escuchó preguntar desde el salón. Ward era todo un caballero pues nunca interrumpía los momentos íntimos que ella necesitaba tanto para arreglarse como para desvestirse.

—Ahora lamento haber decapitado a Cupido en el pasado.

Ella sonrió complacida. Robert estaba parado en el hueco de la puerta.

—Es el cumplido más ingenioso que me han dicho en mucho tiempo, gracias.

Ward la observó moverse y pensó que lo hacía respondiendo a una elaborada y fina coreografía. Estaba perfecta, era perfecta. Ella le puso la mano en el brazo y todos sus sentidos se dispararon. Tuvo que respirar varias veces para tener de nuevo el control sobre el aliento que exhalaba.

Ya sentados en la limusina, Robert le indicó al chófer que arrancara.

—A veces escucho a Sinéad O'Connor —dijo él de pronto—, me gusta practicar algunas artes marciales, adoro a los felinos, y detesto ser el centro de atención.

Esa información inesperada y ofrecida de forma voluntaria, hizo que Grace lo observara con atención. Le parecía peculiar las gafas que llevaba puestas porque los cristales eran de color verde muy claro, y hacían un claro contraste con el color del traje.

—Un hombre con traje y lentes nunca pasa desapercibido —respondió como si le hubiera leído el pensamiento.

Ella no tuvo más remedio que darle la razón.

—A mí me gusta viajar y conocer nuevas culturas —contestó Grace correspondiendo a la información que le había brindado él momentos antes.

—Me enfada la falta de comunicación —siguió Ward.

—A mí me da miedo la gente que tiene poder y que no sabe utilizarlo.

—Yo lo utilizo muy bien.

Esa afirmación no era presuntuosa, aunque supuso que pretendía impresionarla. Grace se dijo que no hacía falta que se esforzara mucho porque casi podía palpar su talento, y sobre todo su carácter excéntrico. Era un hombre exitoso, con innato estilo y una seguridad abrumadora, además de posesivo.

—¿Qué te gusta hacer normalmente cuando estás en casa? —la pregunta de Grace lo pilló desprevenido porque estaba ensimismado observándola.

—Elegir las toallas de los cuarto de baño para que sean todas del mismo color.

Grace no pudo contener una sonrisa por esa respuesta espontánea.

—Yo estoy obsesionada con el Renacimiento —le confesó en un susurro casi íntimo.

Un atasco los dejó parados casi llegando a destino.

—Nos retrasaremos —se lamentó Grace.

—Tranquila, un Ward nunca llega tarde, genera expectativas —la calmó él. El coche comenzó a rodar de nuevo.

Como se había temido Grace, durante el almuerzo con el empresario japonés, la conversación había discurrido en lengua nipona, aunque Robert había tenido la deferencia de traducirle parte de la misma. Ella era la única mujer en un elenco de ocho comensales varones que se habían dedicado a ignorarla, aunque los disculpó porque conocía que era costumbre en el país del sol naciente, pero que Robert hablara japonés la sorprendió de veras.

El empresario le llenó la copa de champán y la animo a brindar.

—Creo que he logrado cerrar el trato.

—Por el contrato logrado entonces —brindó ella.

—Por nuestro contrato...

Él dejó la frase inconclusa y logró descolocarla. Robert tenía la capacidad de sorprenderla cuando menos lo esperaba. ¿A qué contrato entre ambos se refería?

—Nunca se construye un puente donde no hay río —le advirtió ella con mirada calculada.

Robert simplemente le guiñó un ojo cómplice.

—Eres el perfecto arco iris entre mis nubes grises, y pienso disfrutar de la

vista todo lo que pueda.

Grace pensaba que los halagos de Robert eran bastante cursis, pero en el fondo le gustaban. Y se dio cuenta de que se sentía atraída por él. Era controlador, compulsivo, y un excitante jeroglífico por resolver. Le pareció muy significativo que cuando todos los hombres luchaban por mantener sus peculiaridades en el anonimato, Ward salía del armario de las identidades secretas y revelaba sus debilidades a todo el mundo. Grace rectificó, a todo el mundo no, a ella en particular.

Habían pedido sake, y declinó tomarlo.

—Me gustaría conocer algo sobre tus negocios —dijo interesada cuando el empresario japonés comenzó una conversación que lo excluía.

—Cuando me cuentes por qué motivo dejaste la profesión de siquiatría y te decidiste fundar Serenity.

El almuerzo había concluido y los japoneses se despidieron de ellos. Cuando se quedaron de nuevo a solas, Robert la cogió de la mano. Grace estuvo a punto de retirarla, aunque se contuvo a tiempo. Instantes después la soltó como si el gesto de acercamiento fuera natural y constante.

—¿Deseas que te hable sobre Innovaciones Ward? —ella hizo un gesto significativo con la cabeza—. Nos dedicamos principalmente a la industria del automóvil, aunque puedo asegurar que mis máquinas pueden hacer casi cualquier cosa.

—¿Te refieres a robots que montan robots?

Robert asintió.

—Sería interesante mostrarte a centenares de brazos robotizados haciendo prácticamente de todo, desde doblar metales hasta ensamblarlos —Grace pudo detectar orgullo en su tono de voz—. Vehículos robot de techo plano transportan chasis de automóviles y repostan por sí solos en cargadores ya preparados de inducción. Brazos que están robotizados y que pueden abrir las puertas de los coches para pintarlas y volver a cerrarlas cuando han terminado —calló un momento—. Innovaciones Ward fabrica más de cien mil automóviles al año solamente en la fábrica que poseo en Fremont, California.

—Impresionante.

—Pero el merito no es todo mío —confesó humilde—. Innovaciones Ward fue fundada por mi padre, John Ward, a quien le debo mi fortuna.

Grace iba a formularle la pregunta que toda acompañante tenía prohibida.

—Es lo que hacen los padres, legar lo que tienen a los hijos —los ojos color café de Robert se oscurecieron. Aunque había más personas en el restaurante, parecía que estaban ellos dos solos—. No te tomes a mal mi reflexión —le dijo ella—, es ley de vida.

—Salvo en mi caso porque no estoy casado ni tengo una familia.

—Podrías tenerla...

Robert la interrumpió.

—Para los que tienen un trastorno obsesivo compulsivo como yo, cualquier relación de pareja está destinada al fracaso, por lo que no me molestó en intentarlo siquiera. Esta singularidad ha hecho que me vuelva escéptico con respecto al amor. Ahora soy un firme defensor de la soltería. No vivo mi condición de soltero por sus ventajas sino porque no creo posible una vida en pareja.

—Esas palabras suponen toda una armadura protectora frente a posibles ataques al corazón por las flechas de Cupido —Grace hablaba de forma suave sin perder el contacto visual—, y debo de confesarte que no me creo ni una sola de ellas.

—Ya te revelé que decapité a Cupido hace mucho tiempo, por eso soy cliente de Serenity.

—Entonces, me hice una opinión equivocada sobre tu soltería, lo lamento.

Grace se refería al momento que le hizo la entrevista en el pasado, y en la explicación que le ofreció él para que lo aceptara alegando que por su dolencia no lograba una relación estable con una mujer inteligente. Como siquiátrata sabía que gran parte de quienes sufrían un trastorno obsesivo compulsivo solían tener una inteligencia mayor del promedio, puesto que la propia naturaleza de la enfermedad precisaba de patrones mentales complicados. Pero ese trastorno los hacía muy retraídos y tímidos.

—¿Qué sientes al saber que seré incapaz de experimentar las sensaciones de un amor intenso, y, en la mayoría de ocasiones, excesivo por otra persona?

La pregunta de Ward tenía trampa.

—Me es indiferente —respondió evasiva—, simplemente me he emocionado al escucharte hablar sobre tu padre y el legado que te dejó.

Era la explicación más espuria de cuantas le habían dado a lo largo de su vida.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le preguntó Robert.

—¿Hasta el punto de querer formar una familia? —terminó por él.

—No eres precisamente una jovencita.

A la vista estaba de que Ward no se andaba con chiquitas.

—Desde luego que eres adorable cuando te lo propones.

—¿Mi sinceridad te molesta?

—Digamos que me provoca un chirrido horrible en los oídos cuando dices comentarios faltos de empatía, como la referencia a mi edad.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—Quizás por miedo —aceptó decirle.

—¿Miedo? —Robert no podía creérselo.

Grace era la mujer más fuerte de cuantas había conocido.

—No existe el amor pacífico pues siempre lo acompaña la moneda de la felicidad y la del sufrimiento —admitió la mujer.

—Alegría intensa, profunda tristeza... —continuó él.

—Y, tú, ¿por qué sientes esa necesidad de dormir abrazado a una mujer sin que haya sexo de por medio? —esa pregunta paradójica llevaba quemándole en la boca desde que Salma se lo confesó.

Robert cruzó una pierna sobre la otra, ladeó ligeramente la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—No todos los hombres buscan sexo, de la misma forma que no todas las mujeres buscan matrimonio —esas palabras le habían dicho mucho más sobre él que si hubiera estado cien años analizando su psique.

—¿Regresamos al hotel? —preguntó ella para poner algo de tierra neutra de por medio.

CAPÍTULO 8

Grace pudo pasar parte de la tarde respondiendo a los diversos correos electrónicos que se le acumulaban en la bandeja de entrada. Ward le había permitido un par de horas libres porque tenía que atender un asunto urgente, asunto que no podía atender desde el hotel. Ella ya había quedado con Sarah que no acudiría a la oficina a menos que fuese imprescindible. Ward había pagado por la compañía de ella durante cinco días completos, y Grace no pensaba esquilmarle tiempo. Llamó por teléfono a Salma y la encontró mucho más animada, y se preguntó si acaso desconocía el precio que había pagado por practicarse un aborto clandestino, porque era algo muy distinto desear no tener hijos, y no poder tenerlos por una histerectomía no planeada. Salma siguió dándole grandes consejos y le explicó lo que solían hacer ella y Robert cuando se reunían en una cita. Le aconsejó que lo sorprendiera programando una excursión diferente. Que lo llevara a cenar a un restaurante insólito, y cosas por el estilo. Salma también le reveló que Robert había cumplido los 52 años a primeros de año. Que no le gustaba practicar ningún deporte de montaña, y que odiaba las películas de humor.

Grace se despidió de Salma deseándole que se recuperara pronto. Después de colgar el teléfono, lo descolgó de nuevo para llamar al banco. Ordenó una transferencia de cinco mil dólares a la cuenta de su amiga, dinero que podría utilizar para alquilar un local modesto y abrir la librería que tanto había anhelado en el pasado. Habló con Mariette Taverniers, la prestigiosa sicóloga que trabajaba para Serenity, quien le había informado que habían ingresado en la agencia tres clientes más. Uno de Virginia y los otros dos de Florida. Serenity contaba con un total de veinte acompañantes, pero al ritmo que aumentaban los clientes, tendría que contratar a más mujeres cualificadas. El periodo de selección solía ser muy duro pues muchas prometían cualidades que luego no poseían, como la empatía y la paciencia.

También consultó información sobre el trastorno obsesivo compulsivo, y se dio cuenta, a medida que leía, que Robert había mejorado hasta el punto de que apenas se notaba ningún trastorno compulsivo. Después de terminar de leer el informe, hizo una llamada de teléfono a un colega de profesión. Hugh Channig se sorprendió muchísimo al escucharla, y todavía más porque le consultaba sobre un tema determinado de siquiatria, profesión de la que ella había renegado años atrás.

Grace fue muy escueta al ofrecer las respuestas a las preguntas que su

colega le hacía, no así en las cuestiones que ella le requería, y cuando Hugh se interesó por ese paciente especial que había llamado la atención de ella hasta el punto de hacerle una consulta profesional, ella esquivó el tema, lo que despertó todavía más la curiosidad del otro. Se despidió de él y colgó sin darle tiempo a reaccionar. Grace se arrepentía de haber seguido el impulso de constatar una opinión con un profesional por el que sentía mucho respeto, pero Ward representaba para ella un reto que no podía ignorar: había despertado un hambre profesional que creía olvidado para siempre.

Recibió un mensaje de wassap de él dándole instrucciones para la cena de esa noche. Le pidió que se vistiera de gala y que estuviera preparada a las seis. A esa hora pasaría a recogerla, no quería que se demorase. No le suministró ninguna información sobre el lugar hacia dónde la llevaría, pero a Grace tampoco le preocupó porque esa noche le apetecía estar rodeada de gente. Si Robert tenía la mente ocupada con otros comensales o invitados, no estaría tan pendiente de ella y así podría analizarlo mucho mejor. Se levantó del sillón y caminó hacia el vestidor que compartían. Cuando miró la ropa de ambos no pudo sino sonreír pues tanto el vestuario de ella como de él era en blanco y negro. Pensó que podría salir a comprar un vestido de gala porque los que tenía colgados de las barras eran sencillos vestidos de cóctel.

Caminó hacia el salón para mirar la hora del reloj que reposaba sobre la repisa de la chimenea, eran las cuatro y media, si se daba prisa, podría estar de regreso sobre las cinco, y estar vestida para las seis.

Una vez en la tienda, Grace compró un vestido fiel a su estilo, un Ralph Lauren en azul marino de escote halter que le dejaba al descubierto los brazos, los hombros y la mitad de la espalda. El vestido se abrochaba por la parte posterior del cuello y era un clásico cuando se quería realzar el busto.

Se hizo un moño desenfadado y se maquilló remarcando los ojos y las pestañas. Con el vestido se había comprado un discreto bolsito azul que podría llevar en la mano sin que apenas se viera.

Ward fue tan puntual como había dicho. A las cinco y cincuenta y seis minutos llegó al hotel para buscarla. Ella lo esperaba sentada en el bar tomando un cóctel mientras el camarero le daba conversación. El empleado le hizo un gesto, y ella giró el rostro, al ver a Robert sonrió, y él se llevó la mano al pecho como si quisiera protegerse el corazón de la mirada cálida de ella. Caminó directamente hacia Grace y apoyó el codo sobre la barra del bar. Se inclinó ligeramente sobre ella y le susurró:

—No te quepa la menor duda de que te prepararé el café cada mañana.

Le gustó esa forma particular de halagarla.

—Esperaba que te gustara el vestido.

—Te encanta que me encante —repitió.

—Es un poco excesivo si contamos que soy bastante moderada.

—A mí también me gusta la moderación, pero sin extremos.

Él iba con el típico smoking negro que le sentaba tan bien.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

—Termínate la copa.

Así lo hizo, se tomó el resto que quedaba de un trago. El sabor dulce hizo que se relamiera los labios en un gesto que no fue premeditado. Robert le ofreció el brazo de forma galante, y ella lo aceptó con una mueca de agradecimiento.

Su sorpresa fue inesperada cuando el chófer los llevó al helipuerto de Downtown, situado en el muelle 6 del río Eas, desde allí cogieron un helicóptero privado que los llevó hasta un yate enorme en medio de la bahía. Grace ignoraba que pertenecía a un inglés que compartía negocios de robótica con Ward. Robert le explicó durante el recorrido que el Croydon tenía un valor de 263 millones y que su dueño era el magnate y filántropo inglés Henry Spencer. También le explicó que el magnate poseía un patrimonio de 18 mil millones de libras y que era uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Que había nombrado al yate con el nombre del perro que tenía a los diez años. El navío tenía un helipuerto y capacidad para 35 personas además de los miembros de la tripulación. Medía 115 metros de largo, y estaba construido de acero y con una estructura de aluminio. Pesaba alrededor de 4.000 toneladas. Si Robert pretendía impresionarla con su detallada explicación, no lo consiguió. No era el primer yate de un millonario que pisaba.

Henry los recibió con el capitán del barco.

—No creí que aceptaras mi invitación —dijo el magnate.

Ward estrechó la mano del hombre e hizo las oportunas presentaciones. El moño se le había deshecho a Grace por las turbulencias de la hélice del helicóptero.

—Finalmente he podido solucionar el problema —Grace imaginó que se refería al problema que lo había mantenido alejado del hotel durante varias horas.

Contrariamente a lo que había imaginado, el helicóptero no se marchó. El anfitrión los llevó con el resto de invitados, y la sorpresa de Grace se tornó en desagrado cuando se encontró cara a cara con la periodista que había pretendido chantajearla en el pasado.

Robert la sintió tensa y la miró con curiosidad.

—Lo siento —se disculpó ella—, me ha dado un escalofrío.

Robert miró la fina chaqueta que llevaba sobre el vestido de noche y entrecerró los ojos preocupado.

—Tenía que haberte comentado que íbamos a volar, pero habría estropeado la sorpresa.

—¡Grace Silver! —la voz de Emma Grey le sonó bastante calculadora—. Qué difícil es que coincidamos en un mismo sitio aunque vivimos en la misma ciudad.

Robert miraba a una y a otra con atención.

—Hola, señorita Grey —fue su escueto saludo.

—¿Os conocéis? —inquirió él.

Pero Grace no pudo responderle porque el resto de invitados comenzaron a agasajarlos. Entre ellos se encontraba un magnate ruso, un príncipe árabe, un par de políticos, y gente de la Jet set neoyorquina. El champán y el caviar corría por doquier, pero no pudo escaparse de las garras de Emma porque no se separaba de su lado, encontrarse con ella era lo que menos esperaba.

Atendió con cortesía la charla del magnate ruso mientras Ward conversaba animadamente con el anfitrión y el príncipe árabe. Mirando el atuendo del resto de invitadas, lamentó haber escogido un vestido largo y de un color diferente al negro.

—Me da la impresión de que tratas de esquivarme, ¿te escondes?

La voz de Emma era tan incómoda como su nombre.

—Difícilmente puedo esconderme en un lugar lleno de gente —contestó firme.

—Quiero que me des una exclusiva. —Grace la miró con acritud. Emma Grey era la periodista que había asaltado su intimidad y sustraído información confidencial que la hubiera perjudicado seriamente si ella no hubiera impedido que saliera a luz—. Se comentan cosas muy jugosas...

Grace respiró profundamente.

—Lo que has oído y pretendes repetir podría ser cierto o podría ser falso, aunque viniendo de ti me inclino por lo segundo.

—¡Vaya! Disparando a matar —Grace no supo qué le molestaba más, si la presencia de la periodista o que Ward la dejara sola tanto tiempo—. No quería escribir un artículo sobre ti hasta que no hubiera hablado contigo.

—No tengo nada que decirte.

—Ignoraba que fueras tan rencorosa.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que lo que hiciste se llama robo y allanamiento de morada.

—Soy periodista, siempre ando en busca de la verdad.

—¿Y esa es tu excusa? —ella hizo un alzamiento de hombros—. Que saques a la luz los defectos de otros, no va a disminuir los tuyos.

La periodista hizo como si no la hubiera oído.

—¿Existe una relación íntima entre el dueño de Innovaciones Ward y la flamante jefa de Serenity?

Grace estaba atónita por el descaro de Grey. Había logrado que la palabra jefa sonara como un insulto, y así se lo tomó.

—Acabas de dejar claro que existen personas con clase y clase de personas, y tú no estás incluida en ninguno de esos dos grupos.

Ya se giraba para marcharse pero el brazo de la periodista se lo impidió.

—Puedo escribir el artículo con tu consentimiento o sin él, soy benevolente al permitirte que decidas.

Desde luego que la noche se había convertido en un fiasco. Si ella pensó en algún momento que discurriría sin incidentes, se había equivocado de pleno.

—Suéltame —pidió con voz demasiado tranquila en vista de las circunstancias.

La periodista desoyó la orden.

—Me ha costado mucho conseguir esta invitación, y no pienso desperdiciarla.

Grace entrecerró los ojos e hizo un barrido lento con ellos por el salón. Vio al magnate ruso, al príncipe árabe y el aristócrata inglés, y la maldita Grey solo tenía en mente un objetivo: ella.

—Imagino que habrás tenido que pagar muchos favores —la periodista no respondió al insulto velado—, y no puedo llegar a entender por qué Serenity te despierta tanta admiración.

—Me provoca rechazo —la corrigió la otra—, porque es un lugar depravado donde se tolera el machismo y se incentiva la misoginia.

Las cejas de Grace se alzaron con inusitada sorpresa. Un momento después creyó entender tanta inquina: el rechazo de su solicitud para ser acompañante en Serenity.

—Ya comprendo... —Grace se tomó unos instantes antes de continuar, pero lo hizo como si se dirigiera a una tercera persona—. Ser acompañante sería el sueño en la vida de cualquier mujer porque así podría salir de la aburrida y monótona existencia que lleva —ahora lo hizo mirándola de forma directa sin un pestañeo—, pero como eres consciente de que no podrás serlo, te desquitas escribiendo oprobio...

Grace había dicho una realidad, y cuando escuchó el jadeo casi imperceptible de Emma, supo que sus conclusiones habían dado en el clavo. Lamentó sus palabras aunque no las retiró.

En su naturaleza no estaba la de hacer leña del árbol caído, pero no era tonta.

—Estás muy equivocada —la periodista siseó las palabras.

Grace se compadeció de ella.

—Tu condición de periodista te inhabilitaba para trabajar como acompañante en Serenity, el rechazo de tu solicitud no fue nada personal, créeme.

—No me importa lo que tú creas, solo la verdad que escondes.

Robert apareció de repente detrás de ella, y la periodista cambió por completo la expresión hosca de su cara.

—Señor Ward, ignoraba que fuera un cliente asiduo de Serenity. —Robert desconocía el motivo para la animadversión de la periodista—, ni que fuera tan íntimo de la señorita Silver.

—¿Estás creando problemas, Emma? —la pregunta del anfitrión hizo que la mujer sonriera de oreja a oreja—. Disculpádlas —pidió Henry—, ella siempre cree ver una exclusiva allá donde va.

—Creo que la señorita Grey desea conocer la relación que me une con Grace Silver —dijo Robert con voz seca y dirigiéndose a Spencer.

—Eso es algo que nos gustaría saber a todos —apuntó Henry sin dejar de mirar a la periodista.

Para Grace quedó claro el precio que había pagado Grey para poder asistir a esa reunión tan exclusiva y alejada del alcance de la mano de cualquier ciudadano de a pie.

—Es mi siquiatra —dijo de pronto Robert. Grace esperaba cualquier otra explicación que resultara creíble salvo esa—, vigila de forma personal que no vuelva a caer en las andadas de tratar de controlarlo todo, y de ordenarlo todo cientos de veces.

Emma Grey entrecerró los ojos calculadora. Sin pretenderlo, Ward le había dado carnaza y de la buena.

—Has hecho unos progresos increíbles —lo felicitó el inglés.

Grace se mantenía en silencio sin dejar de observar los gestos de la periodista ni las explicaciones que a continuación les suministró Robert a ambos. Se mantuvo discretamente en un segundo lugar.

Hubiese preferido que Ward hubiera admitido que mantenían otro tipo de relación como la amistad. El olfato de sabueso de Grey la iba a llevar justo donde no quería ella: a sus secretos mejor guardados.

CAPÍTULO 9

Se despertó de nuevo en la cama. Habían regresado del yate pasadas las cuatro de la madrugada, y como Grace había estado tan tensa, sufrió una jaqueca importante que la obligó a tomarse dos analgésicos. Miró el lugar vacío de la cama y observó que Robert había ocupado ese sitio.

¿Por qué pasaba por alto el deseo de ella de dormir sola? ¿Y por qué motivo no se despertaba teniendo el sueño tan ligero? Al menos le agradecía el detalle que tenía de dejarla para que se despertara a solas.

Grace se masajeó las sienes porque le palpitaban. Apenas había probado nada de la excelente comida que se sirvió en el barco. Emma Grey había logrado incomodarla hasta un punto inimaginable, porque además la había perseguido durante toda la velada tratando de sonsacarle información sobre su supuesto paciente: Robert Ward.

—El desayuno está en la mesa —escuchó decirle desde el pasillo.

—Dame quince minutos.

Se apresuró a darse una ducha rápida y se colocó un traje pantalón gris bastante cómodo.

Robert le separó la silla de la mesa de forma galante.

—Gracias.

—Tienes mejor color.

Ella sonrió agradecida. No solía sufrir jaquecas a menudo, pero cuando ocurrían, la dejaban con menos voluntad que una muñeca de trapo. Él ya le había untado dos tostadas con mantequilla y mermelada de ciruela. Se las colocó en el plato, y le ordenó los cubiertos que ella había movido. Le sirvió café en una taza y le añadió un poco de miel.

—El felpudo de mi apartamento debe de sentirse mejor que yo —dijo ella mientras miraba el desayuno con desinterés.

—¿No te gustan las tostadas con mantequilla y mermelada?

Esa misma pregunta se la había formulado el día anterior. Grace posicionó la espalda en el respaldo de la silla y lo miró seria.

—Me gusta decidir lo que como cada mañana.

La sonrisa de él la descolocó.

—Las tostadas son el mejor desayuno del mundo porque aportan carbohidratos, grasas, y fructosa —Grace no podía contradecir un razonamiento así, pero ganas no le faltaban—. Por cierto que sales en el Newsday —ese comentario había logrado despejarla por completo.

De modo que Emma había aprovechado el tiempo.

—¿Y dice algo interesante? —el tono de su voz fue indiferente.

—Puedes leerlo tú misma después.

—No suelo perder el tiempo con tonterías.

Él, continuó como si ella no hubiera expresado su opinión.

—Leyendo el artículo he podido captar entre líneas que la señorita Grey siente una cierta animadversión por Serenity, o quizás por su dueña, no puedo estar seguro del todo —era una reflexión dicha así mismo pero en voz alta.

Grace le dio un mordisco a la tostada. Lamentaba haberse encontrado con Grey porque la noche podía haber sido maravillosa. Sin embargo, tiempo atrás se había prometido que jamás iba a volver a perder el tiempo con personas como ella, y las últimas horas pasadas habían sido de una pérdida total.

—Como dijo Henry Spencer, Grey no ve personas sino exclusivas —se atrevió a decir aunque en voz muy baja.

—Está ayudando a Spencer a escribir sus memorias —aclaró él.

Ni pidió la explicación ni la esperaba.

—Es algo que no me atañe —concluyó firme.

—Lo menciono para que entiendas el motivo para que una mujer como ella estuviera en un lugar tan diferente de los círculos que frecuenta habitualmente — Grace guardó un silencio cauto porque en verdad no le importaba a qué se dedicaba la mujer ni en qué ocupaba su tiempo—. ¿Qué sucedió entre Grey y tú?

Grace dejó la mitad de la tostada sobre el plato y bebió de su taza de café sin dejar de mirarlo.

—Quiso ser acompañante en Serenity.

Robert silbó sorprendido.

—Te mostrarías implacable.

Como no sabía cómo tomarse esa afirmación, decidió mostrar la prudencia que la caracterizaba.

—Yo no la entrevisté —le aclaró—, pero tuvo las mismas oportunidades que el resto de mujeres que solicitaron ingresar como acompañantes.

—¿Por qué fue descartada?

—No es un tema de conversación que me interese mantener a esta hora de la mañana —trató de excusarse.

—Pero es una tema de conversación que me interesa muchísimo.

A Grace se le había quitado el poco apetito que tenía. Suspiró levemente antes de contestarle.

—Sus años de profesión como periodista fueron un impedimento para mantener la confidencialidad que se exige a las acompañantes.

Ward se inclinó sobre la mesa en un gesto que la puso nerviosa. Veía

grabado en el hermoso rostro femenino esa dulce tristeza de las inteligencias precoces.

A Grace le molestaba la forma de escudriñarla que tenía.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó de pronto él.

—No —respondió muy rápido—. Creo en la atracción física entre dos personas sean del sexo que sean, pero no en el amor a primera vista.

—Yo, sí.

—Te contradices —le reprochó—, te recuerdo que eres un firme defensor de la soltería —Ward sonrió de medio lado—, vives tu condición de soltero por sus ventajas, ¿o no escuché bien?

—Tienes buena memoria.

Volvió a llenarle la taza de café. Grace hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Esta conversación ni es inteligente ni conduce a ningún lugar —protestó ella que deseaba levantarse y poner distancia entre ambos.

—La conversación que mantenemos es menos chispeante, cierto, pero no menos inteligente que otras que hemos compartido.

—No me agrada que indagemos en ideas y asuntos personales.

Robert tensó la espalda y cruzó una pierna sobre la otra de forma muy elegante.

—¿Crees en el amor a primera vista? —Robert volvía a inquirir sobre lo mismo.

—Me resulta paradójico que me preguntes si creo en el amor a primera vista cuando ya te he expresado mi opinión al respecto.

—Lo realmente paradójico es que de ti me gustan hasta esos detalles que no soporto en los demás —el rostro de Grace era indescifrable—. Hablo completamente en serio.

—Me gustaría tomarte en serio, de verdad, pero hacerlo sería ofender mi inteligencia —respondió seria—. Y me encuentro en la obligación de advertirte, que no debes continuar por ese camino, pues puedes estrellarte y sufrir un severo revés emotivo del que no podré hacer nada salvo mantenerme al margen.

—¿No me ofrecerías ni una tirita a mi descalabro? Me sorprendes, señorita Silver.

Ward analizó minuciosamente a la mujer que tenía en frente. Se encontraba ante un ser misterioso. La forma particular de hablar, de moverse, estaban pensados meticulosamente para dar la apariencia de mujer fría, pero él sabía que no era cierto porque era inteligente, estricta y reflexiva, en una palabra: enigmática, pero no fría.

—Es curioso —comenzó él—, algunos fuman, otros se embriagan, algunos

se drogan, y otros se enamoran. Lo cierto es que cada cual elige destruirse a su manera, ¿no te parece?

Grace supo por instinto que habían llegado a un punto de no retorno. Lo veía en la expresión de su cara, en el brillo de sus ojos color café.

—¿Piensas que te has destruido de alguna forma? —la pregunta la hizo en un tono tan suave que Robert tuvo que aguzar el oído para escuchar mejor la siguiente que le formuló—. ¿Te sientes derrotado?

Soltó un suspiro largo.

—Voy a serte sincero, mi experiencia con el TOC empezó sin darme cuenta. Creía que el hecho de repetir las cosas era de lo más normal como levantarme de la cama por la noche para asegurarme de haber cerrado convenientemente las ventanas, la puerta, etc. Con el tiempo, las dudas fueron creciendo y ello me obligaba a quedarme despierto hasta altas horas de la noche, con unas entradas y salidas de la cama agotadoras a las que se unía la falta de sueño, dando como resultado un cansancio profundo, y escaso rendimiento diario. —Robert calló durante un momento largo como si necesitara meditar las palabras antes de decirlas—. Mi padre sufría mucho al ver este comportamiento irracional que no podía evitar, y yo me sentía peor por causarle tanto daño. Un sentimiento frustrante porque me sentía un estorbo y que me generaba aún mayor ansiedad. ¿No es eso una forma de autodestrucción? —la pregunta llevaba implícita una carga de sufrimiento increíble—. Estaba angustiado y enfadado porque no podía cumplir con todas mis obligaciones diarias. ¡Mi manía no me dejaba el tiempo suficiente! Perdí a la gran mayoría de amigos, ¿quién puede aguantar a un hombre que a cada momento ha de ir a lavarse las manos en un restaurante? Todavía era peor si tenía que estar en un local aunque fueran dos horas sin poder salir como en un teatro o en un cine. ¡Me ponía enfermo, me angustiaba, era terrible!

—Puedo entender tu sufrimiento —se solidarizó ella.

Ward continuó su larga explicación.

—En realidad, mis pensamientos eran catastróficos y no me permitían vivir en paz, se introducían en mi cerebro sin quererlo y no podía hacer nada para impedirlo.

—Existen terapias muy buenas —dijo ella.

—Lo sé. Las he probado todas —respondió él.

—El mejor tratamiento para tu dolencia es la Terapia de Elección para la neurosis obsesiva.

Él, hizo un gesto afirmativo.

—Sí, es la conocida Terapia Cognitivo-Conductual —apuntó con ojos entrecerrados—, y dentro de esa corriente la que más he utilizado durante estos

años ha sido la conocida como Terapia de Exposición y Prevención de Respuesta: tenía que exponer mi obsesiones al mismo tiempo que evitaba realizar los rituales que aliviaban mi ansiedad —terminó él.

—El éxito de esas terapias —apuntó Grace—, radica en la experiencia y el conocimiento del profesional, y por supuesto en el seguimiento adecuado por parte de la persona afectada —dijo ella sin apartar la mirada del rostro anguloso.

—No te haces ni una idea de los ansiolíticos, antidepresivos y neurolépticos que he tomado durante años para tener de nuevo el control sobre mis acciones —siguió explicando él.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Para impresionarte.

—Lo estoy, créeme.

—Y porque por primera vez en mucho tiempo tengo ganas de hacerle el amor a un princesa dueña de su destino. —Grace pensó que ya no caminaban por arenas movedizas, se habían metido de lleno hasta el cuello.

Ella recordaba esas palabras porque se las había dicho de niña a un chico en una fiesta. Abrió los ojos de par en par y soltó un jadeo de asombro.

—¡Tú! —exclamó atónita—. El chico que quería ser Casanova.

Robert le mostró una sonrisa sincera.

—Me gustaría decirte que Casanova ha regresado, pero debo admitir para ser justos, que ese era el sueño que sentía antes de desarrollar el resto de trastornos que padezco en la actualidad.

Grace lo compadeció.

—Podías haberme dicho cuando te entrevistaste que eras Casanova, el chico que conocí en aquella casa espiando tras la balaustrada.

—Me sentí francamente mal cuando me entrevistaste y no hiciste ni el menor gesto de reconocerme.

—No te reconocí —admitió franca.

—Y ni te imaginas cuánto me afectó —reconoció él—. Desde aquella noche, no pude olvidarte, tampoco lo intenté —Grace soltó un suspiro largo y pesado—. He seguido tu vida y tus logros desde entonces, y me gusta la mujer en la que te has convertido. Me gustas demasiado.

Cada vez que Robert pestañeaba se le aceleraba el pulso y la respiración.

—No negaré que también me siento atraída por ti —confesó de forma sincera—, pero no estoy dispuesta a involucrarme en una relación cliente-acompañante.

Robert entrecerró los ojos y medio sonrió.

—Ya no estamos en edad, mi querida Grace, de quedarnos con las ganas, ¿no piensas igual? —las palabras de él le arrancaron una sonrisa.

Había logrado disminuir la tensión del momento.

—Ni de seguir el impulso loco de la pubertad —cortó ella en tono serio aunque el brillo de sus ojos desmentía el de su voz.

—El deseo que me provocas es nuevo para mí —reconoció sencillo.

Grace se tomó su tiempo en responder. Que un cliente encontrara deseable a una acompañante no era nada nuevo, pero Robert no era un extraño. Había ido a la agencia porque la conocía, salvo que ella lo ignoraba.

—Podemos solucionar esto ahora mismo.

Robert supo que ella no se refería a irse juntos a la cama.

—No quiero que te vayas y me dejes, no después de todo lo que me ha costado tenerte conmigo.

—Entonces no podrás insistir sobre el mismo tema.

—Me vas a partir el corazón.

—Mientras dure tu contrato con la agencia, seré únicamente tu acompañante, y no pienso mantener sexo contigo —le aclaró.

—No es sexo —dijo él tan formal que la piel de ella se erizó—, es deseo de meter todo esto que me provocas dentro de ti.

Grace trató de contener una sonrisa, pero no pudo. La boca de Robert decía unas palabras, y sus ojos otras muy distintas, por ese motivo no podía tomarlo en serio ni enfadarse con sus provocaciones.

—¿Vas a complicarme la existencia los dos días que nos quedan?

—Voy a quemar cada minuto de ellos tratando de convencerte.

—De llevarme a la cama —lo rectificó—. Robert... —comenzó ella de forma tranquila, sabiendo que tenía la sartén por el mango—, olvidas una regla fundamental de supervivencia: el hombre que juega con fuego termina, en el mejor de los casos, con los ojos llenos de humo, y en el peor, quemado.

—Mi segundo nombre es Ave Fénix.

Grace optó por tomarse el resto de su café en silencio. Había sufrido una verdadera conmoción descubriendo que Robert era ese chico silencioso y casi antipático que conoció en su niñez. Ahora comprendía esos brillos enigmáticos en sus ojos, y esas palabras veladas que no sabía cómo tomarse.

Robert se había convertido para ella en un imán que la atraía de forma irremediable.

CAPÍTULO 10

Le gustaba demasiado la casa soleada que tenía Salma en Asbury Park, en Nueva Jersey. Había disfrutado de tardes tranquilas observando la puesta de sol al mismo tiempo que tomaba una taza de té en completa quietud.

—He extrañado nuestras charlas —dijo a Salma en voz baja mientras iba hacia ella llevando una bandeja con té y pastas de mantequilla.

Tomó asiento en el mullido sofá y la invitó a que hiciera lo mismo.

—Me gusta apartar tiempo para estar contigo —respondió Grace y su voz había sonado emotiva.

—¿No me echan de menos en Serenity?

La pregunta incomodó a Grace aunque no lo demostró.

—Eres especial, siempre lo serás para todas —le dijo Grace.

—¿Y cómo está nuestro amigo Ward?

Era la segunda pregunta que la incomodaba en esa tarde. Se mordió ligeramente el labio inferior y se tomó su tiempo antes de ofrecerle una respuesta.

—Le ha surgido un imprevisto de última hora, así que tengo un par de horas libres.

Salma se sentía agradecida de que quisiera pasar ese tiempo con ella. Llenó una de las tazas con café y se la ofreció. Grace la tomó con cuidado para no quemarse. Así, sentadas frente a frente, y con la puesta de sol tras la ventana, Grace pensó que el tiempo se había detenido o que habían retrocedido al pasado: a aquellos momentos en el que las dos disfrutaban de la compañía mutua.

—Es agotador, ¿verdad?

Como Salma quería hablar de Robert, Grace se rindió a lo inevitable.

—El cliente más difícil de Serenity —admitió franca—, y curiosamente ya lo conocía —el gesto de sorpresa de Salma resultó muy elocuente—. Asistí a una fiesta en casa de sus padres cuando tenía diez años.

Salma hizo un gesto afirmativo.

—Robert Ward puede resultar aditivo.

—Como Casanova —susurró Grace.

—¿A qué te refieres? —preguntó la otra, pero ante la ausencia de respuesta, continuó—. Es un hombre con un gran poder de persuasión.

Esa era una información innecesaria pues ya lo había comprobado.

—Domina como nadie el terreno picaresco, y cuando creo que ya no puede sorprenderme, ¡zas!, comienza un ataque a mis sentidos.

El brillo en los ojos de Salma resultó llamativo.

—Ten cuidado —le advirtió la amiga.

Los ojos de Grace se entrecerraron.

—¿Por qué piensas que debo tenerlo?

—Porque al contrario del mío, tu corazón está libre, y Ward puede ser un cazador increíblemente certero.

Grace se quedó pensativa durante un momento.

—¿Dónde está tu corazón, Salma? —la voz de la amiga había sonado queda.

La mujer apretó los labios porque había hablado más de la cuenta. Estaba tan centrada en conocer detalles de la relación de Grace con Ward que no se había percatado de que había revelado algo muy íntimo.

—Donde siempre estuvo.

Salma escuchó perfectamente el suspiro largo y pesado que lanzó Grace. La miró a los ojos y observó la censura en ellos. En la etapa más difícil de su vida, ella había estado ahí para ayudarla. Era la mejor amiga que podía desear una persona, pero era tan pragmática y razonable, que en ocasiones la desquiciaba. Nada lograba alterarla ni la hacía dar pasos en falso como al resto de los mortales.

Era la mujer que todas deseaban ser, pero que odiaban al mismo porcentaje.

—Entiendo —esa sola palabra la envaró, pero contrariamente a lo que pensaba, Grace no dijo nada más. Volvió a beber de su taza en silencio.

Salma seguía locamente enamorada de su ex marido. A pesar de la traición, de los malos tratos sufridos por su causa, lo amaba. Había vivido con miedo de preocupar a su pareja con sus pensamientos, y para ella había sido de vital importancia evitar las discusiones, por eso solía ceder en todo. Tenía que mantener la paz en la relación a toda costa aunque hubieran cosas que la disgustaran. No había importado el abuso económico y financiero al que la había sometido, tampoco los gritos, los insultos y los actos de humillación que fueron parte de su vivir diario, ni el sentimiento de culpa que seguía arrastrando desde hacía muchos años. Salma era una adicta a su ex marido, porque cuando estaba con él, desaparecía su angustia, su tristeza, y la ansiedad que la ahogaba. Él conocía sus puntos sensibles y los sabía tocar en la forma y ritmo adecuado para conseguir que se doblegara a sus deseos.

Sabía cómo volverla loca de forma total y absoluta.

—No me censure —pidió en un susurro.

Un silencioso quejido brotó de la garganta de Grace antes de responderle.

—No lo hago.

—Aunque no lo dices, sé que lo haces —Grace la miraba atentamente,

intentando comprender el motivo por el que su amiga se había puesto a la defensiva.

—Cada uno es libre de tomar sus propias decisiones, y el resto tenemos que respetarlo, nos incomode o no.

Así era Grace se dijo Salma. Serena al hablar, empática al escuchar, y prudente hasta el punto de la exasperación.

—No te ha sorprendido mi revelación, ¿no es cierto?

Salma se refería al hecho de admitir que seguía enamorada de su ex, y que continuaba viéndolo.

—No —admitió franca—, pero me cuesta entender el motivo para que accedieras a un aborto voluntario —no quería que sus palabras sonaran a reproche aunque no podía evitarlo—, y pusieras en peligro tu vida estando enamorada de él.

Nuevamente un silencio se instaló entre las dos aunque no duró mucho.

—Nunca lo dejamos del todo —contestó Salma un tanto avergonzada.

Grace entrecerró los ojos porque las emociones de impotencia, rabia y frustración por su amiga bullían dentro de ella.

—¿Y entonces...? —no terminó la pregunta.

—Conocía mi trabajo en Serenity, y yo no podía soportar que la duda sobre la concepción de nuestro hijo nos arruinara la vida.

Grace dejó la taza de té sobre la mesilla con un golpe brusco.

—Pero no había ninguna duda, ¿no es cierto?

Los ojos inquisidores de Grace se clavaron en Salma que desvió la cabeza turbada, como si no fuera capaz de sostenerle la mirada.

—No —contestó firme—, pero no podía arriesgarme a que él pensara que podía no ser suyo.

—¿Y pesó más esa remota posibilidad que una vida concebida? ¿Qué tu propia integridad?

Grace era una mujer moderna pero que respetaba la vida. Y el sacrificio de vidas humanas por egoísmo no podía compartirlo. Con su acción Salma había cometido un acto de egoísmo sin igual pues para retener a un hombre que la maltrataba, se deshacía de la vida que ambos habían creado...

—No aceptó que viviéramos juntos en pareja como antes de mi trabajo en Serenity.

—¿Y te conformaste?

—Eso era mejor que nada.

—Nada es una palabra muy importante y que se suele menospreciar.

—Nada es vacío —respondió Salma.

—Estás equivocada —contraatacó—. Nada de miedo, nada de necesidad,

nada de cobardía...

—Siempre has sabido ver el vaso medio lleno y mostrarlo —aceptó la otra de forma franca—. Eres una excelente amiga aunque deteste tu profesión de siquiatra.

—Siempre he deseado tu felicidad.

—Mi felicidad depende de estar con él, pero gracias doctora por tu preocupación.

—Me recuerdas a Robert replicándome cada frase —los labios de Grace se ampliaron en una sonrisa.

Había decidido regresar al tema de Robert Ward para que su amiga dejara de estar a la defensiva.

—¿Te resulta incómodo dormir con él?

Grace se apartó un mechón de pelo del rostro.

—Creí que le dejé muy claro que no pensaba dormir junto a él, pero se metió en mi cama sin que me diera cuenta. Fue extraño las dos primeras noches, y todavía ignoro a qué hora se acuesta, y cuándo se levanta, pero no, no resulta incómodo estar con él.

—¿Te sientes atraída por Ward? —Grace entrecerró los ojos tras escuchar la pregunta—. Sé que representa un enigma atrayente para alguien como tú.

—¿Cómo yo? —se interesó la otra.

—En los años que nos conocemos no te conozco pareja alguna.

A Grace le pareció una recriminación.

—Soy una mujer de negocios muy ocupada.

Salma pensó que era cierto. Para Grace solo existía Serenity.

—Una mujer necesita algo más que un negocio para vivir.

—Vivir, qué palabra más extraordinaria —apuntó Grace.

—Igual que nada —le recordó la otra—, que se puede utilizar tanto para negativo como para positivo.

—Vivir es siempre positivo —remarcó Grace.

—Vivir con miedo, vivir desesperada, vivir para sufrir.

—Touché —aceptó Grace de forma sencilla.

La mente de Salma era en verdad brillante, por ese motivo entendía que se llevara tan bien con su cliente.

—Robert Ward es muy atractivo —reconoció Grace—, y con una personalidad arrolladora. Me siento especialmente atraída por él.

Los ojos de Salma casi se le salen de las órbitas.

—¿Lo sabe él? —preguntó animada.

—No tengo motivos para ocultarle el interés que me despierta.

—¿Por su físico o por su trastorno? Lo digo por tu faceta de siquiatra.

Grace rió la aclaración.

—Lleva varios años de tratamiento según me comentó, y controla positivamente los impulsos de control que siente —la boca de Salma se abrió por la sorpresa—. ¿No lo sabías?

La voz de Grace sonó atónita.

—Ward nunca habla conmigo sobre su enfermedad, y no esconde sus obsesiones ni trata de controlar sus impulsos durante nuestras citas. —Grace entendió mucho mejor el motivo por el que Robert pagaba por la compañía de Salma—. Amiga, debes de estar volviéndolo loco.

—¿Por qué piensas así?

—Porque según me has contado, contigo trata de controlarse, y ese detalle, en un hombre como él, resulta muy revelador.

—No lo había visto desde ese prisma —dijo Grace pensativa.

—Vaticino que las dos próximas noches van a ser muy duras para él — Grace la miró con sorpresa—, porque no es lo mismo dormir con una mujer que no te atrae sexualmente, a dormir con otra que sí lo hace, y de una forma abrumadora me atrevo a decir.

—Entonces debería insistir en la necesidad de que duerma solo las dos próximas noches por mi seguridad.

—Ha pagado por dormir contigo —le recordó Salma.

—Por dormir con una acompañante —la rectificó Grace—. Y esa acompañante eras tú.

Sin pretenderlo las dos habían vuelto a la misma conversación del principio: la interrupción voluntaria del embarazo y sus consecuencias.

—Creí que no habría resultados adversos —confesó contrita—, que me desharía del problema y todo volvería a la normalidad.

Salma acababa de reconocer el alto precio que había pagado por su aborto.

—Debe de resultarte muy duro —trató de consolarla.

—Lo es —admitió cabizbaja—. Decidir no tener hijos es una decisión personal, no poder tenerlos por una mala decisión es un castigo.

—Me alegro que hables sobre ello.

Salma suspiró profundamente.

—Confío que no me cobres la sesión —bromeó Salma.

—Estoy aquí como amiga no como siquiatra.

—Al menos ya no tengo que preocuparme de utilizar anticonceptivos.

Grace hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No banalices conmigo lo que sientes —le aconsejó—. Nunca te he juzgado y nunca lo haré porque ese es el verdadero sentido de la amistad.

—Me siento culpable —admitió la otra—, pero por nada del mundo quiero

estar separada de él...

El resto del tiempo Grace se dedicó a escuchar a Salma.

CAPÍTULO 11

Robert había logrado cerrar el acuerdo con Andrew Jobs de Industrias Tronik de Filadelfia. Había tenido que hacerlo personalmente porque el empresario había decidido en el último momento no mantener el acuerdo de cooperación que habían suscritos semanas atrás para que Robert le suministrara unas piezas mecánicas muy complicadas y sumamente caras. Tener que viajar hasta Filadelfia resultó un inconveniente que le había robado la mayor parte de la tarde.

El magnate Henry Spencer había decidido acompañarlo porque él era el causante de que Andrew Jobs se hubiera puesto en contacto con Innovaciones Ward, y que Andrew Jobs hubiera decidido dar un paso atrás lo hacía sentir culpable. Respetaba y admiraba a Robert Ward, y le sorprendía lo ansioso que se mostraba por regresar de inmediato a Nueva York.

—Conozco un restaurante magnífico en el barrio de Templetown.

—Ya me gustaría probarlo pero he quedado para cenar —fue la respuesta de Robert—, es un compromiso ineludible.

Henry alzó las cejas un tanto sorprendido. Era la primera vez que su amigo rechazaba una invitación suya.

—¿Con la señorita Silver?

Robert dejó de mirar por la ventanilla del vehículo y clavó sus ojos oscuros en Henry. Había utilizado un tono retintín que no sabía cómo tomárselo.

—¿Se me nota mucho? —preguntó al fin.

—Hasta la médula —respondió Henry—, pero he de hacerte una advertencia, los siquiátras no se lían con sus pacientes.

Robert tenía que aclararle que él no era su paciente, pero le costaba retirar la mentira que había dicho para calmar la curiosidad de la periodista.

—No sería la primera vez —las palabras de Robert sonaron esperanzadas.

—Créeme —insistió el otro—, ella nunca mantendrá una relación sentimental con un paciente, no después de lo que le ocurrió —las palabras de Henry habían despertado la curiosidad de Robert por completo—. ¿De verdad que no conoces la historia? —preguntó el amigo, él, negó con la cabeza varias veces—. Puedo contártela.

Robert decidió en ese momento que no era necesario. No quería indagar sobre una historia que ella no le había contado, además, prefería oírla de sus propios labios, sin distorsiones ni detalles escabrosos añadidos.

—No deseo conocerla, no, a menos que me la cuente ella en persona.

Henry abrió la boca de par en par.

—Me asombra tu decisión.

—Eso es porque no he conocido a ninguna mujer igual de especial.

—En eso estoy completamente seguro —afirmó Henry—, una mujer como ella nunca pasa desapercibida.

—No sé si me atrae más su forma de mirar o la riqueza de sus silencios.

—Una mujer así despertaría todos mis miedos —admitió Henry—, porque es imposible de controlar.

—Yo no quiero controlarla.

—Todo hombre desea controlar a su mujer.

—No es mi caso —Henry lo miró como si no le creyera—. Créeme, sé lo nocivo y perjudicial que resulta tratar de controlarlo todo.

El amigo se percató que Robert se refería a su enfermedad con la que lidiaba desde la adolescencia.

—¿Tengo que preocuparme por ti, Robert?

Lo miró sin comprenderlo. Henry Spencer era un buen amigo. A pesar de esa particular forma de ver las cosas que detestaba en los británicos, se había ganado un porcentaje considerable del respeto que Robert se guardaba para personas a las que consideraba realmente válidas. Como lo apreciaba de verdad no tuvo reparos en continuar sincerándose sobre lo que sentía por la enigmática Grace Silver.

—Me resulta atractiva desde el punto de vista intelectual, me siento fascinado por su habilidad al hablar y al comportarse —Robert calló un instante—. La frialdad y elegancia que transmite es sublime —continuó—. Es una persona poco conversadora, cierto, pero tan calmada y observadora que parece que pasa largas temporadas en su palacio de la memoria selectiva...

—Como tú —apuntó Henry.

Era cierto. Debido al trastorno obsesivo compulsivo que padecía, Robert se había resguardado entre silencios, en ese palacio de su memoria donde no podía llegar nadie salvo él.

—Admito ser el detonante para que me atraiga tanto. No puede resistirse a un jeroglífico como yo.

—Pues es más grave de lo que pensaba —admitió el otro.

Robert terminó por reír al escuchar el timbre de voz aristocrático y el particular acento europeo de su amigo.

—Estoy decidido a conquistarla.

—Entonces te deseo buena suerte.

—No la necesito.

—Ahhh, querido Robert, ni te imaginas lo que te puede costar, pero me va a

divertir mucho verlo.

El resto de la ruta de regreso a Nueva York lo hicieron en silencio, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Cuando el chófer aparcó el vehículo frente al hotel donde se hospedaba, Henry se despidió de Robert con un estrechón de manos.

—Gracias por prestarme a tu chófer para que me lleve al club.

—No lo necesitaré hasta dentro de un par de horas.

—Nos vemos, Ward.

El chófer ya cerraba la puerta del coche al mismo tiempo que se colocaba la gorra sobre la cabeza.

—Tómame un respiro —le dijo—, no te necesitaré hasta dentro de dos horas.

El empleado, discreto y servicial, hizo un gesto afirmativo, y regresó a su puesto de conducción.

Robert se sentía inesperadamente feliz y expectante. Había organizado una cena muy romántica que esperaba que le gustara a ella. Se dirigió hacia recepción con paso firme.

—Su encargo está aquí —le dijo uno de los dos recepcionistas cuando se paró frente a él al otro lado del mostrador.

El empleado se agachó y tomó el ramo que estaba a buen recaudo bajo el mostrador. Cuando Robert se fijó en la composición, hizo un gesto complaciente con la cabeza.

—Orquídeas blancas, azules y amarillas.

—Perfecto —alabó él.

Robert tomó el ramo que le tendía el recepcionista, y en un acto mecánico, se inclinó para olerlo, pero no tenían apenas fragancia.

—Son flores de invernadero —se excusó el hombre.

Robert se dijo que para la próxima vez iba a ordenar que trajeran las flores directamente de Japón.

—Al menos la vista resulta espectacular.

Se giró sobre sí mismo y se dirigió hacia los ascensores con el ánimo por las nubes. Estaba ansioso por verla. Quería preguntarle en qué había empleado el tiempo libre. Si lo había extrañado. Si le permitiría besarla por primera vez. Casi sentía ganas de silbar, pero se contuvo.

—Buenas tardes señor Ward.

Su estado de ánimo debía resultar contagioso porque el botones le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas noches —contestó amable.

La puerta del ascensor principal se cerró, y el botones pulsó el botón de la suite.

CAPÍTULO 12

Grace escuchó la llave de la puerta, y se preparó para recibir a Robert. Lo vio cruzar el umbral con un ramo de flores en la mano. Ella masticaba una rama de apio.

—Espero que hayas pasado una buena tarde —dijo él.

Robert dejó de mirarla para darle una propina al botones que le había abierto la puerta de la suite.

—Sí, muchas gracias.

—Esto es para ti.

Robert esperaba ver en el rostro femenino emoción, entusiasmo, agradecimiento, pero no esa ceja alzada a modo de interrogante.

—Gracias —fue su respuesta.

—¿No te gustan las flores?

—Adoro las flores.

—Pensé que te agradaría el obsequio.

Ella lo aceptó de las manos de él pero sin sonreír.

—Es un ramo precioso, muchas gracias —reiteró.

Robert era un hombre muy inteligente, y no hizo falta que le dijera que prefería las flores sin cortar. Tratándose de una mujer como ella, tenía que haberlo supuesto.

—Así que no te gustan los ramos de flores.

—Sí me gustan las flores, pero me gustan mucho más cuando no han sido arrancadas de la tierra, además se marchitan muy rápido.

Él pensó que había dado en el clavo.

—Confío que este ramo te dure un poco más.

Robert se refería a la singularidad de las orquídeas, porque al contrario de otras flores, no se marchitaban tan rápido. Respiró profundamente al mismo tiempo que la miraba. Se veía adorable con el ramo en una mano y una hoja de apio en la otra. Le daba verdaderos mordiscos de deleite. El vegetal crujía mientras lo masticaba.

—¿Tienes carencia de flúor o algo así?

—¿Por qué lo preguntas?

—Eso que masticas no parece muy apetecible.

Grace miró lo poco que le quedaba ya de su rama de apio y sonrió.

—¿Te cuento un secreto? Era lo único a lo que tenía acceso en el internado, y puedo asegurarte que con hambre está muy bueno.

Esa revelación lo dejó asombrado, y se preguntó cómo habría obtenido la rama de apio porque seguro que en la suite no había.

—¿Pasabas necesidad en la escuela?

Grace pensó que Robert se quedaba corto. El horario de las comidas en el internado era tan estricto, y la cantidad tan justa, que ella no se explicaba cómo se había desarrollado de forma adecuada.

—Era una adolescente con buen apetito, y lo único que quedaba en las cocinas por las noches eran ramas de apio, de acelga, y de espinacas —los ojos de Robert se abrieron todavía más asombrado—. El apio era sin duda lo mejor de los tres.

—¿Sigue abierto?

—¿El internado? —él asintió a su pregunta—, sí, por supuesto, ¿por qué?

—Porque les obligaré a clausurarlo.

Grace se sentó en el sillón y lo observó atentamente. Esa forma de piropearla le gustaba cada vez más. Robert la imitó.

—Gracias —respondió agradecida—, pero aquello ya está superado.

Robert se aflojó el nudo de la corbata y cruzó una pierna sobre la otra.

—Tienes que arreglarte —dijo de pronto—, he reservado mesa en el restaurante más exclusivo de la ciudad.

Ella ignoró la sugerencia.

—¿Qué tal tu reunión de trabajo?

Robert no se tomó a mal su cambio de conversación.

—Bien, ha quedado todo solucionado.

Grace no se asombró. Robert era ese tipo de hombres acostumbrado a resolver todo tipo de cuestiones por duras y difíciles que fueran.

—Me alegro.

—¿Y qué tal tu tarde?

—Fui a visitar a Salma —un ligero tic en el párpado derecho de él, le mostró a Grace que Robert estaba muy interesado aunque se cuidó de preguntar—. Está inmersa en la próxima apertura de su librería.

—¿No volverá a Serenity? —Grace hizo un único gesto negativo con la cabeza muy elocuente—, ¿y qué sucederá conmigo?

—Hay otras acompañantes en Serenity —respondió suave sin dejar de observar la reacción de su respuesta en el rostro anguloso.

—Cerraré la agencia.

Grace hizo una mueca pues sabía muy bien que Robert no lo decía en serio, y si acaso lo decía, entonces ignoraba su capacidad de respuesta.

—Hasta que encuentres a otra que cumpla tus requisitos, seré tu acompañante cada vez que visites Nueva York.

Robert comenzó a negar de forma efusiva.

—A ti no te quiero como acompañante.

Grace abrió la boca por la sorpresa que le causó esa afirmación seca.

—Pensaba que habíamos alcanzado un punto intermedio de conexión positiva.

—No me has entendido.

—Claro que sí.

—Cuando seas mi pareja sentimental, cerrarás Serenity.

Grace respiró profundamente aunque de forma muy suave, como era natural en ella. Estaba un poco alterada, pero no se le notó en absoluto.

—Estás utilizando las palabras correctas para que comience a caminar en la dirección contraria a la tuya.

Robert reuló porque la vio ponerse tensa. Si no reconociera los síntomas tan bien, no se habría percatado, así de buena era ella ocultando sentimientos.

—¿Por qué motivo deja Salma de trabajar en Serenity?

—La despedí.

—¿Por qué?

—Porque su trabajo en Serenity le impedía seguir con su vida pasada, es decir, seguir con su pareja —Robert echó la espalda hacia atrás sin dejar de mirarla.

Supo que omitía parte de la verdad.

Grace no quería contarle que Salma se había quedado encinta y que había abortado para poder continuar con su ex marido. Valoró que sería imprudente revelárselo, además, Robert era un cliente, y los clientes no tenía por qué saber cosas internas sobre su negocio.

—Ya se veía con él mientras trabajaba en la agencia —afirmó Robert de pronto—, y sé que esa no es la razón para su marcha —Robert había omitido la palabra despido.

—La vida privada de las acompañantes no incumben a los clientes.

Si ella trató de frenarlo con esa abrupta respuesta, se equivocó.

—Pero yo no soy un cliente... —ella lo cortó.

—... cualquiera —terminó por él.

—No iba a decir eso.

Grace pensó que, afortunadamente, Robert ya no le hablaba con jeroglíficos y segundas intenciones. Se limitaba a hablar con ella de forma mucho más natural, cosa que agradecía.

—Esta es una relación de negocios —le recordó seria.

—La nuestra no es una relación de negocios —la contradijo él.

—Tú pagas, y yo te doy la compañía por la que has pagado.

Robert se sintió exasperado porque el tono entre ambos había subido de nivel.

—Quiero algo más contigo, Grace. Siento algo muy especial por ti.

—Lo que dices experimentar es una reacción química perfectamente inidentificable: deseo común.

—Deseo, atracción, amor... —ella volvió a cortarlo.

—O un concepto difuso que no puedes definir.

Robert tomó una decisión para mostrarle de una vez que hablaba en serio. Se levantó del sillón y ella hizo lo propio creyendo que se marchaba.

—¿Qué haces? —estaba atónita porque la había cogido de las manos y la atraía hacia él con fuerza.

—Mostrarte algo muy importante.

—¿Vas a decirme que has encontrado la aguja perdida en el pajar más grande del planeta?

—Pregunta ingenua, olvidas que tengo una fábrica llena de imanes. Poseo el más poderoso del mundo: el deseo.

—¡Robert! —trató de protestar, pero él se apoderó de sus labios sin dejarle un mínimo de espacio entre ambos cuerpos.

Entre los besos tradicionales, interesantes, insinuantes, directos, apretados, húmedos, sexuales, y absorbentes descritos en la literatura, el que estaba recibiendo de Robert le disparó la presión sanguínea, le dilataron las pupilas, y la respiración se le profundizó hasta el punto del ronquido. El deseo brotó en el interior de ella de inmediato, y de forma que la propia conciencia se sumergió en una neblina espesa. Cuando Robert terminó el beso, la sangre corría como lava candente por sus venas. Grace se había quedado sin capacidad de reacción. Estuvo a punto de gemir y sentarse para no caer desmayada sobre la tapicería del suelo. Era como si la sangre hubiera huido de su cabeza y corriera desbocada por todas las arterias de su cuerpo. Era incapaz de pensar con lógica o coherencia. El beso le había provocado un caos absoluto.

Cuando pudo enfocar la vista, él estaba casi tan noqueado como ella.

—No tenías que besarme —le recriminó en voz baja.

Grace era consciente que, después del beso, todo había cambiado entre ambos.

Robert la escuchaba pero era incapaz de decir nada. Una pendiente de sensaciones ascendentes le provocó un mareo intenso: tensión, ardor y una terrible excitación sexual. Él mismo se había provocado un terremoto emotivo del que no tenía explicación posible salvo que la deseaba, y tras el beso, mucho más.

—Me gusta el sabor del apio en tus labios.

Ella parpadeó porque le parecía inaudito que él se fuera por la tangente después del caos que habían compartido.

—Entenderás que a partir de este momento ya no puedes dormir conmigo, has cruzado la línea —él se mostró silencioso—. Seguiré como tu acompañante durante la noche y el día que nos queda, y después me iré dando el negocio por concluido.

Ella hizo amago de darse la vuelta y marcharse, pero él la detuvo.

—¡Quieta! —exclamó—, por favor, dame unos minutos.

Grace se sentía fuera de lugar. Lo miraba tratando de comprender el motivo para que la observara tan intensamente hasta provocarle un escalofrío.

—¿Qué haces? —inquirió.

—Contemplarte —ella dio un paso—. ¡No te muevas!

—¿Por qué?

—Como no vas a dormir conmigo, te miro para poder soñarte durante la madrugada.

Grace cerró los ojos. En verdad Robert sabía qué frases utilizar para que a una mujer se le pasara el enfado... si ella fuera una mujer normal.

—Esas palabras no van a borrar o disminuir el hecho censurable de haberme besado sin mi consentimiento —Robert pensó que la recriminación se la merecía.

—¿Me lo habrías dado?

—No.

—Ahí tienes la respuesta a mi acción.

—Pero no has demostrado nada —le increpó.

—He demostrado que tú también me deseas.

—Nunca he ocultado que me siento atraída por ti.

—¿Y entonces? —la pregunta había sonado en un tono incrédulo.

Grace se lo pensó durante unos segundos. Había llegado el momento de echar agua al fuego.

—Ward, eres un cliente de Serenity y yo la acompañante. Cuando termine nuestro acuerdo de colaboración, tú regresarás a Washington, y yo seguiré dirigiendo mi negocio.

Que lo llamara Ward lo había ofendido porque creía que se lo había dicho de forma despectiva.

—Te deseo, Grace —admitió franco—, ¿lo comprendes? Porque puedo hacer que lo entiendas de mil formas empezando con besos.

No quería reír, pero Robert se lo ponía muy difícil. Ella le hablaba completamente en serio, y él seguía en sus trece.

—El deseo se te pasará —aseveró seria.

—Mi deseo por ti no disminuirá, todo lo contrario, se acumulará y estallará cuando menos te lo esperes. Quedas advertida.

—No puedo creerme que esté manteniendo este tipo de conversación con un hombre que no escucha nada salvo a su ego —lo dijo como si se lo dijera así misma.

Las palabras de ella mordían.

—Lo que daría porque tus manos me tocarán como tus palabras.

Ese había sido un comentario sarcástico. Grace intensificó la mirada y recorrió el cuerpo masculino de forma muy lenta.

—Me gustas, es cierto, pero no voy a mantener una relación pasajera contigo.

—Pero no tiene porque ser pasajera —ella lo miró reticente—. Puede tener la duración que estimes oportuna —ahora lo hizo estupefacta.

—En la vida, Robert —comenzó ella—, con las acciones, unas veces se gana, y otras veces se aprende, confío que en tu caso sea la segunda.

—Bien —dijo él—, con mi acción de hace un momento he aprendido que no debo besarte sin pedirte permiso.

—Me alegra que ahora hables mi idioma.

—Debo aclararte que hablo y entiendo los dos idiomas —ella lo miró sin saber a qué se refería—: el de tu cuerpo y el mío.

—Eres incorregible —afirmó finalmente.

Grace giró sobre sí misma y enfiló el baño para cambiarse, pensó mientras tanto que Robert podía irse al diablo.

CAPÍTULO 13

Grace estuvo muy seria durante la cena, y por ese motivo Robert decidió mantener silencio. A ella no le cambió el ánimo ni cuando el chófer estacionó el coche en el exclusivo restaurante del chef Daniel Boulud, ni tampoco cuando Robert pidió para los dos el famosísimo caviar Golden Ossetra acompañado del mejor champán. Después la llevó al Carnegie Hall donde actuaba Michael Feinstein, un cantante, pianista, e intérprete de música revivalist. Ya de regreso de nuevo al hotel, Robert se mostraba inquieto, y por ese motivo hacía sonar unas monedas que llevaba en el bolsillo.

Ella se removió en el asiento.

—¿Te pongo nerviosa?

—No —respondió llana.

—Me asombra el control que ejerces sobre tus emociones.

—Soy una persona tranquila por naturaleza —contestó.

—Me resulta muy difícil imaginarte mirando por encima de las gafas, siempre resbalando por el puente de la nariz, tomando apuntes y hurgando en los traumas de infancia de individuos atormentados.

A Grace le pareció que Robert quería hablar de su profesión como siquiatra, y por una vez no le importó.

—¿Un corolario de silencios y miradas de póker? —preguntó con humor.

Ella se refería a los tópicos sobre terapeuta-paciente que podían utilizarse perfectamente en una delirante película de humor.

—¿Cómo lograbas que los pacientes se sintieran cómodos?

Grace valoró que no le perjudicaba hablar sobre la profesión que había ejercido en el pasado, antes de que le ocurriera la mayor desgracia de su vida tras perder a su madre y a su padre. Tenía suficiente confianza con Robert.

—Una táctica que nunca me fallaba para conseguir que el paciente se relajara era mostrarme cercana.

—¿Cómo de cercana? —Grace intuyó escepticismo en la pregunta.

—Si la ocasión lo requería, me mostraba torpe —las cejas de Robert se alzaron en arco—. Vertía un poco de café sobre la mesa, fingía que se me caía la pluma, e incluso podría contar un chiste malo.

—No puedo imaginarte en ese papel —negó Robert—. Eres demasiado seria.

—No siempre fui así.

—¿Cómo es posible?

—Tuve que aprender a dar pasos muy importantes que me ayudaron a madurar.

—¿Pasos...? —Robert la animaba a que continuara.

La conversación sobre su profesión le parecía de lo más adecuado para que ella olvidara su enfado con él por el beso que le había robado.

—Aprendí la certeza sobre la teoría de Darwin: para sobrevivir hay que competir. También, que si te muestras moderado, vences, y que somos esclavos de nuestras palabras.

—La confianza de un paciente se consigue con el tiempo —apuntó Robert.

—Sí, y mostrarte sincero y vulnerable puede marcar la diferencia para ganar esa confianza.

—Reconozco que en mi caso me mostraba insufrible con los diferentes terapeutas que tuve.

Robert se refería a las cientos de sesiones que había tenido con siquiátras durante la mayor parte de su vida.

—Mostrarse insufrible es una forma de defensa —dijo ella.

—No lo sabía entonces, pero esa forma de mirar que tenéis me desquicia.

—¿Qué forma de mirar?

—Como me has mirado durante toda la noche.

Grace aceptó la censura a su comportamiento, pero tenía que ordenar muchas cosas dentro de su cabeza tras el beso, aunque no podía decírselo a él.

—No pretendía incomodarte, pero te lo merecías.

—Lo sé, y ahora comprendo cómo eres por cómo miras.

Ella se quedó extrañada de esa afirmación.

—Trato de averiguar si me insultas o me halagas.

—Nadie expresa con la mirada tanto como tú.

Grace lo observó de forma fija.

—Quizás es una apreciación tuya.

—Somos lo que comunicamos. Las personas que nos acompañan, que nos siguen por lo que decimos, lo hacen también por cómo miramos, ¿lo ignorabas?

—Además de cómo nos movemos, gesticulamos, y sonreímos... —apuntó ella.

Todo eso era cierto, se dijo Robert.

—Tus gestos te delatan —él, hizo una pausa intencionada—. Eres una excelente comunicadora con la mirada.

—¿Qué dice mi mirada?

—Nunca desvías los ojos mientras mantienes una conversación, y lo haces de una forma inteligente.

—¿Y no te incomoda que te mire fijamente?

—Lo que me incomodaría de verdad sería un parpadeo exagerado.

—Eso entraría en la categoría de galanteo sutil y no es mi estilo.

—Ni lo dudaba —afirmó él.

—El coqueteo es contrario a la profesionalidad —admitió franca.

—Y eso te hace más deseable todavía.

Grace cerró los ojos durante un momento porque Robert había conseguido llevarla con su conversación, al mismo lugar de partida de cuando recibió el beso más extraordinario de su vida.

Robert supo que ella se replegaba de nuevo.

—¿Has pensado en tener hijos, Grace?

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa ante el cambio de conversación intencionado.

—No —fue tan tajante que Robert sintió las palabras como pinchazos de aguja en el brazo—. Siendo sincera, nunca me lo he planteado, ¿y tú?

—Yo tampoco.

Ella meditó el mensaje oculto en esa confesión.

—Afortunadamente yo no tengo un imperio que legar —le dijo en parte para banalizar el tono tan serio de la conversación que mantenían.

—Antes a los individuos se les educaba para que se emparejaran y tuvieran hijos.

—¿Y piensas que ahora es diferente? —indagó ella.

Robert hizo un gesto afirmativo.

—Hoy en día se educa a los hijos en el individualismo, y para que sean unos solteros de éxito engréidos.

—Es cierto que es el modelo ideal que impera en una sociedad moderna y avanzada como la occidental.

—Es curioso —dijo él—, en la antigüedad se menospreciaba a una mujer solterona, hoy se menosprecia a la que es madre, sobre todo si es madre de familia numerosa.

A ella le parecían interesante las opiniones sobre la maternidad que demostraba él. Era la primera vez que escuchaba una opinión así viniendo de un hombre de éxito indiscutible, soltero y seductor.

—Hay sociedades donde las mujeres adquieren relevancia social según tienen hijos, pero en la nuestra, una mujer desciende en la escala social a medida que los tiene —le explicó ella—. Se llama progresismo.

—Esta claro que la maternidad y la paternidad es incompatible bajo los parámetros y valores de la sociedad actual, ¿no piensas igual? Pero estamos perdiendo mucho en el avance.

—Es verdad —reconoció Grace—. En revistas femeninas aparecen

constantemente artículos de congelación de óvulos por la crisis, por la inseguridad laboral, por lo difícil que está la vida, y los sitúan al lado de anuncios de cosméticos de lujo que valen un ojo de la cara, por eso la ausencia o no de natalidad acaba siendo una cuestión de prioridades.

Robert pensó que le resultaba muy revelador la opinión de ella.

—Retrasar tanto la paternidad también juega un papel importante, porque rondando los cuarenta la gente ya no se adapta a tener que hacerse responsable de otra persona; mucho menos cuando hemos sido educados para la psicopatía y la irresponsabilidad social —Grace sentía ganas de aplaudirle.

—Eso sucede porque en la sociedad moderna hay muchos adolescentes de 20, 30, 40 e incluso 60 años —la voz de Grace había sonado divertida.

—Así nos va...

El silencio se instaló de nuevo entre los dos aunque no duró mucho tiempo.

—Creo que es la conversación más interesante que hemos compartido en estos días que estamos juntos —la voz de Grace contenía un grado de admiración y mucho de respeto.

Pocos hombres tenían las cosas tan claras sobre la paternidad en los tiempos actuales. Robert era una caja de sorpresas.

—¿Te casarías conmigo, Grace Silver? —ella abrió la boca para decir algo, pero debió de pensarlo mejor porque calló—. Te lo estoy proponiendo en serio.

—¿Me haces una proposición de matrimonio cuando solo me conoces cuatro días? Increíble.

—Te conozco desde que tenías diez años —le recordó—. Además, he descubierto que quiero tener hijos contigo.

Ahora entendía toda esa cháchara sobre los hijos. Grace pensó que el trastorno que tenía Robert debía ser más grave de lo que pensaba porque se comportaba como si tuviera además un trastorno bipolar.

—Yo no —su seca repuesta le provocó a él un suspiro largo.

Ella quería dejar el tema zanjado, y Robert entendió su mirada. Apoyó la espalda en el mullido respaldo del sillón del auto y soltó un suspiro largo.

—En un futuro no muy lejano —comenzó él—, cuando decidas tener hijos, que los tendrás, te lo aseguro —vaticinó—, serán tan feos que te preguntarás día y noche por qué motivo no aceptaste mi propuesta de matrimonio para cambiar esa circunstancia.

No pudo darle una respuesta porque el coche había llegado a la puerta del hotel, pero no pudo ocultar una risa por sus ocurrencias tan descabelladas.

CAPÍTULO 14

Cuando despertó a la mañana siguiente, Robert no solo estaba acostado con ella en la cama sino que la abrazaba por la cintura. Dio tal saltó que lo despertó de forma abrupta.

—¿Qué... qué sucede? —a la voz ronca de él se sumó la palabrota de ella.

—¡Joder!, ayer te dejé muy claro que no pensaba dormir contigo.

Robert se frotaba los ojos para despejar el sopor del sueño.

—¿Y por eso me has dado un susto de muerte?

Los dos estaban sentados frente a frente muy juntos. Cuando llegaron al hotel ella le informó que eligiera la cama o el sofá, y como los ojos de Robert se habían dirigido hacia el sofá, ella entendió que lo escogía.

—Nunca acepté dormir contigo, y si dormías conmigo, ignoraba que lo hacías hasta que me despertaba por la mañana, pero ahora te estás convirtiendo en un serio problema.

—¿Piensas que soy un problema?

—No hace falta que te responda a esa pregunta.

Ella recordaba perfectamente el beso.

—Pero no soy un peligro para ti.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Soy consciente de que el peligro lo soy yo, pero ayer diste un paso que ha marcado la línea roja entre los dos.

—En eso tienes razón.

Él le daba la razón pero seguía pegado a ella.

—Fui muy clara, Robert.

El suspiro masculino le resbaló por el escote provocándole un escalofrío.

—Simplemente hemos dormido como las otras tres noches anteriores, salvo que no me he despertado esta mañana como de costumbre.

Había llegado el momento de que se sincerara sobre esa absurda aunque llamativa necesidad de dormir con una mujer. Grace sabía que él tenía un problema de la niñez que no había superado.

Había llegado la hora de la verdad.

—¿Por qué? —él, no respondió en seguida como ella esperaba. Estuvo callado durante unos minutos que a ella se le antojaron largos aunque los soportó con paciencia—. Cuéntame el motivo, es posible que pueda ayudarte.

—Soy insomne crónico —Grace entrecerró los ojos esperando que él continuara, cuando comprobó que seguía en silencio decidió intervenir.

—Hay fármacos... —Robert la interrumpió.

—Consigo la pauta del sueño natural sin dependencias de fármacos cuando duermo al lado de una mujer.

Para Grace se abría un sin fin de interrogantes. Desde hacía décadas, los científicos sabían que las lesiones en la parte del hipotálamo provocaba insomnio, pero hasta la fecha se desconocía el cómo y el por qué.

—El insomnio crónico no se desarrolla de la noche a la mañana —matizó.

Robert soltó un suspiro largo.

—Comenzó con la muerte de mi madre —siguió él—. Murió una noche mientras dormía, y yo, que era un niño con muchos trastornos, comencé a obsesionarme y a tener pesadillas terribles porque pensaba que me sucedería lo mismo que a ella. Dormir se convirtió en una auténtica pesadilla.

Grace había especulado mucho sobre esa necesidad suya de dormir con una mujer, pero todas sus conclusiones en nada se parecían a la verdad revelada.

—Puedes tener una lesión en el tálamo que no te hayan identificado.

Robert hizo un gesto negativo.

—Comenzaron a hacerme pruebas a los ocho años —los ojos de Grace mostraron una gran empatía—: Escala de Epworth, Polisomnografía nocturna, y a partir de ahí, comenzó el tratamiento farmacológico: benzodiazepinas.

—¿Cuánto tiempo estuviste en tratamiento?

—Cuatro años.

Grace contuvo el aliento. Como profesional conocía que los medicamentos más frecuentes para tratar el insomnio eran las benzodiazepinas, pero provocaban efectos secundarios graves. Las benzodiazepinas podían producir también efectos sedativos o depresores en el sistema nervioso central, o relajación muscular que podían causar graves caídas. Y si las tomas de benzodiazepinas se alargaban en exceso, existía incluso riesgo de causar Alzheimer.

—Tan pequeño... —estaba desolada—. ¿Sigues tomándolos ahora?

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mi padre contrató a una enfermera bastante mayor que era la que me administraba los fármacos para el insomnio, y también controlaba mis ataques, pero a los doce años sucedió algo que me provocó un insoportable dolor de cabeza. Era como si me aplastaran el cráneo. La enfermera contratada por mi padre, actuó con criterio propio, y decidió no darme ningún fármaco ese día a pesar del dolor horrible que padecía, y como no podía parar de llorar, me consoló como consolaría una madre: se acostó tras mi espalda y comenzó a susurrarme palabras cariñosas mientras me masajeara la frente. Su palma fría logró calmarme. El dolor de cabeza era insoportable, pero sentía alivio al escucharla.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté diez horas después. La enfermera se había quedado dormida a mi lado, como si yo fuera su hijo pequeño —Grace comenzó a entender.

—Qué infancia más terrible —se condolió.

—Anne se convirtió, a partir de aquella noche, en mami Anne.

Grace sintió el loco impulso de acariciarle el rostro. Allí estaban los dos sentados en el lecho compartiendo sus traumas infantiles.

—¿Vive?

Robert asintió.

—Es una anciana encantadora que vive bajo el sol de San Francisco.

Para Robert quedó claro lo que ella pensaba. El rostro de Grace mostraba claramente la pregunta que se hacía, ¿quién dormía con Robert por las noches para paliar el insomnio crónico?

—Su sobrina Louise, de setenta y dos años, es ahora mi mami Louise.

—¡Robert!

No pudo evitarlo. La mano de Grace actuó con voluntad propia y le acarició la frente en un acto tierno. Le parecía increíble lo que había sufrido desde la niñez: su terrible soledad al quedarse huérfano de madre tan pronto. Le miró el rostro y lo analizó con mucha atención.

—Lo sé —dijo él—, represento un gran reto para ti.

Grace sonrió de forma genuina porque él le había leído el pensamiento.

—Y para toda la comunidad de psiquiatría —apuntó ella—. Me preguntó por qué motivo Salma no me informó sobre tu insomnio infantil.

—Porque, aunque te parezca extraño, me quiere —Grace parpadeó sorprendida.

—Dices que te quiere, ¿qué significa para ti?

—¿Qué significa? Todo —respondió muy serio—. Mi insomnio crónico. Mi posterior trastorno obsesivo compulsivo que controlo a duras penas a pesar de los fármacos —le dijo—. Salma era consciente de lo que haría la prensa con esas rarezas de uno de los empresarios con más éxito del país —concluyó.

—Te devorarían hasta destruirte —afirmó rotunda—. El éxito personal y empresarial suele generar envidia en un porcentaje alto de la población.

Ella lo había probado en carne propia.

—¿Qué empresarios querrían mantener negocios con un hombre tan lleno de taras mentales?

—Bueno —matizó ella—, no estás tarado mentalmente, solo has salido un poco defectuoso.

Robert miró de pronto el trozo de piel de escote que dejaba ver la pequeña camiseta de dormir de ella y suspiró.

—Me preguntó por qué motivo mis secretos insólitos de la niñez no te escandalizan —ella guardó silencio—. ¿Qué pasó por tu mente cuando Salma te contó mi exigente peculiaridad nocturna?

—Pensé que debías padecer algún tipo de trauma —respondió con sinceridad—. ¿Y qué pensaste cuando me viste bajar del coche en lugar de la acompañante que esperabas?

—Que al fin me sonreía la fortuna —Grace intentó ver una doble intención en esa frase—. Me gustaste desde la primera noche que te conocí en mi casa aunque eras solo una niña insoportable y preguntona. Me gustaste todavía más el día que me hiciste la entrevista —ella hizo algunos cálculos mentales—. Tres años y cuatro meses —respondió él—. Cuando te vi descender del coche, supe que había llegado mi oportunidad de tratar de conquistarte. Me propuse ser un auténtico Casanova.

Grace se relajó sobre los almohadones del cabecero sin dejar de mirarlo. En absoluto le parecía anormal que estuvieran los dos en ropa de dormir y conversando de forma tranquila sin que la tensión sexual se elevara entre ambos. Robert se recostó en sentido contrario a ella y se apoyó sobre un codo mientras le acariciaba uno de los pies. El gesto le transmitía serenidad, y le encantó.

—Podríamos quedarnos hoy en el hotel —sugirió ella.

—Eso sería como darte carta blanca para que siguieras sicoanalizándome a voluntad —respondió él.

—¿Y qué tienes preparado para nuestro último día?

Esa frase no le gustó a Robert en absoluto.

—Tenemos que almorzar con el senador Freeman y el congresista Taylor.

—En ese caso tendré que leerme las noticias políticas del Times.

—¿Nunca te ha preocupado que hablan sobre nosotros? —quiso saber Robert.

Grace meditó la respuesta durante un momento. Había pensado tanto en su ánimo el dinero que había adelantado Robert por la compañía de Salma, que ni se lo había planteado.

—Eres el mejor incentivo para que aumente el número de clientes de la agencia.

Y era cierto. Tras la cena en el yate del magnate inglés, Sarah la había llamado para comunicarle que tenía cinco solicitudes de ingreso sobre la mesa. Estaban desbordadas.

—Así que soy un objeto de negocios.

Ella sonrió divertida.

—Por supuesto.

Robert le seguía acariciando el pie.

—¿Y no te importa que otros clientes piensen que en esta relación puede haber un componente sexual entre tú y yo?

—¿Das por hecho que algunas acompañantes deciden mantener un idilio íntimo con sus clientes?

—Sí, conozco algunos casos —admitió él.

—Casos especiales y que han terminado en matrimonio —le recordó ella.

—¿Qué piensas sobre nosotros? ¿Te importaría que otros pensarán mal?

Grace miró un punto indeterminado del dormitorio mientras meditaba.

—Debido a un suceso que me ocurrió en el pasado, tomé la firme decisión de no permitir que la opinión de los demás me afectara, sobre todo viniendo de extraños.

—¿Qué te sucedió?

Ella mantuvo un minuto de silencio.

—No deseo hablar sobre ello.

—Pero yo te he explicado mis traumas infantiles.

—Yo no he padecido ningún trauma infantil.

—Sea lo que sea, ¡cuéntamelo! —le pidió.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Prefiero olvidar las cosas desagradables que me suceden, y aquello que pasó, ya está olvidado.

Grace hizo un gesto para levantarse, pero Robert la sujetó por el pie.

—No te enfades conmigo por sentir curiosidad sobre tu vida.

—No estoy enfadada.

—Tu cuerpo dice otra cosa muy diferente.

Grace suspiró suavemente.

—Crees que me conoces, Robert, pero no es así —ella no lo había dicho para ofenderlo—, y deseo seguir manteniendo la relación acompañante-cliente en su lugar correspondiente.

—Nada de sexo —apuntó él.

—Nada de sexo —confirmó.

Ella hizo amago de levantarse, pero él nuevamente se lo impidió.

—Demuéstrame que estoy equivocado.

—Lo estás —aseveró seca.

—Demuéstrame que las señales que recibo constantemente de tu cuerpo son imaginaciones mías.

—Lo son.

Robert la tomó por las caderas y la deslizó por la cama hasta dejarla justo debajo de su boca.

—Los dos somos adultos, los dos nos deseamos, deja de poner

impedimentos a lo que sentimos el uno por el otro.

No fue lo bastante rápida para impedir que la besara, y cuando ambos labios se tocaron, todo estalló para ella que dejó de resistirse y se dispuso a disfrutar del beso. Robert la chupaba como si la boca de ella fuera una fruta madura. La acarició con la lengua, la mordisqueó, y fue como si el tiempo se detuviera. Las manos de Robert comenzaron a acariciarla por encima de la delgada tela que cubría sus senos, y estimuló con conocimiento los pezones hasta ponerlos duros como garbanzos. Al gemido de ella, le bajó el tirante y liberó el globo maduro. Lo lamió y chupó de forma tan suave que la inflamó de placer.

—No tenía que demostrarte nada, Robert —protestó débilmente.

Dejó de besarle el pecho.

—Pero yo sí —Grace se preparó para que le besara el otro, sin embargo, él se mantenía quieto.

—¿Qué... qué sucede?

—¿Deseas que continúe?

La mente de Grace era un torbellino, incapaz de hilar un pensamiento coherente. Sentía una quemazón entre las piernas. Los pezones le hormigueaban, y reconoció que no quería que él se detuviera. Deseaba que terminara lo que había empezado.

—Te deseo Robert Ward Casanova —capituló al fin—, pero no estoy protegida ante un embarazo.

Esas palabras no le preocuparon a él en absoluto.

—Te deseo Grace Silver, y te protegeré —la boca de él descendió nuevamente sobre la de ella y le depositó cientos de besos muy pequeños recorriendo toda la boca y la comisura antes de introducir profundamente la lengua en ella.

Con una habilidad increíble y casi sin que ella se diera cuenta, Robert se colocó un preservativo, segundos después, Robert le quitó el pequeño pantaloncito de dormir y se posicionó encima de ella. Se humedeció el dedo corazón y lo colocó sobre los labios superiores de su vagina, comenzó a realizar pequeños círculos sobre el clítoris incrementando la intensidad de un lado a otro. Cuando la espalda de Grace se arqueó ante la llegada del orgasmo, Robert la penetró de una sola embestida. Tuvo que ejercer un férreo control cuando fue acariciado por los suaves espasmos del vientre de ella. Una deliciosa descarga que le perló la frente de sudor, pero antes de que pasara el último, comenzó a moverse con rapidez y fue incrementando el ritmo sin dejar de besarla.

Grace volvió a convulsionarse de nuevo minutos más tarde, pero de forma mucho más intensa. El segundo orgasmo había superado al primero con creces.

CAPÍTULO 15

Se bañaron juntos, se vistieron juntos, y jugaron juntos antes de que el chófer hiciera la llamada de teléfono dándoles el aviso de que los esperaba en la puerta del hotel. Robert volvió a hacerle el amor una vez más, y Grace se dejó llevar porque hacía mucho tiempo que la compañía de un hombre no la completaba de esa forma. Con él se sentía desinhibida, y le gustó.

—Estás preciosa —le dijo cuando ella terminó de colocarse el carmín en los labios.

Volvió a besarla, y con el resultado final que Grace tuvo que volver a pintárselos, pero no le riñó porque le gustaba sus actos impulsivos. Le quedaba un día que pasar juntos, y Grace pensaba aprovecharlo al máximo.

Ella conocía al senador Freeman pero no al congresista Taylor. Los dos hombres no iban acompañados por sus mujeres, y Grace se preguntó el motivo pues sabía que Freeman estaba casado. Cuando Robert hizo las oportunas presentaciones, ella tuvo que lidiar con una mirada excesivamente penetrante y un estrechamiento de manos demasiado íntimo por parte de Taylor, y que no le gustó en absoluto.

Los condujeron hacia un comedor privado alejado del resto de comensales.

—Nunca creí que llegaría a conocer en persona a la esquiva dueña de Serenity —esas palabras lograron incomodarla todavía más—, pero estoy encantado.

Ella ignoraba que Robert era uno de los empresarios que habían financiado la carrera política de Freeman.

—Confío que su esposa se haya recuperado bien, senador.

Grace obvió descaradamente responder a Taylor.

—Fue una caída estúpida, pero ya está mucho mejor aunque lamenta no poder almorzar con nosotros —Grace le sonrió—. Tenía muchas ganas de saludarla en persona.

La esposa del senador creía que tenía una deuda con ella porque la trató como terapeuta en el pasado, cuando todavía ejercía como siquiatra. Había estado bajo una depresión muy grande porque su vida privada se había convertido en pública por la profesión de su marido, y la mujer no lo había llevado muy bien.

Una vez que estuvieron sentados alrededor de la mesa y con el menú pedido, el senador se giró hacia ella y le sonrió.

—¿Por quién se decantará en las próximas elecciones, señorita Silver?

Grace pensó que esa era una pregunta de fácil respuesta.

—Por aquel que prometa menos porque será el que menos me decepcione.

—Inteligente conclusión —dijo el congresista que no dejaba de mirarla.

Pero Grace optó por mantener silencio en el mismo momento en el que Robert y Freeman comenzaron a conversar sobre política. Se refugió en su palacio mental y dejó transcurrir el tiempo sin ser consciente de lo que comía ni de lo que se hablaba en la mesa. Ella tenía muchas cosas que analizar, como el último encuentro íntimo con Robert. Lo que significaría para ella la finalización del contrato de cinco días, y cómo lo afectaría a él. Se preguntó si la proposición de él iba en serio. Lo que pasaría con Serenity si ella decidía aceptarla. De pronto abrió los ojos de par en par al percatarse que estaba considerando en serio la propuesta de matrimonio de él.

—Te encuentras bien —debía de haber hecho algún sonido porque los tres hombres sentados a la mesa la miraban con atención.

Carraspeó tratando de que no se notara lo turbada que se sentía.

—He olvidado algo muy importante —se excusó.

—¿Puedes solucionarlo? —la pregunta de Robert sonó preocupada.

—Tengo que hacer una llamada.

Se levantó rápida sin permitirle a Robert que le apartara la silla. Con la llamada tenía la excusa perfecta para tratar de ordenar sus pensamientos lejos de los tres hombres, pero la suerte no estaba ese día de su parte porque la periodista Emma Grey, que iba acompañada de otro colega, se dirigía directamente hacia ellos acompañados por el jefe de comedor.

—Sentimos llegar tarde.

Los dos tomaron asiento. ¿Se quedaban? ¡Si casi habían terminado de almorzar!

—Qué gusto verte de nuevo, Silver.

La voz, estridentemente chillona, le molestó en los tímpanos.

El rostro de Robert era indescifrable. El de Taylor calculador, y el brillo malintencionado de sus ojos le mostró a Grace que era un enemigo de Robert aunque el mismo lo ignorara.

—Tuvimos que cubrir una información de última hora, por ese motivo hemos llegado un poco tarde.

—No importa —dijo el senador—, podréis hacerme las preguntas mientras concluimos el almuerzo.

A Robert se le notó que no le había gustado nada que el senador quedara con dos periodistas en el almuerzo que había concertado con él.

—¿No existía otro momento, Freeman? —la pregunta de Robert había

sonado demasiado seca.

—Su redactor jefe fue muy insistente —se excusó el senador aunque con voz demasiado complacida—, y no pude negarme.

Robert destetaba el ego insufrible de la mayoría de políticos del país.

—Vuelvo enseguida —Grace no veía el momento de escapar de esa mesa llena de serpientes venenosas, sobre todo de Emma Grey.

Robert la sujetó por el brazo.

—¿Necesitas ayuda? —ella negó con la cabeza—. ¿Te pido postre —negó de nuevo—. No tardes.

Grace lo miró perpleja porque con esas tres frases Robert había afianzado para los presentes unos derechos que no tenía sobre ella, y por un momento se arrepintió de haberle permitido que le hiciera el amor porque suponía que se lo había tomado de una forma muy diferente a lo que en realidad era.

Una vez en el baño de señoras, se mojó el rostro aunque se llevó el maquillaje con la toallita de papel para secarse, pero no le importó. Estaba conmocionada, llena de dudas. Y esa sensación de no controlar nada, aunque no era nueva para ella, sí la descolocó porque hacía mucho tiempo que no le ocurría. Tenía que regresar a la mesa, pero se resistía. No le gustaba en absoluto la presencia de los periodistas, ni la incómoda forma de mirar del congresista Taylor, pero sobre todo, enfrentar a Robert.

Grace suspiro.

Era una mujer adulta. Consciente de sus acciones y equivocaciones. Podía controlar el pequeño desliz y actuar como la profesional que era. Se miró por última vez al espejo, se atusó la larga melena lisa y entrecerró los ojos. Emma Grey no iba a molestarla más, ni con sus palabras ni con su presencia. Tampoco pensaba permitir que el congresista Taylor la incomodara con esa forma de mirar intencionada. Y en cuanto a Robert, iba a volver al punto de partida sin permitirle moverse un milímetro hacia adelante.

Salió del baño de señoras y se dirigió con paso firme de nuevo a la mesa. Robert se levantó como un caballero y le apartó la silla para que se sentara con comodidad.

—Disculpadme, por favor, he tenido que solventar un pequeño contratiempo.

—Ha llegado hasta mis oídos que la agencia Serenity está desbordada con peticiones de ingreso —disparó Grey con mirada ávida.

Grace la observó con mucha cautela. Era indudable que la periodista se mantenía bien informada y que pensaba saltar al ataque de un momento a otro.

—Algo normal pues es una empresa que ofrece un servicio excelente.

—¿A eso se le llama empresa? —la pregunta había sonado peyorativa.

—Me atrevo a cuestionar la verdadera razón para la intromisión de dos periodistas en nuestro apacible almuerzo —Robert había decidido acudir en su rescate.

Grey dejó de mirar a Grace para observar a Ward.

—Las nuevas Geishas del siglo XXI despiertan demasiados interrogantes entre las mujeres decentes de Nueva York —Grey no pensaba dejar pasar la oportunidad de atacarla con todas sus fuerzas—. Es difícil para ellas aceptar que sus maridos visiten prostíbulos con el beneplácito del resto de la sociedad neoyorquina, incluido el alcalde.

Grey tiraba a matar y ella aguantó el impacto de sus disparos lo mejor que pudo.

—Lo que nos está quedando claro, señorita Grey —apuntó Robert—, es que hay personas necias que no se dan cuenta, o no quieren hacerlo, de dónde y cuándo son inoportunas.

El senador Freeman se veía ligeramente incómodo por el rumbo que estaba tomando la reunión. Había dejado de ser el protagonista.

—Vámonos, Grey —le aconsejó el compañero.

Pero estaba claro que Emma tenía sed de sangre y solo se iba a conformar con la de ella. A Grace le provocaba en verdad lástima, pero no podía dejar pasar la oportunidad de ponerla en su sitio.

—Acéptelo de una vez, señorita Grey, jamás será admitida como acompañante en una empresa tan elitista como Serenity —la periodista abrió la boca para insultarla pero Grace no se lo permitió—. Y si no cesa en este acoso innecesario por el rechazo que sufrió, filtraré su solicitud de ingreso como acompañante a Associated Press.

El color se esfumó del rostro de la periodista. Se tragó la bilis y la miró con odio durante un minuto largo.

—Yo nunca he solicitado ingresar como acompañante en su prostíbulo, señorita Silver —siseó al punto del colapso histérico para justificarse delante de los hombres.

Grace alzó un ceja interrogante en un gesto calculado al mismo tiempo que sonreía.

—Vámonos Emma, ya entrevistaremos al senador otro día.

Pero la periodista se resistía a irse. Había recibido por primera vez un duro revés de la persona que odiaba con toda su alma, y a la que había prometido destruir.

—¿De verdad solicitó ingresar como acompañante en Serenity? —el congresista Taylor miraba a la periodista entre la burla y la compasión en el mismo porcentaje.

A Emma no le importaba ninguno de los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa en el restaurante más lujoso de la ciudad, no le interesaba ninguno salvo Grace Silver. Tenía los ojos inyectados en sangre y casi a punto de escupir bilis por la boca.

—Yo sí podría filtrar algo muy jugoso sobre Grace Silver al FBI que la llevaría de cabeza a la cárcel.

La amenaza velada quedó suspendida en el aire.

Grace no solo le había perdido el respeto a la periodista tiempo atrás, sino que la consideraba un ser miserable.

—La invito a que lo haga —el reto quedó suspendido entre todos los comensales que miraban a ambas mujeres con absoluta sorpresa—. Será gratificante ver y disfrutar de la segunda patada en el culo que recibe del FBI.

—¡Cabrona! —la insultó Grey.

—Querida Emma, ¿una patada no fue suficiente? —siguió hostigándola.

El rencor salía como rayos por los ojos de la periodista.

—Pronto tendrás noticias mías —amenazó la otra.

—Apúrese, que mañana es tarde —Robert tomó la mano de Grace por debajo de la mesa, y se la apretó en un intento de captar su atención para que no siguiera suministrándole metralla a la periodista.

Emma se había percatado del gesto del hombre.

—Muy jugoso el artículo que voy a escribir sobre usted señor Ward y sobre la señorita Silver. Veremos si entonces se sonríen con tanta complacencia.

El compañero de Grey se cansó del acoso al que Emma sometía a Grace Silver y la sujetó del codo para arrastrarla fuera del restaurante.

—¡Que me sueltes, joder! —Emma parecía que quería golpear a su compañero.

—Deja de comportarte como una estúpida —le soltó—. Señores, por favor, disculpen esta salida de tono de mi compañera y de su comportamiento tan poco profesional.

Y ya no la soltó. Siguió empujándola y sacándola del comedor privado. Entre Freeman, Taylor, y Grey, se produjo un silencio que Grace no osó interrumpir.

—No pienso concederle ninguna entrevista —dijo Freeman bastante ofendido por el espectáculo—. Menuda arpía rencorosa.

El senador había entendido que la periodista buscaba revancha porque había sido rechazada en la agencia de Silver, y se enojó porque había consentido en la entrevista, y resultaba que la finalidad de la misma era un enfrentamiento con la dueña.

—Confío que no me ataque nunca con el mismo fervor que a usted —ella

seguía en silencio aceptando con resignación los comentarios de empatía.

—Me preocupa lo que pueda publicar su periódico mañana —Robert lo había dicho en voz baja, y Grace observó que colocaba en línea una y otra vez los cubiertos del postre, las copas, y la servilleta de hilo.

—Pues le aseguro, señorita Silver, que me encantaría que fuera mi acompañante aunque fuese por una noche —el congresista Taylor trató de quitar tensión al ambiente, pero solo lo había empeorado con su comentario.

—Grace no es una acompañante —lo cortó Robert de forma agria y sosteniéndole la mirada—, aunque dirija una empresa como Serenity.

El congresista parpadeó confundido.

—Al verla contigo pensé que sí lo era —contestó Taylor.

Pero Grace se mantuvo impertérrita y no permitió que las palabras de uno y de otro la empujaran a responder fuera de tono. Ya había tenido suficiente con una necia.

—Mi relación con la señorita Silver es asunto privado nuestro y de nadie más.

Grace pensó que Robert seguía empeorándolo todo hablando de esa forma posesiva sobre los dos.

—No pretendía molestarte, Robert —se disculpó el congresista.

—Creo que ha sido un desastre de almuerzo —las palabras del senador sonaron a decepción absoluta—. De saber que la tomaría con usted, señorita Silver, jamás habría accedido a la entrevista.

—No se preocupe, senador Freeman, estoy acostumbrada a personajes como ella.

—Voy al baño, aprovecharé para pedir la cuenta —dijo Robert.

Grace se quedó de verdad preocupada cuando Robert se marchó porque para ella había quedado claro que comenzaba a descontrolarse.

Por primera vez en mucho tiempo, Robert volvió a tomarse la medicación que, gracias a la terapia continuada, ya no necesitaba. Cuando regresaron al hotel, Grace llenó su pequeña maleta con sus pertenencias y se dispuso a marcharse. Llamó a recepción para que le enviaran un taxi. Robert había ido al baño un total de diez veces en quince minutos. Cuando regresó la última vez, ella observó que tenía las manos muy enrojecidas, señal de que se las había lavado en cada ocasión. Se mesaba el cabello constantemente y no podía mantenerse quieto.

Ella lo observaba muy preocupada.

Robert de pronto la miró y se paró en seco, como si fuera consciente por primera vez de la maleta y de las intenciones de ella.

—¿Te marchas?

Grace suspiró profundamente y tomó asiento esperando la llamada de recepción.

—Es lo más adecuado en vista de las circunstancias.

—No puedes marcharte hasta mañana por la noche.

—Es la mejor forma de no estropearlo todavía más.

Robert respiró profundamente varias veces. El medicamento comenzaba a hacerle efecto. El pensamiento repetitivo, agobiante y el impulso descontrolado que había convertido su mente en un caos provocándole un sentimiento de ansiedad, de disgusto y malestar, remitía. Afortunadamente, remitía. Ya no le temblaban las manos, y podía mantenerlas quietas dentro de los bolsillos de sus pantalones.

—Estoy realmente preocupado por Emma Grey —dijo de pronto Robert.

—Yo no.

—¿Qué pruebas cree tener sobre ti? —Grace se mantuvo en silencio durante un momento—. ¿Por qué desea hacerte daño?

—Es una desagradable historia que ya está olvidada.

—A la vista está que no para ella. ¡Cuéntamelo!

Grace negó con la cabeza una única vez pero de forma contundente. El teléfono sonó de improvisó y ella se sobresaltó. Su taxi debía de haber llegado.

—La agencia te reembolsará la parte del dinero que te adeuda por incumplimiento del último día contratado.

Grace se levantó y cogió la pequeña maleta que contenía sus pertenencias.

—¡Cuéntamelo, Grace! —casi ordenó—. Deseo ayudarte.

Ella entrecerró los párpados y apretó ligeramente los labios. Después de unos instantes en los que pareció que dudaba, comenzó a andar.

—La próxima vez que visites Nueva York, y si deseas una acompañante, Serenity gestionará la cita con la misma rigurosidad y eficiencia que hasta ahora.

Robert la sujetó por el brazo antes de que saliera por la puerta. No podía creerse que se marchara.

—Esto no se termina aquí.

Grace lo miró de forma serena. Sin pestañear, y con esa solemnidad innata en ella.

—Que tengas un buen regreso a Washington.

CAPÍTULO 16

—¡Despierta, Grace, despierta! —su secretaria le palmeaba la espalda.

Cuando regresó a su confortable apartamento la noche anterior, Grace se dedicó de lleno a recuperar los cuatros días que había estado alejada de la agencia. Sarah había hecho muy buenas gestiones, pero ella tenía que tomar decisiones importantes y que había pospuesto por su cita con Ward.

—No sé si felicitarte o enfadarme —le dijo Sarah con gesto mohíno.

Grace parpadeó tratando de borrar los restos de sueño, y para enfocar la visión. Había estado despierta hasta las cinco de la madrugada.

—¿Qué hora es? ¿Y por qué me despiertas con esos gritos?

Se sentó sobre el colchón y se restregó los ojos con los dedos de las manos.

—Tienes que ver esto —Sarah le lanzó un periódico sobre el regazo.

El titular la dejó boquiabierta, un instante después miró a su secretaria sin poder articular palabra.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar aunque buscó en la mesilla su reloj de pulsera.

—Las ocho menos cuarto.

Había dormido menos de tres horas.

—Necesito un café.

Sarah le puso uno en las manos. Lo había dejado sobre la mesilla de noche antes de despertarla.

—El teléfono no para de sonar desde las siete de la mañana —le informó Sarah con voz que denotaba incredulidad—. La noticia es una bomba.

Grace se tomó el café de un trago, respiró hondo y miró de nuevo el titular.

“El excéntrico y millonario Robert Ward se compromete con la hija del fallecido juez Silver”.

Ignoraba quién habría filtrado esa noticia falsa, pero tenía que desmentirla de inmediato.

—Él, está abajo —susurró la secretaria.

Grace parpadeó confundida.

—¿Él...?

Sarah señaló con los ojos la fotografía del hombre que estaba junto a ella y que ocupaba la mitad de la página del periódico. Debían de haberlos fotografiado en casa del senador Paul Sting.

—¿Robert está en la agencia?

La secretaria confirmó la pregunta con un gesto de cabeza. Grace se tomó

su tiempo en meditar la información. Alguien, no sabía exactamente quién aunque lo sospechaba, había filtrado una información falsa a la prensa, y Robert debía de estar esperando una explicación por su parte. Al menos podía haber esperado a que ella lo desmintiera y la dirección del periódico rectificara, antes de demandarle explicaciones a esa hora tan temprana.

—¿Le doy permiso para que suba? Se le ve impaciente por hablar contigo.

Grace se mordió ligeramente el labio inferior. Ningún cliente de Serenity tenía acceso a otra parte del edificio que no fuera la primera planta, pero Robert no era un cliente normal, y ella se había implicado íntimamente con él. Ya no podía tratarlo como un cliente ni como un amigo. La relación entre ambos había quedado suspendido en el limbo.

—Tengo que darme una ducha —dijo en voz muy baja.

—¿No piensas decirme nada sobre la noticia? Todos en la agencia estamos conmocionados.

—Se trata de un error.

El brillo de la decepción se paseó por los ojos de Sarah.

—Menos mal que he contenido mi emoción delante de las chicas —Sarah cogió la taza vacía y el periódico que su jefa había desdeñado pues solo había leído el titular.

Grace ya tomaba de nuevo el control sobre sus actos. Iba a darse una ducha, se vestiría, y después recibiría a Ward.

—Cuando se marche, reuniré a las chicas y hablaré con ellas —dijo Grace mientras se dirigía hacia el baño—. Ahora dile a Robert que lo recibiré en la biblioteca —las cejas de Sarah se alzaron con un interrogante bastante significativo—. Ningún hombre ha subido a mi apartamento, y él no va a ser el primero.

—¿Robert? —preguntó la secretaria con humor.

Grace volvió a suspirar.

—El señor Ward —rectificó.

Robert seguía esperando en el vestíbulo del edificio. Cuando llegó al edificio antes de las ocho, no esperaba que lo mantuvieran allí plantado más de treinta minutos como un mequetrefe. Ignoraba que Grace se había sumergido en preparar reuniones y viajes para los próximos días, y que se había acostado muy tarde. Escuchó el resonar de los tacones sobre el pulido mármol y apartó la vista de un óleo que estaba admirando. La secretaria caminaba directamente hacia él.

—Acompáñeme, señor Ward, la señorita Silver lo recibirá en unos momentos —Robert la siguió hacia una dependencia interior—. Espere aquí, no tardará.

Cuando miró hacia su alrededor, se percató que habían reconvertido el antiguo despacho del juez Silver en biblioteca. Sobre la pared de la chimenea se podía apreciar las líneas oscuras que habían dejado un cuadro que ya no estaba allí. El cuadro debía ser de los padres de Grace. Imaginó que ella habría decidido quitarlo para convertir el despacho de su padre en un lugar más apropiado para recibir clientes de la agencia. Cuando Grace se presentó ante él llevaba un vestido peculiar y que le hizo parpadear varias veces. Parecía que se había disfrazado de una operación matemática compleja. Apenas podía apartar la vista de los números.

No tenían sentido ni significado pero él los miraba con gran interés.

—Buenos días, señor Ward —lo saludó ella formal en un intento de mantener las distancias.

—Buenos días, Grace —respondió con voz neutra.

—Lamento que te hayas desplazado hasta la agencia pues con una llamada de teléfono habría bastado para sacarte del error.

—¿Qué error? —preguntó él.

Grace lo miró durante un momento algo confundida.

—La noticia del periódico —contestó serena.

—De eso he venido a hablarte.

Grace lo invitó a que se sentará frente a ella en el sillón de piel marrón.

—Imagino que tienes la misma sospecha que yo, que ha sido Emma Grey quién ha filtrado la información falsa, pero no te preocupes que llamaré en seguida a la redacción y desmentiré la noticia —él, la miraba con los ojos entrecerrados—, por supuesto que necesitaré que corrobore el desmentido.

—No ha sido Emma Grey.

Abrió la boca para decir algo pero la cerró de inmediato. Grace se recostó hacia atrás y lo miró fijamente.

—Es la única persona a la que puedo considerar enemiga hasta el punto de que no le importa dañar mi reputación.

—He sido yo.

Parpadeó confundida porque creía no entender lo que él trataba de decirle.

—¿Has sido tú...?

—El que ha filtrado la noticia sobre nuestro compromiso.

Grace lamentaba haber dormido tampoco porque la falta de sueño le estaba jugando una mala pasada como escuchar cosas que no eran.

—No hablas en serio.

—Completamente en serio.

—¿Por qué motivo harías una cosa así?

Robert se sacó un folio doblado del bolsillo interior de su chaqueta negra y

se lo extendió para que lo cogiera. Grace así lo hizo. Lo desplegó y comenzó a leerlo. Un minuto después perdió el color del rostro.

—Esa es la información que Emma Grey le había pasado a Peter Johnson sobre ti y uno de tus pacientes.

Grace ignoraba que Peter Johnson era el dueño del periódico que había rotulado el sensacionalista titular sobre los dos.

—¿Cuánto has pagado?

Robert negó con la cabeza.

—Johnson no quería dinero sino un titular tan jugoso como ese que sostienes entre las manos.

—Tenías que haberlo consultado conmigo antes de hacer un intercambio que nos perjudica a ambos.

—No había tiempo que perder —explicó él—. Johnson se puso en contacto conmigo antes de que dieran la primera vuelta las rotativas para preguntarme si conocía algo sobre ese hecho del pasado que te incriminaba directamente.

—¿Es tu amigo?

—Un conocido respetable al que le gusta confirmar las informaciones que compra o que recibe.

—¿Confirmar una información con el empresario Robert Ward y no con la propia afectada?

El rostro de Robert se contrajo ligeramente.

—¿Qué afirmaría un sospechoso de asesinato? —le preguntó a bocajarro e inusualmente serio—. Yo te lo diré: su inocencia.

Le quedaba claro que el director del periódico jamás se habría puesto en contacto con ella para desmentir o afirmar la noticia.

—Entiendo.

—Yo he sido el hombre que ha estado contigo los últimos cuatro días.

—Entiendo —reiteró.

—Según me informó Johnson, soy la única relación que se te conoce formalmente en todos estos años —a Grace le hizo gracia esa afirmación porque era cierta—. Manejas el corazón de muchos hombres influyentes de la ciudad y del país, es normal que el hombre que maneje tu corazón despierte el interés de la prensa que te observa y que sigue tus andanzas.

Grace se dijo que desde ese punto de vista resultaba hasta entrañable.

—Podías en este caso haberle ofrecido alguna información tuya que resultara relevante —contraatacó.

Grace trató de hacerle ver que podría haber optado por otra información real y no una mentira sobre ambos.

—Johnson solo se conformaba con una noticia de primera sobre la reina de

corazones. —Reina de corazones, tenía gracia se dijo ella—. Ahora deseo escucharte.

Grace pensó que Robert era muy insistente.

—En ese informe tienes la información —dijo ella refiriéndose al documento que la había enseñado anteriormente—. Trataba a un paciente que finalmente murió, fin de la historia.

Robert la miró con franca sorpresa.

—Si tengo que protegerte de esos buitres que andan más desinformados que informados, tengo que saber la verdad, y aunque he tenido la oportunidad de conocer los detalles escabrosos de tu historia por otros medios, he preferido esperar a que me los revele la verdadera fuente, tú.

—¿Te los ofrecieron? —Robert hizo un gesto afirmativo—, ¿y no quisiste escucharlos?

—No, si no me los ofrecías tú —reiteró.

Esa confesión la pilló por sorpresa. ¿Robert rehusó conocer su sórdida historia por otras fuentes? Se quedó admirada.

—Harry Bruce fue un paciente al que trataba —Robert tomó finalmente asiento frente a ella, pero no podía dejar de mirar los números correlativos de su vestido blanco. Los números sin un sentido lógico lo volvían loco—. Sufría constantes depresiones que le impedían mantener una relación estable con una mujer —Robert cruzó una pierna sobre la otra sin dejar de escucharla—. Había intentado suicidarse en dos ocasiones, y había estado ingresado otras tantas. Por la dificultad que presentaba su caso, decidí tratarlo como terapeuta —Grace calló un momento—. Después de varias sesiones en las que parecía que avanzábamos, Harry tomó confianza y fue revelándome detalles sobre su vida íntima que tenían que haberme puesto sobre aviso para tomar cartas en el asunto antes de que fuera demasiado tarde, pero mi profesión me lo impedía.

—El juramento Hipocrático —afirmó Robert—. ¿Qué te reveló?

—Como no podía mantener una relación con una mujer, volcó su afecto en la única de su entorno que se lo permitía, su hermana Micaela. Sufría por ese amor imposible que lo hundía en la miseria... nunca me reveló si sucedió algo entre ellos, pero Micaela se suicidó semanas después de comenzar Harry su tratamiento. Se quedó completamente traumatizado por la muerte de su hermana. Lo atormentó profundamente —Robert suspiró profundamente mientras la escuchaba—. Según me confesó en una de las sesiones, ese hecho fue lo que destruyó su fe en Dios y que lo llevó a creer que no existía ningún tipo de justicia en el mundo. Como en cada sesión se volvía más violento y más irascible, opté por dejar de tratarlo, y le pasé el testigo a otro compañero en el que confiaba mucho pues siempre había ayudado a pacientes difíciles, pero

cuando se lo comuniqué a Harry, enloqueció. Comenzó a caminar como una fiera enjaulada, y durante varios minutos solo fue capaz de farfullar frases que no tenían ningún sentido. Después me miró fijamente y me dijo que yo iba a ser la última mujer que iba a abandonarlo. Se abalanzó sobre mí y me agarró del cuello. Fue apretando los dedos hasta tal punto que dejé de respirar. Creí de verdad que moriría asfixiada. Cerré los ojos para morir, y cuando los abrí de nuevo al percibir que la presión sobre mi garganta disminuía, me encontré que, de forma inconsciente, le había clavado la pluma que sostenía en la mano justo en la sien. Murió en el acto —Robert estaba aturdido, incapaz de decir una palabra de inteligente—. Lo asesiné.

—Fue en defensa propia.

—Se abrió una investigación que comenzaba a alcanzar una popularidad nefasta para mi padre a pesar de sus intentos de que no trascendiera a la prensa, y de pronto, en medio del caos, se descubre un informe de otro siquiatra que lo trataba al mismo tiempo que yo, y en el que se recogía el hecho horrible de la violación a su hermana. Fue ese y no otro el motivo que llevó a Micaela al suicidio.

—¿Harry veía a dos siquiátras a la vez? Sorprendente.

—El abogado que representaba a los padres de Harry, lo llamó prueba circunstancial y oportuna, pero fue la que cerró el caso. Ese fue el motivo que me decidió a dejar de ejercer como siquiatra pues sentí que había fracasado estrepitosamente como profesional.

—Fue en defensa propia —reiteró Robert.

—Lo más doloroso de todo fue que se me relacionó sentimentalmente con Harry Bruce —reveló ella.

—¿Lo estabas? —a Robert le molestaba esa sola posibilidad.

Grace negó con la cabeza.

—El abogado encontró, convenientemente, un diario de Harry en el que describía nuestra relación sentimental sin la profesional. Todo era mentira, pero Harry estaba muerto y yo no podía demostrar su falsedad.

Robert entendía ahora el comentario de su amigo y magnate, Henry Spencer, sobre que Grace jamás tendría un relación con un paciente cuando él mismo le reveló aquella noche en su yate que ella lo trataba.

—Debía de bastar tu palabra y no la de un desequilibrado.

—El diario contenía fotos de lugares en los que había estado, donde se me veía sonriente. Fotos de los dos cenando juntos en un restaurante, paseando.

—Indudablemente las imágenes estaban manipuladas —afirmó Robert rotundo.

—Ignoro cómo lo hizo, pero es cierto que estuve en cada uno de esos

lugares, salvo que él no estaba conmigo.

—Las fotos se pueden manipular con programas informáticos, se pueden hacer cosas increíbles —dijo Robert—. Por cierto que la prensa del corazón las utiliza mucho.

—La mitomanía de Harry dejó pendiente sobre mi cabeza una sospecha y una duda sobre su muerte que jamás podré borrar, y que buitres como Emma Grey desean aprovechar al máximo para crecer en sus profesiones.

La mitomanía era un trastorno psicológico que consistía en mentir de forma patológica, falseando la realidad para hacerla más soportable.

—Se mintió así mismo de que mantenía una relación contigo —dijo Robert en voz baja—. Fantaseaba contigo, y su mente enferma lo desdibujó como cierto.

—En el diario no hablaba de nuestras sesiones, sino de nuestros encuentros. De nuestro amor, y ofrecía montones de datos falsos pero que resultaron creíbles para la defensa, sobre todo para sus padres.

—¿Cómo llegó Emma Grey a conocer ese suceso del pasado?

—En una ocasión, se introdujo ilegalmente en la agencia tratando de obtener información sobre algunos clientes importantes. Famosos que componen el grueso de la cartera de la agencia.

—Pero no robó información sobre clientes —afirmó Robert.

—No, descubrió mi terrible pasado con un paciente.

—Pero la mantuviste callada.

Ella lo rectificó.

—Hasta ayer —matizó. Robert seguía escuchándola—. Pagué una suma sustancial de dinero a su periódico para comprar la noticia.

—No puedo creer que la ley no te amparara en un caso de flagrante delito como este —ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿No la denunciaste?

—No podía arriesgarme a que se destapara todo —Grace suspiró suavemente mientras recordaba los sucesos—. Mis abogados le aconsejaron que se mantuviera callada y alejada de mi persona, porque de lo contrario podría enfrentarse a una denuncia por robo, injurias y algunos delitos más —calló un momento—. La presión había funcionado, hasta ahora.

—Conocía la información pero no podía usarla —apuntó Robert—. ¿Y aún así solicitó trabajo en Serenity?

—Su afán siempre ha sido obtener información sobre algunos clientes selectos de la agencia. Imagínate si hubiera sido acompañante en Serenity.

—Clientes selectos como el hermano del senador Freeman —se atrevió a decir Robert.

—O como Nicolas Moore.

—¿El actor?

Grace se había decidido a revelar ese nombre en particular porque el mismo actor había reconocido en una entrevista que le encantaba visitar Serenity y que era un cliente asiduo.

—¡Qué hija de puta!

—No insultes a su madre —pidió Grace—, ella no tiene la culpa de tener una hija así de ambiciosa y desalmada.

—Y ello nos lleva al anuncio de nuestro compromiso.

—Te agradezco el esfuerzo que has hecho, pero tenemos la obligación de desmentirlo.

—Ahhh, pero es que me encanta estar comprometido contigo, y si lo meditas en profundidad, te darás cuenta que de momento es la mejor solución.

—Robert —comenzó ella—. Somos personas adultas y podemos enfrentarnos a cualquier dificultad que se nos presente.

—En estos momentos está hablando la siquiatra que llevas dentro.

—Es la mujer la que está hablando en serio.

Robert hizo algo insólito. Se levantó de golpe y caminó hacia la puerta para marcharse. Ella se quedó boquiabierta porque no se esperaba esa reacción de huida por su parte.

—¡Robert! —exclamó para detenerlo.

Él se giró hacia ella y le sonrió.

—He retrasado mi regreso a Washington hasta la próxima semana —Grace iba a protestar, pero él se lo impidió—. El senador Paul Sting nos ha invitado esta noche a cenar en su casa pues desea ser la primera persona en darte la enhorabuena por nuestro compromiso.

Ella lo miró espantada.

—¡No hablas en serio!

—Por favor —le pidió él—. No vuelvas a ponerte ese horrible vestido.

La dejó sola, con la boca abierta, y con una sensación de frustración como hacía años que no sentía.

CAPÍTULO 17

Las chicas la miraban atónitas. Expectantes. Ávidas de información, porque les parecía imposible que su jefa fuera actualmente la comidilla de la prensa rosa por su presunto romance con uno de los hombres más importantes y distinguidos de Washington. Robert Ward era el mayor benefactor de la campaña política del candidato a la presidencia por el Estado de Nueva York. Había financiado la del senador Paul Sting en el pasado, y en esos momentos se rumoreaba que financiaba la del congresista Taylor.

Grace había decidido no llamar a la dirección del diario para desmentir la noticia porque necesitaba la cooperación de Robert para no quedar descolocada si él decidía mantenerla. Siempre había sido una mujer muy cautelosa, y la prudencia le indicaba ahora que debía esperar un momento más oportuno para hacerlo. Agradecía en verdad que él se hubiera implicado hasta el punto de comprar una noticia sobre ella que podría cubrirla de infamia. Valoró que ahora que su negocio funcionaba al cien por cien, no podía ponerlo en peligro con un desmentido que tampoco le causaba perjuicio alguno salvo a la persona que lo urdió: Emma Grey.

Había pensado mucho en el asunto las dos horas posteriores a la marcha de Robert. En nada la dañaba un anuncio de compromiso aunque no fuera cierto. Era capaz de comprender que la podía proteger durante un tiempo. El suficiente para que los intereses de Emma Grey discurrieran por otros cauces.

Ante todo, Grace era una mujer práctica.

—Todas estamos en shock —casi gritó Amanda.

Sarah miraba a su jefa algo enfurruñada desde una esquina del salón. No le había gustado mucho que a ella le dijera que no era cierto su romance con Ward, y en cambio a las chicas les confirmara todo lo contrario.

—Son cosas que suceden casi sin esperarlo.

—Te dije que llevaras cuidado —la voz de Salma la sobresaltó.

Grace se giró sobre sí misma para mirar con interés a la persona que cruzaba en ese mismo momento el umbral del salón.

—Te advertí que era un cazador excelente, pero no me hiciste caso.

—¡Salma! —exclamó ella con alegría genuina al verla.

—A mí no me importaría ser cazada por un hombre como él —la voz de Lucy sonó desencantada.

Grace se preguntó por qué motivo la mayoría de las mujeres aspiraban a casarse con hombres ricos, aunque hubieran tenido un pasado horrible y

estuvieran a un paso de la tumba.

—Básicamente por seguridad —contestó Salma que le había leído el pensamiento—. Todas buscamos estabilidad, y eso solo nos lo puede proporcionar el dinero.

Ambas mujeres se saludaron con un beso.

—Me alegro de verte —dijo Grace.

Salma apretó los labios ofendida.

—Estoy muy preocupada por ti.

Ella no quería hablar de Robert delante de las chicas ni de Sarah. No quería sumar más enredos de chismes de los que ya tenía.

—Gracias Amanda, gracias Lucy, seguiremos hablando más tarde sobre lo que os he propuesto.

Ellas entendieron que las despedía. La secretaria también se dio por aludida. Cuando las dejaron a solas, Salma no pudo contenerse.

—¿Estás loca?

No, no estaba loca. Sabía perfectamente lo que ocurría y había decidido mostrar un poco de paciencia hasta que se solucionara.

—¿No te parece acertada mi elección? —preguntó con algo de sorna.

Salma la miraba con ojos desorbitados.

—De entre todos los excelentes partidos que hay en la agencia, tenías que fijarte en el menos apropiado.

De repente, Grace sintió la necesidad de salir en defensa de Robert. Estaba de acuerdo que tenía una personalidad complicada, pero era un hombre muy atractivo y el único que la atraía sexualmente. Padecía un trastorno obsesivo compulsivo pero ello no disminuía en absoluto su potencial sexual.

—¡Mira quién viene a predicar sobre hombres apropiados! —esa respuesta no se la esperaba Salma, y por eso gimió al escucharla, era como si hubiera recibido un golpe bajo—. Lo lamento —se disculpó Grace—, estoy un poco superada por todo esto.

—¿Va en serio?

Por algún motivo, Grace no deseaba desmentir a Robert. Apreciaba de veras a Salma. Era su mejor amiga, pero había algo en su mirada que no le gustaba en absoluto.

—¿Me has visto anteriormente bromear sobre algo tan serio como un compromiso?

Salma no sabía qué pensar. Cuando en la mañana había visto el titular, casi se cae de la cama junto con la taza de café.

—¡Te lo dije! ¡Te lo advertí! ¿Por qué no me hiciste caso?

La espalda de Grace se tensó ante la crítica, le dolía que Salma la

considerara así de voluble.

—¿Este ataque es porque sientes algo personal por Ward? —la pregunta fue formulada en voz baja, pero con un tono firme—. ¿Acaso tenías planes con respecto a él?

Los ojos de Salma brillaron decepcionados.

—Solo me preocupo por ti, y Ward no es el hombre que necesitas.

—Ignoras el tipo de hombre que necesito —respondió seca.

Salma no se dio por aludida.

—Sé mucho más sobre ti de lo que imaginas, y sé perfectamente el tipo de hombre que puede hacerte feliz, y ese hombre no es en absoluto Robert Ward.

Cuanto más la censuraba Salma, más se decidía ella a no revelar la verdad. Robert había intercambiado una noticia por otra para evitarle un perjuicio mayor. Cualquiera mujer podía deshacerse de un prometido, pero no de una noticia tan nefasta para sus intereses como la sombra de un asesinato. El caso había sido archivado años atrás, pero el apellido de su padre despertaba demasiado interés por parte de la prensa para que dejaran ese asunto en paz. Siempre existirían mujeres despechadas como Emma dispuestas a sacarlo a la luz.

—Así como yo te he mostrado respeto por tu vida personal aunque no compartiera la mayoría de tus decisiones, te pido respeto por las que tomo yo y que en nada te perjudican.

Salma supo que había molestado a su amiga. No había encarado el asunto bien, pero cuando había leído en la prensa lo del compromiso, lo había dejado todo para ir a buscarla, inquirir, aconsejarla e impedir que cometiera el mayor error de su vida.

—Si continúas esa relación, será muy jodida, la más perversa e inmadura que hayas conocido —Salma tomó aire—. Sé que sientes algo por él, pero te conozco de la misma forma que conozco algunos aspectos de su personalidad oscura. Robert me inquieta —Grace no podía creerse que Salma le hablara con esa contundencia—. Admito que para tu gremio debe resultar muy interesante observarlo.

—No es ningún animal objeto de estudio—protestó ella.

—No he querido decir eso.

—Robert se comporta con las mismas pautas de una persona que lidia a diario con varios trastornos obsesivos compulsivos, pero, salvo eso, es una persona inteligente, madura, y muy consciente de sus limitaciones.

—¡Vaya! —exclamó la amiga—, te ha cazado de verdad.

—Me siento bien a su lado. Me hace reír, me mantiene alerta —Grace se refería a la capacidad que tenía Robert de hacer que se olvidara de todo salvo el

duelo verbal lleno de inteligencia que compartían la mayoría de las ocasiones entre ambos—. Siempre está atento a mis necesidades. ¿Qué mujer puede pedir más?

—Robert tiene pensado dedicarse a la política.

Los ojos de Grace se entrecerraron porque él no le había referido nada sobre ese asunto.

—Tiene dinero, tiene aptitudes, puede dedicarse a lo que quiera —contestó la otra.

—Ese mundo no es para ti —siguió Salma.

Era cierto. A Grace le gustaba la tranquilidad. La intimidad de su hogar. Detestaba el caos de las reuniones, los mítines. Los viajes constantes. En definitiva, todo lo que conllevaba una campaña electoral.

—Ni para la mayoría de mujeres sensatas —terminó aceptando.

—Para tener mayor peso como candidato electoral, Robert necesita una mujer. Una vida estable, y casarse con una siquiátra tan reconocida es un impulso increíble en su carrera política hacia la Casa Blanca —visto de esa forma casi podía darle la razón a Salma—. Eres hija de uno de los jueces más respetados de la judicatura. Tu madre pertenecía a una de las mejores familias del país.

—¡Vaya! Casi había olvidado que lo único que poseo para que un hombre se fije en mí es el pedigrí de mi sangre.

—No te burles de mis palabras.

—No lo hago.

—Eres la pieza clave en su marcha a la presidencia.

Grace lo sentía de veras porque Salma había sembrado en su ánimo la duda sobre las intenciones de Robert. Al momento se amonestó, ella no pensaba seguir adelante con la mentira del compromiso, simplemente lo estaba aplazando hasta que las aguas del tsunami Emma Grey se calmaran como le había aconsejado él.

Salma debió ver la duda en la mirada de ella porque continuó en su intento de que se sacara de la cabeza un futuro posible con Ward.

—¿Cuál es su siguiente paso? —Grace la miró sin entender—. El que te atará todavía más en ese compromiso que en nada te beneficia.

—A pospuesto su regreso a Washington, y esta noche tenemos una cena con el senador Paul Sting.

Salma se permitió silbar expresando con ese gesto lo que más se temía ella.

—Dime que no irás. Que tomarás el próximo avión hacia San Francisco, y seguirás ocupándote de la compra de esa magnífica casa que abrirás muy pronto para aumentar y engrandecer tu negocio.

Grace se dijo que tenía que meditarlo todo muy bien. En primer lugar tenía que haberle dicho a su amiga que el anuncio sobre el compromiso era falso. Que había sido orquestado porque cierta desalmada andaba complicándole la vida, pero con esa revelación sobre las intenciones políticas de Robert, le había despertado otro sentimiento desconocido hasta entonces para ella: revanchismo. ¿Sería posible que Robert quisiera utilizarla como trampolín para sus ambiciones políticas? ¿Y por qué motivo no le había comentado nada?

—Un hombre no se enamora en cuatro días —apuntilló Salma.

—A mi me bastó con dos —admitió ella de forma franca.

Salma miró a Grace por primera vez como si fuera una mujer normal, y no la jefa de un negocio que crecía a pasos agigantados. Grace se mostraba tan fría como una gélida brisa del norte cuando trataba con hombres. ¿Cómo la había enamorado Ward?

—No puedes dejar que te manipule.

Grace suspiró suavemente.

—¿Cuándo te contó sobre sus aspiraciones sobre la política? —inquirió ella.

—Nunca —contestó Salma.

—¿Y entonces?

—Olvidas que soy la acompañante que mejor escucha, y en sus últimas reuniones con los políticos Sting y Freeman, lo vi. Los dos lo animaban a que se metiera de lleno en el mismo barro que ellos.

Quedaba claro para Salma la opinión que le merecía la política del país.

—Puede ser una suposición tuya.

—Te reto a que se lo preguntes, igual te lo dice.

—Es posible que lo haga.

—Entonces —continuó Salma—, ¿piensas continuar adelante con el compromiso?

Pero Grace ya no respondió. Había decidido cambiar de tema hasta que meditara en profundidad sobre todo lo ocurrido. Hasta que aclarara sus ideas, y lo enmarañado que tenía los sentimientos.

—La verdad es que necesito una copa de vino —dijo de pronto cansada—. ¿Me acompañas? —le preguntó a Salma con un guiño de ojo—. Ya sabes que detesto beber sola.

Salma optó por no acosarla más de momento.

CAPÍTULO 18

Cuando el chófer de Robert se presentó a las seis en punto en la puerta de Serenity, Grace ya estaba arreglada, pero se decepcionó al comprobar que Robert no la esperaba en el interior del vehículo.

—El señor Ward se retrasará un poco —informó el conductor.

—Entonces, ¿iré sola a la casa del senador?

El chófer negó con la cabeza.

—Debo llevarla primero a un lugar que el señor Ward me ha detallado.

—¿Un lugar, dónde?

—Muy cerca de Central Park.

El chófer le ayudó a tomar asiento, y cerró la puerta del pasajero con suavidad.

El recorrido no duró mucho porque el conductor era bastante bueno. Robert sabía rodearse de gente competente. El vehículo se detuvo en un lugar concreto, y de nuevo el chófer la ayudó pero en esta ocasión para descender del vehículo.

—Debe de esperarlo allí —el hombre le señaló un lugar muy concurrido.

Grace hizo un gesto afirmativo. Muy cerca de dónde le había indicado el empleado, había un guitarrista tocando y cantando una canción que le gustaba especialmente, “Save The Last Dance For Me”. Esa parte de Central Park era el rincón preferido de los diferentes artistas de la ciudad que buscaban hacerse un hueco, sobrevivir, y ser reconocidos por algún cazatalentos. Como ignoraba cuánto tardaría Robert en aparecer, se acercó al guitarrista para escucharlo mejor. Tenía una voz que le recordó a otro artista clásico y famoso de los años cincuenta.

Su madre había coleccionado toda su discografía.

Lo hacía especialmente bien. Sin darse cuenta, comenzó a seguir el ritmo con el pie y se encontró sonriendo cuando el joven le guiñó un ojo, una mujer tan guapa y tan bien arreglada era el mejor reclamo que podía esperar un músico principiante como él. Grace no se percató porque tenía puesta toda su atención en el músico, pero su presencia comenzaba a llamar la atención de diferentes personas que pasaban por su lado: ejecutivos, paseantes, deportistas... alrededor del joven comenzó a congregarse un inesperado público más que aceptable. Y de pronto escuchó tras ella una voz conocida que también cantaba la canción que estaba interpretando el artista. Se giró y vio a Robert que camina hacia ella con el rostro solemne. Seguía tarareando el estribillo, y ella no pudo menos que dar un paso en su dirección. Era como si Robert poseyera un potente imán que la

atraía hacia él. Llevaba una mano tras la espalda y una sonrisa auténtica que transformó completamente su rostro. Cuando se paró a un paso de ella, continuaba cantando, y de pronto sacó la mano que escondía y le ofreció un ramo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa seguida de una carcajada. El ramo no era de flores, pero había sido cuidadosamente elaborado con cintas rojas y blancas. Estaba compuesto de ramas de acelgas, espinacas y hojas brillantes de apio, también alguna hoja de lechuga.

Se lo tendió mientras tras ella seguía sonando la música.

—Podrás comértelo —lo dijo como si fuera un secreto.

Ella lo aceptó sin dejar de sonreír.

—Es el mejor ramo que me han regalado nunca, gracias.

Robert la cogió del codo y la guió de nuevo hacia la zona donde los esperaba el chófer.

—¿Por qué me has hecho esperarte aquí? —preguntó—, podría haberlo hecho en el interior del coche.

—Quería la ventaja de que estuvieras de buen humor.

—Lo estoy.

—Y ello es gracias a la improvisada música del parque y a la canción que tanto te gusta.

Grace se giró de pronto y vio cómo el joven autor los despedía con la mano. ¡Lo conocía! Miró entonces a Robert con ojos calculadores. Sarah debía de haberle informado sobre sus preferencias musicales.

—¿Cuánto te ha costado que Sarah se decidiera a apostar por ti?

—Ese será mi secreto —le susurró al oído provocándole un ligero escalofrío.

—Cuidado, un exceso de secretos puede ser contraproducente.

—Advierto en tus palabras una crítica.

Y en toda regla, se dijo Grace.

—Mis palabras son un mensaje de contención a tus intenciones.

—El guerrero que piensa sitiar una plaza hasta hacerla suya, nunca muestra contención.

—Pues desde ya te digo que en política es mejor conquistar que sitiar —le advirtió ella.

—Hablando hipotéticamente de política —afirmó él.

—Y extrapolándolo a las mujeres —matizó Grace.

Robert la ayudó a sentarse en el vehículo, un segundo después el chófer les cerró la puerta con un golpe seco.

Grace seguía con el ramo tan particular en las manos. En realidad le gustaba mucho ese sentido del humor que demostraba Robert, y su marcada osadía para

llevarlo a cabo sin que por ello resultara ridículo.

—Lo que tengo muy claro —dijo Robert cuando los dos estaban cómodamente sentados—, es que ningún hombre es lo bastante bueno para gobernar a una mujer sin su consentimiento.

—Porque son plazas inexpugnables —afirmó ella.

—Pero olvidas, en esa alegación, que torres más altas han caído a lo largo de la historia.

—Cierto, pero una mujer que conoce las cuerdas, es imposible que se deje atar por ellas —a Robert le encantaban sus respuestas rápidas.

Grace acariciaba una hoja de espinacas como si fuera una rosa. De pronto, Robert se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta negra y sacó una cajita de terciopelo. Tomó la mano de ella con suavidad.

—¿Qué haces? —preguntó alarmada.

Robert abrió la cajita y sacó el anilló de su interior. Se lo deslizó por el dedo anular con suavidad.

—Todos en la cena se fijarán en tus manos buscando un anillo de compromiso.

Dejó la mano frente a sus ojos. El anillo era precioso. Estaba rodeado de brillantes del mismo tamaño en color rosa pálido y en toda su circunferencia hasta completar un anillo perfecto y hermoso. Incluso para elegir los anillos, Robert era bastante peculiar.

—Cuando se termine todo esto, no te lo devolveré —sentenció ella con humor y para molestarlo un poco.

El anilló debía de costar una pequeña fortuna y le hacía sentir un cosquilleo extraño en el estómago.

—Intentaré que no se termine.

Grace se apartó un poco de Robert para poder mirarlo mejor a pesar de la oscuridad interior del vehículo.

—¿Por qué tengo la impresión de que hablas en serio?

Robert seguía acariciándole la mano.

—Porque nunca he querido un solo encuentro contigo, ¡los quiero todos!

—¡Robert...! —en las palabras de ella se advertía un intento de que se contuviera, pero que él ignoró.

Grace trató de romper el contacto que mantenía con ella. Que dejara de acariciarle el brazo porque la excitaba.

—Déjame disfrutar por lo menos de este momento íntimo —se quejó él.

—Muy íntimo —se burló ella—, con el chófer escuchando cada uno de tus halagos.

Cuando trató de besarla, ella giró el rostro.

—¡Basta de locuras! —protestó, porque aunque deseaba que la besara, no quería que le estropeará el maquillaje ni quería que el chófer los viera besándose por el espejo retrovisor.

No eran adolescentes, y parecía que se comportaban como tal.

Robert suspiró despacio sobre su cuello, y su aliento se convirtió en lava que descendía por su garganta.

—Por locuras como tú, existen locos como yo, ¿no lo sabías? —susurró quedo.

—Ahora mismo pareces un chiquillo de quince años tratando de seducir a una compañera de clase —pero a él no le molestó esa comparación. Como ella no le permitía besarla, siguió acariciándole la mano—. Y yo hace mucho tiempo que dejé atrás el colegio.

—Eres demasiado dura conmigo —se quejó él.

Grace entrecerró los ojos porque el tono de Robert había sonado decepcionante.

—Trato de protegerte de ti mismo.

—Cuánta dulzura, por Dios, y yo muerto de hambre —insistió de forma halagadora.

Finalmente terminó por soltar una carcajada. Robert, en plan lisonjero, se volvía incansable al desánimo, pero ella no pudo contestarle porque el coche se había detenido frente a las escalinatas de la mansión del senador.

—¿Preparada? —le preguntó Robert con tan buen humor que ella decidió bajarle un poco de la nube donde estaba subido.

Tenía que enfriarle los ánimos porque conducía sin frenos e iba a estrellarse.

—¿Para ayudarte en tu salto a la política? —lo vio parpadear como si lo hubiera sorprendido su pregunta retórica—. Decididamente, no.

CAPÍTULO 19

Robert no podía dejar de mirarla mientras la agasajaban algunos políticos invitados por el senador. El congresista Taylor le hablaba sin parar, pero él estaba tan concentrado en ella que no escuchaba su perorata. Estaba preciosa, y se comportaba de esa forma fríamente exquisita que lo excitaba como nada en el mundo. Llevaba puesto un vestido sencillo pero muy elegante que mostraba sus hermosos hombros, su piel de porcelana, y sus tentadoras curvas.

—En verdad no hay una ciudad que sea más divertida o más sexy que Nueva York —decía el congresista—. Siempre existe una historia, una profundidad... no hay un lugar más fantástico para comenzar una carrera política.

Robert apenas lo escuchaba. Seguía con los ojos los movimientos gráciles de Grace. Su cauta sonrisa mientras seguía el hilo de la conversación de dos políticos. Ella no podía saberlo, pero encajaba en ese ambiente mucho más que cualquier otra mujer porque sabía escuchar muy bien. Porque hacía gala de una contención admirable al hablar y al gesticular. Nunca pasaba a la ofensiva aunque pensara de forma diferente. Encajaba perfectamente salvo por el ramo de vegetales que sostenía en la mano, y que él le había regalado en un arrebato. Había creído que lo dejaría en el coche, pero nada más lejos de su intención. Lo paseaba delante de los invitados como si fuese una preciosa reliquia.

Sin poder evitarlo sonrió, y su buen humor aumentó todavía más. ¿Qué mujer que no fuera ella llevaría con tanto orgullo un ramo de hortalizas?

—¿Decías, Taylor?

Preguntó pero sin mirarlo. Saltaba a la vista que su atención estaba puesta en otro lugar del salón.

—¿Te mudarás entonces a Nueva York?

¿De dónde habría sacado el congresista la idea de que pensaba mudarse?

—No lo creo probable —contestó sin pensar.

—La vida está en esta ciudad.

Ahora lo miró expectante. Era la única frase coherente que había pronunciado el congresista durante el tiempo que habían estado charlando.

—Es cierto —contestó feliz—, ella es la vida de esta ciudad, y deseo contagiarme de eso.

De pronto tomó dos copas de champán de una de las bandejas que un camarero ofrecía a los diferentes invitados, y caminó directamente hacia ella. Robert vio el alivio en el rostro de Grace cuando le tendió una de las copas.

No pudo evitar susurrarle al oído:

—Un brindis por lo que tú y yo sabemos, y los demás creen saber.

Grace creyó que se refería a su compromiso falso. Robert la tomó de la mano y la condujo del salón hacia el jardín. Le apetecía estar a solas con ella, lejos del resto de invitados antes de que comenzara la cena.

—¿Nos estamos escapando?

A ella le hacía gracia esos impulsos de él saltándose todas las rígidas normas. Si pensaba dedicarse a la política, lo iba a hacer francamente mal.

—Es para que puedas comerte el apio y la lechuga lejos de miradas indiscretas.

—No puedo comerme mi ramo —contestó con humor—, aunque lo esté deseando.

Robert sacó una hoja de lechuga y le dio un mordisco.

—Le falta un poco de aderezo, pero está muy buena.

Cuando intentó sacar otra hoja ella lo apartó.

—No se come.

—Se mustiará y entonces será poco apetecible.

—No se come —reiteró apartándolo de nuevo del alcance de su mano.

Allí, apartados de la multitud, daban una apariencia de complicidad que resultaba envidiable aunque que les duró poco.

Freeman y Sting, junto con tres mujeres, caminaban directamente hacia ellos.

—La cena está a punto de comenzar —dijo el anfitrión.

Grace se percató que dos de las tres mujeres miraban fijamente la mano que sostenía la copa y en el anillo que brillaba bajo la intensa luz de las farolas. De forma premeditada, medio escondió el conjunto de vegetales tras su espalda pues no le apetecía dar ninguna explicación sobre el peculiar ramo.

Llevarlo consigo había sido un impulso.

Robert seguía sacando hojas tiernas de lechuga y se las comía sin vergüenza alguna. Grace era consciente del ridículo que hacían los dos, ella tratando de esconder el ramo, y Robert comiéndoselo.

—Siempre has sido un excéntrico —dijo la mujer morena refiriéndose a Robert y sin dejar de mirar el anillo de compromiso de ella.

—Un loco impulsivo pero adorable —dijo otra.

—Preséntanos a tu prometida, Ward —lo animo la tercera—. Estamos impactadas por tu compromiso.

Robert hizo los honores, Grace aceptó la presentación de forma elegante y cordial, y se alegró de veras de que la cena fuera anunciada por el anfitrión, porque se ahorró tener que explicar todo lo relacionado al compromiso. Ignoraba

que Robert fuera tan querido en esos círculos a los que ella no quería pertenecer, ni aunque el compromiso entre ambos fuera en serio.

—¡Qué callado te lo tenías! —exclamó el senador Sting—. ¿Para cuándo la boda? Y confío que se celebre en la ciudad de la novia, Nueva York, y no en Washington.

—Washington es una ciudad muy bonita para una boda —apuntó Robert.

Y por primera vez Grace se percató del enorme lío en el que estaba metida. Una cosa era un anuncio de compromiso en un diario de Nueva York, y otra muy distinta que ella misma representara esa falsedad dotándolo del realismo que carecía. Se había dejado cegar por Robert y su promesa de ayudarla, pero viendo lo bien que se desenvolvía con la mentira y lo que ayudaba a agrandarla con sus gestos y actos, supo que él iba en serio. Completamente en serio.

El pánico se apoderó de ella.

—Robert —lo llamó al mismo tiempo que detenía sus pasos.

El grupo se detuvo, y los que estaban más avanzados se giraron hacia ellos interesados por saber qué ocurría. Robert se percató de la alarma en el rostro femenino y se preocupó de veras.

—Disculpadnos un momento y adelantaos, por favor. Os alcanzaremos en seguida —les dijo al resto.

—Robert... —le costaba continuar.

—¿Qué sucede?

Ella se tomó su tiempo en contestar.

—No puedo continuar con esto, no es correcto.

Robert la tomó de la mano para tranquilizarla.

—En unas semanas daremos un comunicado de ruptura —le ofreció para calmarla porque la veía muy agitada.

Pero ella no se dejó convencer. Si su pasado volvía para atormentarla, lo afrontaría, pero no quería ser parte de un engaño que su padre habría censurado de estar vivo. El honor era la cualidad más importante de una persona, y si continuaba adelante con la farsa, lo perdería.

—Me voy —Grace ya se daba la vuelta pero él la retuvo—. Ofréceles una excusa de mi parte. Diles que me ha dado un ataque de pánico.

—No puedes dejarme plantado.

Grace observo el tic en su ojo derecho y lamentó descentrarlo.

—Todo esto ha sido un tremendo error —confesó triste—. Lo lamento.

—¡Grace! —exclamó él tratando de retenerla.

Ella pensaba a toda velocidad al mismo tiempo que aumentaban sus ganas de correr y escapar.

—Si necesitas una esposa que te ayude a impulsar tu salto a la política,

puedo conseguirte una muy buena.

El rostro de Robert mostró el disgusto que le habían provocado sus palabras.

—¿Es eso lo que piensas de mi?

—¿Estoy equivocada?

Robert calló un momento. Le había herido que ella pensara que tenía segundas intenciones al ayudarla.

—Freeman y Sting siempre han querido que me dedicara a la política.

—¿Pensabas hacerlo?

—No, en este momento —confesó molesto—. Quizás en un futuro, pero no ahora.

—Entonces te debo una disculpa —le ofreció ella.

—Ni la quiero ni la acepto —contestó él con un tono decepcionado.

—Es lo mejor, créeme, que terminemos aquí y ahora —continuó ella cada vez más impaciente—. Dejemos de tejer mentiras, y de mantener una situación que se volverá insostenible.

Robert apretó los labios y cruzó las manos tras la espalda. La miró fijamente durante un minuto largo y tenso.

—Déjame unos días para ofrecer a la prensa el comunicado de ruptura.

Aceptó enseguida.

—Gracias... —no la dejó terminar pues ella ya se daba la vuelta.

—Lo que más me duele de todo esto, es que conmigo podrías haber tenido la historia de amor más bonita, y tú ni siquiera te has dado la oportunidad de intentarlo.

Grace se paró en seco y se giró de nuevo hacia él.

—Robert —ella temía herirlo, pero tenía que acabar con todo de una vez. Iba a decir algo aunque lo pensó mejor—. Que pases una buena noche.

Robert colocó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Cómo tienes la caradura de desearme una buena noche cuando no tienes intención de pasarla conmigo?

—Es lo mejor —insistió ella.

Robert soltó el aire que contenía poco a poco.

—Lo mejor es que entres conmigo, te sientes a mi lado y dejes que el tiempo transcurra de forma normal hasta que concluya la cena.

—No me gusta engañar a la gente.

—Entonces no la engañemos.

Él insistía en algo que no podía ser.

—Soy una persona adulta, responsable, y nunca me dejo guiar por impulsos.

—Eres una mujer preciosa pero cobarde.

—¡Robert!

—Somos adultos, responsables —repitió sus palabras anteriores—, que sentimos algo muy especial el uno por el otro, y ni siquiera te das la oportunidad de explorar qué es o hacia dónde te conduce.

—No quiero herirte.

—¿Y qué estás haciendo ahora con esa actitud voluble?

Que la acusara de voluble le dolió.

—Acabar este asunto antes de que sea tarde —esas palabras fueron la gota que colmó el vaso de la paciencia de Robert.

Sin previo aviso la tomó del codo y la guió hacia el vehículo que los esperaba en el aparcamiento. Robert tenía la clara intención de marcharse con ella.

Grace sintió una punzada de remordimiento porque no quería que Robert se ausentara de la cena. Bastante habían dado que hablar esa noche como para sumar otro chisme más.

—No hace falta que me acompañes. No debes perderte la cena, y no te lo tomes así, por favor.

—No, no, no ... —repitió él—. Es la única palabra que escucho de tus labios.

—Estamos dando un espectáculo formidable —afirmó ella inquieta porque algunos invitados los observaba tras los cristales de la casa.

Seguramente se preguntarían por qué motivo se marchaban antes de la cena. Grace se sintió un poco avergonzada porque no era lo mismo que ella se ausentara de la cena con la excusa de un ataque de nervios, a que lo hiciera él dejando plantados a todos sus conocidos y amigos.

Cuando llegaron al coche, Robert le dio instrucciones al chófer para que los llevara de regreso al hotel.

—Prefiero que me dejes en mi apartamento —Robert actuó como si no la oyera—. Tengo muchas cosas que hacer por la mañana —continuó.

—Cenaremos algo y después te acompañaré.

—No tengo hambre.

—Estás a punto de sufrir un ataque de pánico —era cierto. Grace sentía el ritmo acelerado y la respiración descontrolada—. En el hotel podrás tranquilizarte, comer algo, y después te llevaré a tu apartamento.

—Si voy al hotel contigo me voy a poner en peligro —admitió ella—, y no deseo hacerlo de forma voluntaria.

—¿A qué tienes miedo? —¿a qué tenía miedo? A él. A su persuasión. A su forma de mirar, de acariciarla con los ojos—. ¿Qué temes realmente? —insistió.

Grace tragó saliva. Ahora se arrepentía de haber seguido el impulso de marcharse y de llevarlo a cabo. De estar en la casa del senador, estaría protegida por los invitados y podría mantener a Robert a raya. Ahora se había colocado en clara desventaja.

—Dime Grace, ¿a qué tienes miedo?

Ella decidió ser sincera.

—A que me acaricies el corazón.

—¿Por qué?

—Porque si me acaricias el corazón, la ropa se caerá sola y quedaré desnuda e indefensa frente a ti.

Robert había entendido perfectamente la metáfora e hizo lo único que podía hacer en ese momento. La sujetó por la cabeza, inclinó los labios y comenzó a besarla tantas veces como veces ella respiraba.

CAPÍTULO 20

Cuando Grace abrió los ojos, Robert estaba dormido pegado a ella, por eso podía percibir su ritmo acompasado. Decidió irse antes de que despertara. Había sido una noche increíble en la que ninguno de los dos había probado alimento físico salvo los besos y las caricias de las que se habían nutrido emocionalmente como dos muertos de hambre.

Apartó el brazo masculino de su estómago, y se levantó con muchísima suavidad. Si lo despertaba, ya no podría marcharse. Recogió las bragas del suelo y se las metió por las piernas tratando de moverse lo mínimo posible. Cogió el vestido de la silla y se lo pasó por la cabeza. Cuando se giró hacia la cama, Robert la estaba mirando muy serio.

—Huyendo como una ladrona.

Ella apretó los labios pues en verdad se sentía como si la hubieran pillado in fraganti haciendo una travesura, y marcharse después a escondidas.

—Me voy, puedes llamarlo huida, pero no soy una ladrona.

—¿Estás segura?

Ella se miró instintivamente la mano donde llevaba el anillo creyendo que él se refería a la joya.

—Se me había olvidado —se justificó mientras trataba de quitárselo.

—¿Qué haces? —preguntó inquieto.

Grace pensó que era obvio, devolvérselo, pero se le había olvidado que por las mañanas las manos solían hincharse y no pudo sacárselo de inmediato. Antes de poder dirigirse al baño para ayudarse utilizando jabón, Robert la rodeó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Estaba completamente desnudo y ella se sintió cohibida. No era una jovencita en el aspecto sexual, pero él le hacía sentir como si lo fuera.

—Puedes llevarte el anillo —le dijo de forma muy queda en el oído provocándole un escalofrío—, pero no puedes llevarte mi corazón sin mi permiso.

—¡Robert! —exclamó con voz ahogada—. Lo haces todo mucho más difícil.

—No lo hago.

—Si lo haces.

—No lo hago —ella se apartó de él cuando su erección se le clavó en el vientre—. Si estuviera vestido podría mentirte diciendo que llevo un arma en el bolsillo —fue escucharlo, y comenzar a reír de buena gana.

Robert era tremendamente apasionado. Dulce y tierno como un bollo de mantequilla, y con un sentido del humor que le gustaba especialmente.

—Voy a tomarme un café, ¿quieres? —lo invitó dejándole claro que no iba a tener sexo con él por la mañana.

—Me haces arder de tal forma que si me tomo ese café que me ofreces seguro que me sopla.

—¡Robert!

La cogió de nuevo y la besó larga y profundamente. Grace se rindió a lo inevitable: dejarse sentir.

Terminaron de nuevo en la cama haciendo el amor despacio. Sentido a sentido. Aliento con aliento. El mundo se había quedado parado fuera de ese pequeño espacio que compartían. Nada importaba lo que ocurriera, ellos estaban disfrutando plenamente de descubrirse el uno al otro. Cada línea, cada músculo. La piel de ella ardía pero la de él quemaba al paso de los dedos de Grace. Las frentes se le perlaron en sudor y el potente orgasmo los hizo estallar al mismo tiempo como si fuese de nuevo para ellos la primera vez.

—Cásate conmigo —pidió de pronto.

Robert seguía dentro de ella, como si no se resignara a dejarla.

Grace sentía la garganta reseca y el corazón acelerado. Le costaba tener de nuevo el control sobre su respiración porque él no le permitía que se recuperara entre un encuentro y otro. Había disfrutado mucho del clímax que habían compartido, y no quería pensar en nada más, al menos hasta que se recuperara, pero no podría hacerlo mientras él siguiera dibujando palabras imaginarias sobre la piel sensible de sus pechos.

—Pienso vengarme de este ataque premeditado a mis sentidos —le advirtió ella que no podía dejar de mirarlo, ni de sentir las cosquillas que las yemas de los dedos de él le provocaban.

—La mayoría de las historias de amor se escriben en páginas que luego se cosen en libros, pero ¿sabes qué?, las mejores, las más perdurables en el espacio y en el tiempo, son las que se escriben sobre la piel de la mujer que se ama.

Ella respiró de forma larga.

—¿Me quieres o es solo sexo? —tenía que preguntarlo.

Robert la cogió de la mano y se la llevó al corazón. Ella percibió de forma clara cada impulso de vida.

—Esta aceleración no es arritmia, estos latidos significan que te amo. Creo que me enamoré de ti allí detrás de la balastrada en la fiesta que ofrecía mi padre —inclinó la cabeza y apesó los labios de ella de forma apasionada provocándole un gemido muy femenino.

—Tenía diez años —le recordó.

—Ese fue el comienzo de todo —respondió quedo—. ¿Te casarás conmigo? —volvió a insistir.

—No —volvió a besarla, pero en esta ocasión mucho más persistente.

—No voy a parar hasta hacerte cambiar de opinión.

—Vas muy deprisa.

—Quiero ser el padre de tus hijos —ella volvió a reír. Adoraba su sentido del humor—, lo sabes.

—Ya no somos unos jovencitos —Grace seguía insistiendo en la edad de ambos—. Somos adultos responsables.

—Por ese motivo no tenemos tiempo que perder.

Grace aprovechó que él había dejado de besarla para escapar del control que ejercía sobre ella, pero Robert la sujetó por el tobillo antes de que pudiera bajar de la cama.

Lo miró directa porque quería vestirse, mantener una conversación seria con él y no podía hacerlo desnuda.

—Tenemos que hablar —le dijo sin parpadear.

—Solo necesito una sílaba afirmativa.

Era insistente como pocos.

—Nos conocemos desde hace solo una semana.

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo te conozco de toda la vida.

A Grace se le terminaban los argumentos.

—Apenas sé nada sobre ti.

Robert se plantó desnudo delante ella en un gesto muy claro.

—Me conoces más que ninguna otra persona —contestó serio—. Como pienso, como duermo, como río. Nutres mis sentimientos, y si todo esto te parece poco, además serás la única mujer a la que le prepararé el café por las mañanas durante el resto de nuestras vidas.

Río de nuevo. Al menos Robert sabía quitar tensión a una conversación difícil.

Grace optó por taparse con la sábana. Mantener una charla de esas características completamente desnuda era lo más absurdo que había hecho nunca, porque para mantener una conversación seria y ecuánime, debía mantenerse protegida tras el escudo de la ropa y las normas.

—¿Te casarás conmigo? —volvió a preguntar.

Grace lo miró franca. Ambos eran adultos libres que sentían algo muy especial el uno por el otro. Eran compatibles en la cama. En la forma de pensar. Tenían gustos afines por la música y la literatura. Tenían el futuro resuelto. Muchos matrimonios exitosos en la historia, habían comenzado con mucho

menos.

—Voy a darte una semana —dijo ella de pronto.

Las cejas de Robert se alzaron en un arco perfecto.

—¿Vas a darme una semana? —preguntó atónito.

—Para que cambies de opinión.

Ahora sí que lo había dejado descolocado. Él quería casarse con ella y no pensaba cambiar de opinión.

—No voy a cambiar de opinión —aseveró firme.

Grace entrecerró los ojos y lo miró con ternura.

—Soy siquiatra aunque no ejerza —él, la observó sin entenderla—. La relación emocional entre paciente y terapeuta no funciona porque la mayoría de las veces se convierte en una relación de dependencia.

—Yo no soy tu paciente, voy a ser tu marido —le dijo como si ella no supiera ver la diferencia.

—Voy a darte una semana —reiteró ella—. Si pasas la prueba, aceptaré casarme contigo.

Robert caminó hacia ella lentamente mientras se dibujaba una sonrisa en su boca y en su rostro con la clara intención de hacerle el amor de nuevo.

—La pasaré —alegó convencido.

CAPÍTULO 21

Grace había acudido rápida a la llamada de su mejor amiga. En ese momento, las dos estaban sentadas en el salón, y ella había escuchado de forma serena el anuncio de su ruptura definitiva con su ex. Sin que Grace lo supiera, Salma había decidido asistir a terapia porque, tras el aborto, la depresión se había cebado con ella. Había estado ciega, sorda. Se había anulado como mujer, y como madre. Cuando digirió que jamás iba a poder tener hijos, su mundo se derrumbó, y contrariamente a lo que esperaba, Thomas no le había suministrado ni el apoyo ni la comprensión que necesitaba en esos momentos tan delicados.

El sexo se había convertido en algo sucio para ella. Ahora sabía que él solo la utilizaba cuando quería satisfacer su deseo carnal, y aunque le había costado horrores aceptarlo, supo que estaba enferma porque durante muchos años se lo había perdonado todo, incluso la inducción al asesinato de su propio hijo. Ahora era plenamente consciente de que lo que sentía por Thomas era nocivo, y que la perjudicaba moral y emocionalmente.

Grace la escuchó con mesura. Con infinita bondad en los ojos, y Salma no escuchó de ella ni una queja ni un lamento mientras desgranaba sílaba a sílaba lo miserable que había sido su vida. Era una amiga incondicional que no solo la respetaba como persona sino que la quería de verdad.

—Temía equivocarme —admitió Salma con voz queda—. Quedarme sola y envejecer sin nadie a mi lado.

—Esta sociedad nos empuja a buscar la absurda perfección, y digo absurda, porque esa perfección casi nunca tiene en absoluto nada que ver con la excelencia personal ni profesional.

—Todo ser humano busca la perfección, incluso tú también la buscas aunque no te des cuenta —le dijo Salma.

Grace calló durante un momento pensando en las palabras de su amiga.

—Es una verdad indiscutible que a menudo los grandes hallazgos de la humanidad y su historia ocurrieron a partir de imperfecciones, también gracias a aparentes errores.

—Pero algunos errores femeninos son imperdonables e imborrables.

Salma estaba siendo demasiado dura consigo misma y Grace decidió acudir en su rescate.

—Nunca debemos olvidar que siempre que aprendemos de verdad una lección a nivel personal, es a base de equivocarnos. Admitirlo es alcanzar el grado necesario de madurez para enfrentarnos a todo.

—Me he equivocado tantas veces... —escuchar el susurro de Salma dolía.

—Sería absurdo tratar de evitar los errores porque no está en nuestra naturaleza hacerlo —continuó diciendo Grace.

—A eso me refiero —apuntó Salma.

—Equivócate de nuevo, Salma, pero equivócate mejor.

Entre las dos amigas se suscitó un momento de silencio. Un instante emotivo y lleno de afecto.

—Ni te imaginas las veces que he soñado con encontrar una persona que me respete, que me quiera y desee pasar el resto de sus días conmigo —era su forma de recordar el tiempo perdido con su ex marido.

—No te has dado ninguna oportunidad para lograrlo.

—Lamento lo injusta que fui el otro día al hablarte así de Robert, pero me empujó la preocupación y el cariño que siento por ti.

—Me ha pedido que me case con él y he aceptado.

Salma la miró sorprendida. Lo había escuchado, pero debía de haber entendido mal. ¿La dueña de la agencia más selecto de Nueva York se casaba con un cliente?, y no un cliente cualquiera, pero ella, que no le había conocido pareja sentimental, estaba que no salía de su asombro.

—Quería que fueras la primera en saberlo.

Salma carraspeó para encontrarse la voz.

—Estoy tan sorprendida que si me pinchas no sangro.

Grace la miró con cariño.

—Estoy en la plenitud de mi madurez, y aunque no había pensado seriamente en el matrimonio, Robert me ha hecho cambiar de opinión de forma drástica.

—Me preocupa un matrimonio precipitado.

—Estoy enamorada, Salma —confesó en voz baja.

—Pero es un hombre que tiene un trastorno obsesivo compulsivo que puede empeorar con el paso del tiempo —Grace no lo creía probable.

Si no abandonaba la terapia y la medicación, Robert seguiría comportándose como un hombre normal.

—No me preocupa su trastorno —admitió sincera—, pero tengo que ponerlo a prueba.

—¿Vas a ponerlo a prueba? —casi gritó la otra.

—Quiero que descubra por sí mismo si realmente desea casarse conmigo. Sus motivaciones. Cuando me comporte como cualquier mujer con impulsos normales, tendrá que decidir si continuar o no con este compromiso.

Salma entendía. En los días que había sido la acompañante de Robert, ella se había comportado bajo las normas de él, y conocía mejor que nadie sus

acciones pues había estado sujetas a ellas en cada visita.

—¿Puede haber confundido su necesidad de estabilidad emocional por su siquiatria, con amor? —ese era precisamente el temor que sentía Grace.

—Nunca he sido su siquiatria —le aclaró—, ni quiero que me vea como tal.

Ella no quería darle la estabilidad que le daría un terapeuta las veinticuatro horas del día. Quería ser una esposa con las manías y los impulsos de una mujer que está pendiente de un marido, no de un paciente.

—Siempre te comportas como una siquiatria, es innato en ti.

—Pues ahora voy a comportarme como una mujer enamorada.

—¿Y cómo es ese comportamiento?

—Desinhibido, loco, impulsivo...

—Todo lo contrario a lo que necesita un hombre tan peculiar como Ward.

—Durante esta semana voy a utilizar perfume —los ojos de Salma se abrieron de par en par—. Ropa con color, bolsos...

—Robert no sobrevivirá —había un brillo de humor en las pupilas de Salma.

—Subestimas su capacidad de superación —le dijo la otra—, pero tiene que tener claro que se casa con una mujer que también sufre miedos, desestabilidad. Con épocas mejores, peores, y que tendremos que solventar juntos. Tiene que comprender que espero de él que sea mi apoyo.

—Quieres dejarle claro que no se casará con una siquiatria, y que disfrutará de terapia gratuita.

Esperaba no equivocarse, pero si Robert quería tener una vida de pareja normal, con una esposa normal, tenía que aprender a vivir el día a día como un hombre cualquiera, y ello incluía la mujer que era Grace y no la profesional.

—Durante muchos años, su trastorno le ha llevado a creer que no era el adecuado, que era como un juguete al que le faltaba una pieza. Se veía como alguien imperfecto que no merecía la felicidad, la dicha ni la valoración o el aprecio de los demás, y aunque ese sentimiento suele ser habitual en todos los seres humanos en algún momento de nuestra existencia, en él lo percibo crónico. Por eso, y durante una semana, tendrá que reconectar con el sentimiento de valía que creo que ha perdido.

—¿Y vas a utilizar perfume y ropa de color para lograrlo?

Grace sabía que parecía contradictorio, pero cuando Robert se enfrentara a una prometida normal, con gestos y actos normales, encontraría el punto medio para reconectar de nuevo con la mujer normal que era Grace.

—Y no te olvides del bolso —confesó la jefa.

Salma terminó por reír.

—De verdad que estaba preocupada cuando leí la noticia de tu compromiso en el periódico —la amiga hizo una pausa—. Te aprecio, y no quería verte en esa noria política que incluyen difamaciones y puñaladas. Creí que debía informarte sobre sus intereses que son tan opuestos a los tuyos.

—Ha pensado en la política —admitió franca—, pero a largo plazo.

Salma no lo creía así. Un hombre tan poderoso como Ward necesitaba la droga de un aliciente que ya no le suministraba sus propios negocios.

—¿Estás segura?

No, no lo estaba, pero había decidido confiar en él.

—Cruzaré ese puente cuando llegue —contestó algo evasiva.

—¿Y qué pasará con Serenity?

Grace respiró profundamente. Cruzó una pierna sobre la otra y apoyó la espalda en el mullido sillón.

—Quiero que lo gestiones tú. Te nombraré directora general.

La boca de Salma se abrió por la sorpresa.

—¡Pero si me despediste! —exclamó sorprendida.

Grace lo había pensado seriamente. Ella había creado un negocio que se ocupaba de una parte importante de la sociedad actual: los hombres solitarios. Aunque los clientes que integraban la cartelera de Serenity eran ricos y millonarios, la gran mayoría eran hombres que vivían por y para la soledad.

—¿Si no te hubiese contado que he roto con Thomas, me habrías ofrecido esto? —Salma se veía recelosa.

Grace no tenía por costumbre mentir, y esa no iba a ser la primera vez.

—La verdad, primero iba a convencerte de lo importante que eres en mi vida —contestó sencilla—. Después iba a tratar de mostrarte lo tóxica que era la relación que te empeñabas en mantener con él —Salma giró la cabeza pensativa—. Me alegra de corazón que no haya sido necesario mostrártelo.

—¿Temías que no te creyera?

Grace hizo un gesto negativo.

—Ya lo creías, salvo que no había llegado el momento de verlo tan nítido.

Salma soltó un suspiro largo y profundo.

—Era una máquina en la cama. Me volvía loca —confesó la amiga aunque bastante azorada—. Ningún hombre me hacía el amor como él.

Grace se percató de que hablaba en pasado, y se alegró de corazón.

—Cuando dices “ningún hombre”, estás incluyendo a la totalidad de ellos, y no es justo.

Salma terminó por sonreír al comprender sus palabras contradictorias.

—No he encontrado ninguno que me haga el amor como él —las pupilas de Grace brillaron—. ¿Cómo te hace el amor Ward?

La mirada de Grace brilló divertida.

—¿Piensas que te lo voy a decir?

—Debe de ser magnífico si te ha convencido para que te cases con él.

—Es divertido, atento. Paciente dentro de su impaciencia —Salma río por la descripción—. Es original al hablar, al comportarse.

Grace le relató el momento tan bonito que vivió cuando Robert le regaló el precioso ramo de vegetales envuelto en papel de seda y cintas de raso.

—Yo me habría muerto de la vergüenza llevando ese ramo —confesó espantada—. ¿Vegetales y no flores? Sois muy raros, los dos.

—Pues ese detalle me encantó, como me enamora cuando me mira como si no existiera otra mujer en el mundo salvo yo. Cuando me suelta un piropo anticuado pero lleno de ternura, y que me hace reír la mayoría de las ocasiones.

—No estás describiendo a un millonario excéntrico sino a un romántico sin remedio.

Grace se mantuvo seria.

—Cuando se padece un trastorno obsesivo compulsivo —comenzó Grace en voz baja—, los miedos, físicamente, gobiernan tu vida. Para poder quebrar ese círculo vicioso del miedo, hay que enfrentarse a él. Y paradójicamente esta sociedad nos educa a menudo para vivir con miedo, y vivir con miedo es demasiado terrible.

—Entiendo.

—Por eso Robert es tan especial, único. Ha vivido con miedo, ha dominado a la adversidad, y está muy lejos de la superficialidad o del esnobismo. Se muestra auténtico, y es lo que me ha conquistado.

—Casi lo estás describiendo como un diamante en bruto.

—Y yo he sido la afortunada de encontrar ese diamante.

—Esa conclusión se merece un brindis.

Grace aceptó la invitación y las dos pasaron la tarde entre confidencias.

CAPÍTULO 22

La primera prueba de fuego resultó ser la noche siguiente. Robert pensaba llevarla a la ópera, y ella había decidido ponerse un vestido azul estampado con diminutas estrellas en color plata. Llevaba un chal rojo sobre los hombros, y unos zapatos a juego con el chal. El pequeño bolso que había elegido para llevar algunos cosméticos y el móvil, también era de color plata, como las diminutas estrellas de su vestido. Y para resaltar el resultado final de su atuendo, se perfumó de forma ligera con su fragancia favorita.

El comunicador sonó, Sarah la avisaba de que el chófer la esperaba en el portal. Se miró una última vez en el espejo de la entrada, y salió del apartamento. Tomó el ascensor tateando una canción para animarse porque se jugaba mucho. Quería sentirse especial, vestir especial, y en esa primera noche, ser una mujer especial en una cita especial.

La palabra “especial” había tomado un cariz muy importante en su vida.

Vio a Robert tras los cristales de la puerta de entrada al edificio. Había decidido esperarla en la acera y no en el vestíbulo. Saludó al portero que la acompañó para abrirle la pesada puerta de hierro y cristal. Robert le sonreía de oreja a oreja, y cuando se inclinó para darle un beso en los labios, retrocedió un paso. Era indudable que se le habían impregnado las fosas nasales de su perfume favorito.

—Hueles como tu maleta.

Ella recordaba que en el primer día del encuentro entre ambos, Robert había enviado toda la ropa de su maleta a la lavandería del hotel.

—Mi maleta huele a mí —respondió sin perder la sonrisa.

—Me gusta mucho más el perfume natural de tu piel.

Ella aceptó que la guiara hacia el coche donde el chófer mantenía la puerta abierta esperando a que tomaran asiento.

—¿Te desagrada? —inquirió sin perderse detalle del gesto de su cara.

—Sí —respondió franco—, pero es soportable siempre y cuando no te vacíes la totalidad del frasco cuando estemos juntos.

Grace suspiró de forma suave. La primera prueba había sido superada. Una vez que estuvieron acomodados en el interior del coche, Robert se fijó en el color de sus zapatos y en el chal que ella se recolocó sobre los hombros desnudos.

Se había despistado porque en un primer instante, el aroma de su perfume lo había aturrido un poco.

—Veo que vienes armada hasta los dientes.

—Llevo puestas las armas de una mujer convencional.

—En modo alguno eres una mujer convencional.

—Por supuesto que lo soy —reiteró ella.

—Nunca me habría enamorado de una mujer convencional.

Frases como esa la derretían. Grace jamás habría podido llegar a imaginar lo que llegarían a gustarle sus piropos.

—Deseaba ponerme un vestido bonito, de hecho, tengo ropa muy bonita.

—Y colorida —terció él, cuando ella iba a decir algo, Robert le puso un dedo sobre los labios para silenciar sus palabras—. Adoro el arco iris.

Cerró los ojos complacida. Con esa frase Robert le indicaba que no tendría problemas con el color de su vestuario.

—Pienso regalarte una corbata roja —la mirada de él fue muy reveladora.

—Mi nivel de tolerancia no alcanza un cambio en mi guardarropa.

—Habla de forma figurativa.

Grace pudo escuchar perfectamente el suspiro masculino.

Cuando el vehículo se detuvo frente al Metropolitan Opera House, la plaza estaba llena de gente. Ella esperó a que Robert la ayudara a salir del coche, y cuando puso un pie fuera, el sonido y la luz de los flashes la cegó. Tuvo que parpadear varias veces, e ignoraba qué sucedía. Ni Robert ni ella eran personas famosas. No eran de la realeza ni pertenecían al gremio del cine o la televisión, pero cuando escuchó la pregunta que un osado periodista le formuló a Robert tras colocarle un micrófono en la boca, supo el motivo para que estuvieran esperando su llegada.

—¿Cómo se ha tomado su amigo, Harry Reid, su ingreso en la política?

Harry Reid era senador de los Estados Unidos por Nevada, y el líder de la minoría Demócrata en el Senado. Grace ignoraba que fuera amigo de Robert.

—No haré ninguna declaración al respecto.

El corresponsal no se amilanó.

—¿Qué piensa su amigo el senador Freeman? —Robert se interpuso entre ella y los fotógrafos que seguían disparando sus cámaras sin parar—. Señorita Silver —el periodista le había colocado el micrófono en la cara y ella no tuvo más remedio que parar sus pasos—, ¿qué diría su padre, un juez demócrata, de que su prometido esté decidido a liderar al Partido Republicano?

—Mi prometida no hará ninguna declaración —Robert se interpuso de nuevo entre el corresponsal y ella.

El periodista insistió.

—¿Cuál es su opinión sobre que su prometido, un empresario completamente desconocido en política, aspire a ser el candidato del Partido

Republicano a la Presidencia de los Estados Unidos para las próximas presidenciales?

Grace escuchó “próximas presidenciales” y el color se esfumó de su cara. Robert le había asegurado que no pensaba dedicarse a la política en el presente sino en un futuro. Tomó aire y miró el rostro de Robert que se veía atribulado. Estaban rodeados de cámaras de televisión. De micrófonos que los periodistas sujetaban frente a ella. Respiró profundamente, y le sonrió contra todo pronóstico.

Robert no sabía cómo tomarse el gesto que ella le dedicaba.

—Por favor —le dijo a Robert con su habitual amabilidad—, ¿me sostienes el bolso un momento? —en su tono se podía percibir más un timbre de orden que de ruego.

Grace le plantó el pequeño bolso plateado en las manos y se giró hacia el micrófono que tenía más cerca.

—Será interesante para el país que dos de sus hijos, una demócrata hija de demócratas, y un republicano hijo de republicanos, unan fuerzas para liderar por fin un cambio real y auténtico.

—¿A qué cambios se refiere, señorita Silver? —preguntaron varias voces al unísono.

Grace trató de dar unos pasos pero le resultaba imposible.

—El señor Ward les concederá una entrevista donde contestará todas y cada una de sus preguntas. Muchas gracias...

El chófer había acudido en ayuda de Robert para sacar a Grace de la marabunta de periodistas que seguían congregados en torno a ellos. Así iba a ser imposible alcanzar la entrada de la ópera.

—Llévanos al hotel —le ordenó.

Robert la había encerrado entre sus fuertes brazos mientras les ordenaba a los periodistas que les permitieran regresar al coche. Cuando estuvieron sentados en el interior del vehículo, y mientras el conductor esquivaba con pericia a los fotógrafos que seguían disparando sus cámaras, los dos se mantuvieron en silencio. La distancia que separaban la ópera del hotel le parecieron a Grace la más larga de su vida. Quería regresar a la seguridad de su apartamento, pero no era ninguna cobarde, y por eso esperaba una explicación de Robert sobre lo que había sucedido momentos antes. Estaba segura de que no le había mentado sobre sus aspiraciones políticas, pero tenía que existir una aclaración para el mal momento que le había hecho pasar fuera o no voluntario.

Una vez instalados en el hotel, Robert le sirvió una copa de vino blanco muy frío. Ella la aceptó en silencio. Estaba sentada frente a él.

—Te debo una disculpa.

—Es cierto.

—En mi mente no está la presidencia del país como meta inmediata —el brillo en los ojos de ella quemaban.

—Me parece haber escuchado algo muy diferente hace unos momentos.

Robert se pasó la mano por la base del cuello hacia la nuca. Se sentía tenso.

—Le confirmé a Freeman que podría contar conmigo —ella iba a decir algo pero él no se lo permitió—, en un par de años.

Grace no sabía qué pensar. La mirada de Robert le decía que no le había mentido cuando le aseguró que pospondría sus ambiciones políticas, pero entonces, ¿por qué los periodistas habían hablado justo de lo contrario?

—¿Freeman filtró la noticia a la prensa? —se atrevió a preguntar.

Robert negó con la cabeza en un único gesto. No solo le había dicho a Freeman que había decidido dedicarse a la política, también a su amigo Henry Spencer.

—Creo saber quién está detrás de todo esto —le dijo. Ella parpadeó confundida—. Tu amiga Grey.

Grace pensó que era posible.

—No es mi amiga —afirmó seca—, y te recuerdo que las próximas presidenciales no serán dentro de dos años sino el próximo.

Había un tono de alarma en la voz de Grace que no le pasó desapercibido.

—El tiempo pasa muy deprisa para nosotros, Grace.

Ella suspiró contrariada.

—El promedio de un futuro candidato no suele ser inferior a los cincuenta y cinco años.

Era una clara alusión a la edad de él.

—Puedo romper ese promedio.

—Un futuro candidato tiene que estar casado, tener hijos, no tener barba y haber nacido en Virginia —la voz de ella denotaba burla—, y no cumples ninguno de esos requisitos.

—Cuando me presente ya estaremos casados, posiblemente tendremos un hijo, y me afeitaré la barba.

—Queda lo de Virginia.

—He nacido en Washington —Robert pensó que sobraba cualquier otra explicación.

Ella apretó los labios pensativa.

—Ser candidato a la presidencia, incluye una campaña agotadora donde toda tu vida personal y profesional será desmontada por los medios de comunicación y tus posibles competidores.

—Soy consciente.

—Necesitarás mucho apoyo pues no solo será duro para ti sino para tu familia.

—Esa parte que te involucra a ti es la más difícil, créeme.

—Tendrás que ir de un lugar a otro durante la campaña, y dispondrás de muy poco tiempo para dedicarla a tu esposa y a tus futuros hijos.

El rostro de ella era una máscara indescifrable.

—Eso es algo que podremos hablar cuando decida presentarme.

—No podrás hacerlo sino formas un comité exploratorio —él, la miró azorado, y ella comprendió—. ¡Ya lo has formado!, y por la expresión de tu cara... también tienes un director de campaña —se quedó callada un minuto.

—Donald Cliff —admitió él.

Donald Cliff había sido el director de campaña de otro candidato que había llegado a la presidencia.

—He utilizado ya el comité exploratorio para evaluar el futuro nivel de éxito —ella no quería preguntar qué grado alcanzaba—. Las expectativas son inmejorables.

El comité solía tantear el terreno para determinar las oportunidades. Era el primer paso para comenzar el camino presidencial.

—¿Confías en Cliff? —inquirió en voz muy baja.

—Es alguien que conozco desde hace años. Tiene experiencia en política, en financiación y campañas. Es el hombre perfecto, y ya ha demostrado su valía anteriormente —Robert lo tenía todo preparado—. Actualmente está reclutando donantes, personal, y voluntarios potenciales. Si todo sale bien, comenzarán a organizarse en los estados iniciales clave: Iowa, Nuevo Hampshire.

—Solo te queda registrarte en la Comisión Federal de Elecciones para declarar tu candidatura públicamente —susurró pensativa, como si lo hiciera para ella misma.

—Armar una campaña electoral lleva su tiempo —contestó él.

—Ya solo te falta una cosa.

—¿Qué?

—Una esposa —su voz había sonado decepcionada.

—¡Grace!

—Pero no una esposa cualquiera —continuó—. Debe acompañar, pero no participar. Estar presente aunque ausente. Escuchar más que hablar, es decir, poseer y dominar un ejemplar y ordenado silencio.

—Nunca pretendería eso para ti.

—¿Cómo dices?

—Si alguna vez soy presidente, aspiraré a que mi esposa sea el equilibrio que me falte en los momentos duros —Grace pensó que esas no eran las palabras

correctas—. Deseo que formes parte de un relato político presente, que se pueda ver y palpar. Que se sienta. Que formes parte imprescindible de la credibilidad y de la confianza que proyecte sobre mis futuros electores.

—Muy pocas mujeres estás preparadas para algo así.

Él, no la escuchó.

—Deseo que te impliques y que participes de forma activa. Que tu presencia y tus actos también hagan política conmigo.

—Esta conversación deberíamos de haberla mantenido hace días.

Robert sabía que ella se refería al preciso momento en el que filtró a la prensa que ambos estaban prometidos.

—Deseo que estés aquí, a mi lado, sea o no candidato a la presidencia.

—Si alguna vez fuera tu esposa, aspiraría a que mi marido fuera el equilibrio que me falta en los momentos difíciles —Robert pensó que esas eran sus palabras anteriores—. Desearía que formaras parte de un relato presente, que se pueda ver y tocar. Que formaras parte imprescindible de la credibilidad y de la confianza que proyectemos sobre nuestra familia y amigos: las personas que realmente nos importan.

Grace dejó la copa de vino sobre la mesa. No había tocado su contenido.

—Quiero todo eso contigo —reveló él.

—Pero yo no quiero estar expuesta a la prensa. No deseo que mi vida íntima se vuelva pública, y eso es a lo que me estás obligando sin consultarlo antes conmigo.

Ella se refería al momento incómodo de la llegada de ambos a la ópera.

—Será interesante para el país que dos de sus hijos, una demócrata hija de demócratas, y un republicano hijo de republicanos, unan fuerzas para liderar por fin un cambio real y auténtico —Robert acababa de lanzarle las palabras que le había dicho al reportero momentos antes.

—Con mi comentario he tratado de evitar que dieras una respuesta equivocada o sin sentido a una provocación, y un incentivo para que puedas explicarles tus motivos a la prensa para presentarte como candidato.

—Estoy enamorado de ti, quiero casarme contigo, que tengamos hijos y ser candidato a la presidencia, así en ese orden —Grace entrecerró los ojos. No quería responderle en ese momento—, y no sostenerte el bolso nunca más.

Ella había olvidado que se lo había puesto en las manos de forma premeditada.

—Me voy a casa.

—Todavía no hemos cenado.

—He perdido el apetito y las ganas de seguir conversando.

Robert estaba en un sin vivir porque desconocía si ella lo dejaba, o

simplemente necesitaba tiempo para madurar los acontecimientos.

—Grace...

Ella sabía lo que pretendía preguntarle así que se le adelantó.

—Solo necesito tiempo para asimilar todo esto. Decidir como debo enfrentarlo, y descansar de esta noria política en la que me has subido.

—Te acompañaré a casa.

—De verdad que no es necesario.

—Si no aceptas mi compañía, lo comprendo, pero permite que mi chófer te deje en la puerta de tu apartamento.

CAPÍTULO 23

Cuando Grace despertó a la mañana siguiente, le dolía terriblemente la cabeza. Había pasado una noche horrible, en vela, y llena de angustia porque preveía lo que se le venía encima y era lo último que deseaba.

Ella tenía muertos en el armario, y no quería que la prensa husmeara en su vida privada y los sacara a la luz como ya le había ocurrido en el pasado. Robert no podía ni imaginarse hasta qué punto su vida iba a ser laminada por la prensa, los adversarios, y todos aquellos enemigos silenciosos que había ido dejando por el camino a medida que avanzaba en su carrera profesional.

Se reincorporó al mismo tiempo que Sarah entraba en la habitación llevando una taza de café en la mano y un diario nacional en la otra. Los dejó sobre la mesita.

—¡Buenos días! —la saludó con evidente entusiasmo.

Grace cerró los ojos porque el sonido de Sarah se le había antojado un horrible graznido de tan mal como se sentía.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

Faltaba poco más de media hora para que comenzara su día a día. Tenía que hacer varias llamadas. Contestar varios mensajes así como hacer una visita al banco porque tenía solicitado un crédito para poder efectuar el segundo pago por el edificio de San Francisco. Además, tenía que entrevistarse con la empresa de reformas que pretendía contratar para que efectuaran los arreglos necesarios en el edificio y dejarlo a punto para comenzar el negocio.

La lista de espera de posibles clientes en San Francisco comenzaba a ser vertiginosa.

—El señor Ward te ha citado a las seis de la tarde para la rueda de prensa que piensa ofrecer a los medios.

—Anula cualquier cita que tenga para las seis.

La secretaria tomó nota.

—Te ha enviado por correo electrónico la reserva que tiene hecha en el restaurante Da Silvano.

A ella no le gustaba la comida italiana.

—Cancela la reserva y haz otra en Spice Market, hoy me apetece almorzar atún con tapioca de chiles.

Grace ya caminaba hacia el baño.

—¿Le paso la reserva al señor Ward por correo electrónico?

Grace negó.

—Lo llamaré por teléfono sobre las doce y le informaré sobre el cambio de reserva.

Cuando Sarah ya se marchaba, Grace la detuvo porque tuvo un presentimiento.

—La reserva, ¿para cuántos comensales está prevista?

—Para doce —los ojos de Grace se abrieron de par en par.

Ella creía que estarían solos.

—Entonces no la anules —Grace suspiró, se sentía cansada y eso que el día no había hecho más que comenzar.

—Está previsto que lleguen algunos familiares de Ward desde Washington.

—¿Familiares? ¿Y cómo sabes tú eso? —Salma optó por no decirle que mantenía contacto con su prometido todos los días para ajustar las agendas de ambos—. Necesito que me reserves un vuelo a San Francisco para dentro de cinco días.

—¿Dos billetes?

—Uno.

—¿Viajarás sola?

Grace dudaba que Robert quisiera acompañarla pues tenía que regresar a Washington en breve, además, ella tenía que seguir ocupándose de sus negocios sin nadie que interfiriera, y ya había demorado varias decisiones importantes.

—Estaré fuera solo un día.

Sarah hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de informarle.

—Hay un nuevo cliente que quiere ingresar en la cartera de la agencia y se niega a ser entrevistado por otra persona que no sea la dueña.

Ella había delegado ese trabajo en la sicóloga que había contratado.

—Eso no será posible —respondió seria—, rechaza su solicitud.

Sarah se mordió el labio preocupada. Grace nunca había rechazado una solicitud sin una entrevista previa.

—El posible nuevo cliente es Tony Manning.

Grace estaba plantada delante de su secretaria y la miraba de forma perpleja.

—¿El entrenador del New York Giants?

Los Big Blue, el apodo que utilizaban para distinguirse del equipo de béisbol del mismo nombre, eran el equipo de fútbol americano profesional de la zona metropolitana de Nueva York.

—Insiste en ser entrevistado por la dueña de Serenity, y no acepta un no por respuesta.

Grace estaba sorprendida.

—Hace mucho tiempo que no hago entrevistas para la agencia, me desvinculé porque no deseo ser el rostro visible de la empresa. Deseo mantenerme en la sombra.

—Lo sé, pero esto es un caso especial.

—No haré la entrevista, házselo saber.

—Hace dos años que se quedó viudo y desea mantener todo esto en la más estricta intimidad. Es muy reservado e introvertido y desconfía de todo.

—Comprendo —Grace entendía la reticencia del hombre a tratar con alguien que no fuese ella.

—Me ha dicho textualmente que solo confiará en la recomendación de la dueña del negocio, no en subalternas.

—¡Maldita sea!

Grace no quería hacer la entrevista, pero era consciente de lo que podría significar para Serenity un cliente de la talla de Tony Manning. La agencia ya contaba con Joe Brady, el Quarterback de los New York Giants, que era cliente desde hacía varios meses. Para ella estaba claro que Tony Manning había recibido una recomendación de su mariscal de campo preferido.

—Le he reservado una hora a las siete y media de la tarde —continuó Sarah.

Grace soltó un suspiro largo.

—Iré muy justa de tiempo si tengo que asistir a la rueda de prensa de Robert.

Sarah decidió animarla.

—Es posible que no pase de los treinta minutos.

Ella no lo creía probable. Robert tenía que dar a conocer sus motivaciones para presentarse como candidato, y lo que pensaba cambiar en la forma de hacer política si la ciudadanía le ofrecía su voto de confianza.

—¿Puedes retrasar la cita a las ocho? Tendré más margen de maniobra.

—Como Manning ha insistido en que fueras tú la entrevistadora, no creo que ponga objeción en el retraso.

—Está bien.

—Entonces a las ocho aquí en la biblioteca.

La biblioteca era el lugar preferido de Grace para realizar las diversas entrevistas. Los posibles clientes se sentían cómodos con el olor de los libros, la suavidad del cuero de los sillones, y el excelente brandy que ella les ofrecía para reducir los niveles de tensión a la vez que les hacía las diversas preguntas mientras los analizaba.

—También tienes pendiente las entrevistas a Judith Madison, Charlotte Bond y Margaret Roswell.

Eran las tres sicólogas que había seleccionado para conocerlas, evaluarlas y decidir a cuál de ellas contrataría para que se encargara de escoger a los clientes de San Francisco. Dos de las solicitantes vivían en la misma ciudad, Charlotte y Margaret. Judith, por el contrario, vivía en Brooklyn.

—Hoy tengo el día un poco complicado, pasa las entrevistas al jueves.

—Podría hacerlo con la señorita Madison, pero Bond y Roswell vuelan hoy desde San Francisco.

Grace pensó que ese era un gran inconveniente.

—¿Qué puedo cancelar? —preguntó de forma retórica.

Sarah miró la agenda calculando.

—La entrevista con la empresa constructora —aconsejó sin un atisbo de duda.

Grace negó pues la empresa de reformas que necesitaba estaba muy solicitada y no quería perder la oportunidad de que comenzaran cuanto antes a trabajar en el edificio de San Francisco.

—Ya sé lo que haré —dijo decidida.

La secretaria la miró esperando.

—Necesito que llames por teléfono a Salma —las cejas de la secretaria se alzaron interrogantes—. Irá en mi lugar a la entrevista con la constructora.

—¿La ves capacitada para ocupar tu lugar?

Grace pensó que estaba preparada para eso y mucho más, y como le había pedido que se hiciera cargo de la gestión de Serenity si ella decidía hacerse a un lado, consideró que sería muy bueno que comenzara a tomar decisiones, también a familiarizarse con el volumen de trabajo que comprendía una empresa tan exigente y delicada como Serenity.

—Solo tendrá que confirmar que deseo que comiencen las obras de restauración del edificio cuanto antes —contestó Grace—. Concertará una nueva entrevista para solventar los asuntos más complicados: presupuesto, decoración, a la que no faltaré.

Sarah tomaba nota de todo.

—La señorita Grey ha llamado varias veces —Sarah hizo un pausa cuando Grace la miró perpleja—, aunque no fui yo quien recibió las llamadas.

Sarah no era la única que atendía el teléfono en la agencia pues contaba con un auxiliar que la ayudaba.

Grace trató de no mostrar que el solo nombre de la periodista la molestaba profundamente.

—No atenderé ninguna de sus llamadas —contestó seca.

Sarah asintió.

—Me ocuparé de ello personalmente.

Y tras marcharse, Grace se tumbó de espaldas al colchón y cerró los ojos. El día se presentaba muy duro.

CAPÍTULO 24

Robert miraba continuamente la puerta cerrada, al otro lado se encontraban los periodistas. La rueda de prensa tenía que comenzar y Grace no daba señales de vida. Se miró las manos que le temblaban, y se secó el sudor que le perlaba la frente. Sentía un ligero mareo, tensión muscular y sequedad en la boca.

—Señor Ward, le están esperando —su hombre de confianza y ayudante lo apremiaba a que cruzara la puerta y diera comienzo a la conferencia.

Llevaban un retraso de quince minutos.

—Necesito ir al baño —era la quinta vez que Robert visitaba los servicios del hotel en la última media hora.

Salió en tromba sin esperar una respuesta de su ayudante.

Le costaba respirar, y se sentía mareado. Cuando alcanzó por fin el baño del vestíbulo del hotel, cerró la puerta tras de sí con un golpe seco. Se agarró a la porcelana del lavabo y trató de respirar profundamente. Tenía palpitations debido a la frecuencia cardiaca que aumentaba sin control, sudoración en las manos, temblores en las piernas y una sensación de ahogo que iba en crescendo. Sintió una opresión en la caja torácica que le preocupó de veras. Robert sintió pánico porque había perdido el control sobre su cuerpo y sus emociones. Pensó que iba a caerse al suelo desmayado, y en medio de ese caos, escuchó unos golpes en la puerta, pero era incapaz de moverse o de hacer nada.

—Robert, ¿te encuentras bien?

Era la voz de Grace, pero él no podía ni articular palabra. Afortunadamente, no había cerrado la puerta con pestillo, pues había aprendido desde niño a no hacerlo porque quedarse encerrado era lo peor que podía sucederle cuando sufría una crisis severa.

Quería contestarle, pero tenía la garganta cerrada. No podía girar la cabeza porque lo veía todo borroso.

—No respires tan profundo porque vas a hiperventilarte —ella estaba a su lado.

Robert ignoraba cómo o cuándo había entrado al baño, pero estaba a su lado y lo sujetaba con cariño.

—Me... me voy a des...mayar —logró balbucear.

Grace lo sujetó por el brazo y por la cintura para animarlo a caminar hacia el inodoro para que se sentara. En el lavabo no había silla. Robert ignoraba que su ayudante hacía guardia en la puerta para impedir el paso de algún cliente.

—Fíjate en lo que le está pasando a tu cuerpo —comenzó Grace—. No

pienses en nada más que en los síntomas —estaba sofocado—. No luches, acéptalos.

Robert estaba sentado sobre la tapa del inodoro y quiso alzar el rostro para mirarla, pero estaba muy mareado.

—Estoy aterrado —confesó en voz baja.

—Afróntalo, no lo evites.

—No quiero afrontarlo...

—Piensa en los avances que has logrado, además, lo que sientes no es más que la reacción habitual del cuerpo ante el estrés.

—Estoy sufriendo un ataque de pánico —la corrigió.

—Pero no es dañino ni peligroso —él pensaba justo lo contrario—, solo desagradable.

Robert agarró las manos de ella y se las llevó al rostro. Grace se inclinó hasta quedarse en cuclillas frente a él.

—Cuando empieces a sentirte mejor, mírame —Robert lo hizo de forma lenta, como si le costara fijar la visión—. Cuando estés listo para continuar, comienza despacio.

Así lo hizo. La presencia de Grace lo tranquilizaba, le transmitía una serenidad que le resultaba tan imprescindible como inhalar oxígeno. Robert recuperó el control de la respiración al mismo tiempo que disminuía la sensación de mareo de su cabeza.

—No quería que me vieras así —se lamentó.

—Nunca te avergüences —lo reprendió cariñosa—. Afrontar el pánico requiere tiempo y paciencia. Enfrentarlo es aprender a redefinir las actitudes para poder superarlo.

—Quería evitar los síntomas —confesó todavía algo aturdido—, y me colapsé.

—Haciendo frente a los síntomas se aprende sobre ellos.

La presencia de ella y su voz era justo lo que necesitaba. El corazón volvía a su ritmo normal.

—Gracias por ayudarme —contestó sin dejar de mirarla.

Ella le sonrió suavemente.

—Puedes suspender la rueda de prensa si no te ves capacitado para continuar.

Robert no se encontraba del todo bien, pero no pensaba suspenderla. No había pasado por todo eso inútilmente.

—Aún estoy un poco mareado, pero creo que puedo enfrentarme a ello.

Grace le soltó las manos, y abrió la puerta del baño. El ayudante de Robert esperaba impaciente.

—Cinco minutos —le dijo ella, el otro entendió y se dirigió hacia la sala para anunciar que la entrevista comenzaría en breve.

—Puedo enfrentarme a todo si estás conmigo.

Esas palabras la desarmaron. Grace miró a Robert con ojos entrecerrados. Tenía las pupilas brillantes, y supo que no era debido al sofoco que sentía tras haber sufrido el ataque de pánico.

—Es una suerte que conozca los síntomas y que sepa cómo ayudarte.

Robert no se había referido a su faceta de siquiatra, mas bien a su calidad humana, y al sentimiento mutuo de afecto que compartían.

—Tu presencia me ayudaría aunque fueras costurera.

—También sé manejar la aguja con precisión.

—Magnífico —contestó él—, así podrás coser los trozos de mi corazón cuando me los rompan.

—¿Estás pensando en una mujer?

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pienso en la política —ella había entendido.

—Estás a tiempo de no dar el paso.

Robert soltó el aliento poco a poco.

—Es que estoy convencido de que puedo aportar buenas ideas y lograr grandes proyectos que hagan feliz a los ciudadanos.

—Entonces, adelante...

Durante la rueda de prensa, Grace se mantuvo discretamente apartada pero visible para él. A medida que Robert respondía las diferentes preguntas de los reporteros, desviaba la mirada hacia ella y la observaba atentamente, era como si necesitara su aprobación en casa frase que pronunciaba.

Habló de honradez y buen gobierno para el nuevo ejecutivo presidencial que estaría formado por gestores capaces y que ejercerían sus cargos con absoluta transparencia. Robert pidió la confianza de los ciudadanos para ser elegido con un discurso basado en seis principios de actuación: la honradez en el ejercicio de la función pública, la cercanía, el sentido común al enfocar los problemas, la eficacia, la solidaridad y la reivindicación. Ante la pregunta de un periodista sobre asumir un reto extraordinariamente difícil como era la economía del país, confirmó que intentaría recuperar los niveles de bienestar de antes del estallido de la crisis financiera, un objetivo alcanzable aunque no a corto plazo.

Grace seguía sus palabras con suma atención.

Robert apostó por una presidencia solidaria, con especial atención a los más necesitados y con el impulso de acciones positivas hacia las personas y colectivos que más lo necesitaran. El futuro candidato a presidente apostó por la

solidaridad territorial, hizo especial hincapié en que todo ciudadano estadounidense debería tener derecho a unos servicios mínimos sin importar el lugar donde viviera.

Grace sintió ganas de aplaudirle pues Robert transmitía serenidad en los gestos, fresca en el habla y honradez en la mirada. Cuando Robert dio la rueda de prensa por concluida, discretamente se retiró del lugar al ver la avalancha de flashes y preguntas que él ya no quiso contestar. Tomó un taxi a las puertas del hotel y se alejó.

Robert no la veía por ningún lugar. La buscaba con los ojos de forma desesperada, pero Grace no estaba. Ignoraba el momento en el que se había alejado porque él la había estado mirando todo el tiempo que había durado la entrevista. Llamó a su ayudante mientras trataba de evitar los micrófonos.

—¿Has visto a la señorita Silver?

El ayudante le pasó una nota que leyó con rapidez.

“Llego tarde a una reunión de la que no puedo faltar, nos veremos mañana”.

Robert se sintió decepcionado. Esperaba que ella estuviera a su lado hasta el final, compartiendo ese momento que tras su marcha se volvió agri dulce.

—Dile al chófer que esté listo, saldré enseguida.

Robert lo intentó, pero le resultó una proeza sortear la avalancha de periodistas que tenían una última pregunta, como si no hubiera respondido todas y cada una de ellas en la rueda de prensa. Quiso salir pronto del hotel, pero cuando el coche se dirigió hacia el edificio donde vivía ella, habían pasado más de cincuenta minutos. Robert creyó que no la encontraría. Sacó su móvil y marcó un número, la voz al otro lado de la línea en modo alguno era la de ella sino la de su secretaria.

—Con Grace Silver, por favor.

Sarah lo había reconocido.

—Está reunida y ha dejado orden expresa de no ser molestada.

A Robert le resultaba difícil entender por qué motivo Grace le dejaba su móvil particular a su secretaria cuando estaba reunida. Podía ocurrir un desastre como un terremoto, un maremoto, incluso una invasión alienígena y él no podría ayudarla mediante un aviso. Se dijo que hablaría con ella respecto a ese asunto para que nunca más se desprendiera del móvil con esa ligereza.

CAPÍTULO 25

A diferencia de la sicóloga que había contratado para la agencia, Grace no escribía anotaciones en ningún folio, le bastaba con observar a la persona que estaba sentada frente a ella. Tony Manning estaba visiblemente nervioso, y había declinado la copa que le había ofrecido. Era un hombre que había pasado la barrera de los sesenta aunque se veía más joven. Su faceta de entrenador debía de ayudarle para mantener ese recio cuerpo en forma y la mente tan ágil.

—No busco una acompañante sino una esposa —dijo el entrenador de pronto.

Grace trató de no mostrar que le había sorprendido esa confesión.

—Serenity no es una agencia de matrimonio —el hombre entrecerró los ojos como si esa aclaración lo pillara de improviso—. Tampoco es una agencia de contactos sexuales.

—Me informaron del éxito de algunos de los matrimonios que se habían concertado aquí.

Grace se alegró de que la información que transcendía de Serenity fuera tan buena, pero ella no la había creado como agencia de matrimonio porque entonces la cartera de clientes se reduciría a hombres viudos y ancianos. Ella la había creado para cubrir una necesidad oculta en la población masculina. Hombres que querían disfrutar de excelente compañía femenina sin que fueran putas, pero tras escuchar al entrenador, dedujo que la recomendación que le habían hecho sobre la agencia, no provenía de su capitán.

—Es cierto que la agencia ha celebrado con éxito algunos matrimonios.

—Novias cultas e inteligentes para hombres como yo sin tiempo ni ganas de introducirme en el mercado matrimonial de estos tiempos.

Grace entendía muy bien a lo que se refería.

—Las acompañantes de Serenity no superan los treinta y cinco años —informó ella sin dejar de mirarlo—, están preparadas para brillar al lado de un hombre de éxito con unas necesidades específicas de compañía, pero son acompañamientos puntuales. Nunca sentimentales.

El entrenador suspiró al comprender la enorme diferencia de edad que existía entre las acompañantes y él. Una mujer tan joven no cubriría sus necesidades emocionales, y para nada quería una mujer interesada en fiestas y diversión. Él era un hombre tranquilo, de costumbres arraigadas, pero la recomendación que le habían hecho de la agencia había removido esa necesidad oculta que sentía de querer compañía femenina.

Ser viudo le resultaba muy duro, por eso, las mujeres a las que había abordado para paliar su soledad, habían resultado díscolas y desenfrenadas. Siempre tonteando con la diversión y el dinero. No, él buscaba una persona seria, y creyó que podría encontrarla en Serenity.

—¿De verdad no hay ninguna mujer adecuada para mí en la agencia? —la pregunta la hizo con tono apesadumbrado—. No tengo ni fuerzas ni interés en lanzarme a un mercado al que no pertenezco y del que tan lejos estoy emocionalmente.

Grace se lamió el labio inferior pensativa.

Por la conversación que había mantenido con Tony Manning había llegado a la conclusión de que pertenecía a esa generación de caballeros que se encontraban al punto de la extinción: hombres que abrían las puertas de los coches, cedían el paso y se levantaban de la mesa cuando una mujer hacía su aparición, y de repente, el rostro de Salma se apareció delante de ella: una mujer maltratada por un hombre que no la merecía, pero Salma ya no era acompañante, en breve iba a ser la directora de la agencia...

—Creo que debería aumentar la edad de las acompañantes —aconsejó el entrenador con mirada seria.

Tras la entrevista mantenida con Tony Manning, Grace había entendido la necesidad de hacer algunos cambios en la política de selección. De la misma forma que había delimitado la edad mínima de las acompañantes en treinta años, ahora veía la necesidad de aumentar el máximo a más de cincuenta.

—Es difícil encontrar acompañantes de cierta edad que hayan terminado su formación universitaria, un requisito imprescindible que demandan los seleccionados. Desean la compañía de mujeres cultas además de inteligentes.

—Una mujer puede ser inteligente sin haber cursados estudios superiores.

Grace pensó que no le faltaba razón, pero cuando un posible cliente entraba en la cartera de Serenity, su primera exigencia era que su acompañante debía haber cursado estudios universitarios. Querían acompañantes versadas en literatura, ciencias, política...

—Conozco muchas mujeres inteligentes que no han sido formadas académicamente —admitió ella.

—Entonces podría presentarme a alguna.

Grace sonrió porque la tensión del entrenador había disminuido de forma considerable. Ahora se veía relajado y más comunicativo. De nuevo la imagen de Salma se coló en su mente, y sintió un cosquilleo en el estómago. Había quedado con su amiga para tomar algo muy cerca de la casa de ella. Salma tenía que contarle cómo le había ido con la constructora, y Grace había pensado compartir su agotada agenda con ella, llevaba demasiados frentes abiertos y

deseaba delegar en su amiga parte del trabajo que debía realizar durante los próximos días.

Grace escuchó a Robert discutir con su secretaria tras la puerta de la biblioteca y cerró los ojos.

—Discúlpeme un momento, señor Manning, debo resolver un asunto.

Pero antes de poder dar un paso, la puerta de la biblioteca se abrió y Robert cruzó por el hueco abierto. Clavó sus penetrantes ojos en ella, y después en la figura del hombre que estaba sentado.

—Manning, ¡qué sorpresa!

Robert la besó en la mejilla cuando la alcanzó, y extendió la mano para saludar al hombre que se había levantado y dado dos pasos hacia él.

—Ward —correspondió el otro.

Grace estaba irritada. Era la primera vez que la interrumpían en una reunión privada, y precisamente esa primera vez tenía que ser por causa de Robert.

—Me dejaste plantado en la rueda de prensa.

Se tomó la queja como una niñería. Ella había estado en la rueda de prensa, pero tenía una reunión a la que llegaba tarde.

—Espérame fuera —le dijo a Robert—, terminó enseguida.

Pero él la ignoró sin abandonar la sonrisa conciliadora. Palmeó la espalda del entrenador y comenzó a hacerle una serie de preguntas que la dejaron en silencio observando. No eran meros conocidos, y vio por primera vez una sonrisa en el rostro de Manning que lo transformó por completo. Después de unos minutos, Robert se giró hacia ella y la miró con ese brillo en las pupilas que lograba estremecerla.

—Te debo una disculpa por interrumpirte —le dijo—, pero estoy tan eufórico que tenía que compartir mi felicidad contigo.

Ella podía aceptar eso: el exceso de adrenalina que debía circular por su cuerpo, y que le hacía dar pasos impulsivos y desacertados como interrumpir una reunión privada de negocios que en nada le incumbía. Era una clara muestra de falta de respeto, y que pensaba mostrarle en el momento que Manning se fuera.

—Tenemos que celebrar mi lanzamiento a la política —dijo Robert—. Os invito a una copa.

Manning iba a protestar, pero Robert lo interrumpió.

—Eres muy escurridizo —afirmó sin dejarle hablar—, siempre me estás dando largas.

El hombre suspiró cansado.

—Apenas tengo tiempo ni para dormir —se excusó el otro.

Grace decidió cortar la charla.

—Me encantaría celebrar contigo tu entrada en la política del país, pero

tengo una cita a la que ya llego tarde —dijo de pronto.

Robert entrecerró los ojos y miró el reloj, eran casi las nueve y media pasadas, ¿qué cita podría tener Grace y que no lo incluía a él? No supo bien si lo que comenzaba a sentir en ese preciso momento eran celos o posesividad, pero metió las manos en los bolsillos de sus pantalones ante la necesidad que sentía de comenzar a ordenar cosas.

—Siento que se alargara la rueda de prensa —se disculpó él—, pero tenía planes contigo.

En la biblioteca parecía que Manning sobraba pues toda la atención de Robert se centraba en ella.

—Tengo que irme —dijo el entrenador.

Robert se giró hacia él, y Grace aprovechó para soltar tensión de sus hombros.

—No me diste una respuesta sobre el jugador que te mencioné —le recordó el empresario—, podrías hacerlo mientras tomamos una copa de champán. Mi prometida y yo estaremos encantados de que nos acompañes.

Robert no le había preguntado a ella si le parecía bien, además, Grace se dijo que Robert ignoraba el motivo para que Manning estuviera a esa hora inusual en la biblioteca conversando con ella. Grace no le había contado nada, simplemente se había alejado de la rueda de prensa. En su agobio por el exceso de trabajo, no pensó en el momento especial que vivía él, y en su necesidad de compartir sus logros con ella.

Se dio perfecta cuenta de que no se había preparado para compartir sus estados emocionales y privados con otra persona.

—Casi logra doblegarme —Grace comprendió muy bien que Robert se refería al ataque de pánico que había sufrido—, pero vencí.

Para él la rueda de prensa había supuesto un verdadero calvario que había convergido en un ataque de pánico bastante severo, pero había ganado, por eso no quería celebrar ese triunfo a solas, y a ella se le había pasado ese detalle importante. Tan metida en sus asuntos como estaba, se había olvidado que tener un prometido requería una atención especial por su parte.

—He quedado con Salma —aclaró de pronto.

—¿Salma? —para Robert parecía imposible que su prometida lo relegase en un momento tan importante por una acompañante.

—Ha hecho una gestión muy importante para mí y deseaba saber qué tal le ha ido.

—De verdad que tengo que marcharme...

Grace miró el rostro del entrenador, se vía incómodo aunque parecía que le costara marcharse, y tuvo una revelación.

—Yo necesito hablar con Salma, y el señor Manning tiene que darte una respuesta sobre un jugador, ¿no es cierto? —Grace tomó aire—. Podemos recoger a Salma y celebramos los cuatro juntos tu triunfo.

Robert sonrió de oreja a oreja ante la sugerencia.

El entrenador se puso nervioso pero entendió perfectamente la maniobra de ella. Así que sí tenía a alguien para presentarle.

—Mañana tengo entrenamiento a primera hora —trató de excusarse—, y además no quiero ser una molestia.

Deseaba aceptar, deseaba irse, pero en última estancia necesitaba una especie de confirmación.

—Vamos, Manning —dijo Robert con sentido del humor—, siempre serás una molestia para los jugadores que te ofrezco y que tan amablemente rechazas.

El entrenador volvió a sonreír.

—Te recuerdo que no me has conseguido a Jack Dallas —protestó Manning.

Jack Dallas jugaba en el Washington Redskins, conocidos como los Pielas Rojas, él se había puesto en contacto con Robert porque el jugador era amigo suyo, y él pretendía llevárselo para su equipo.

—En compensación te hablaré sobre el Oso de Chicago.

Vincen Larry, conocido como el Oso de Chicago, estaba muy interesado en jugar con el equipo de Nueva York. Había contactado con Robert Ward porque sabía que era amigo del entrenador de los Gigantes y deseaba una recomendación de su parte. Tony Manning había rechazado todos los intentos que el representante de Vincen Larry había hecho para que aceptara entrevistarle.

—¿De verdad que no molestaré?

Grace entrecerró los ojos. Le caía bien Tony Manning, y creyó sinceramente que podría ayudarlo, ahora faltaba Salma que era harina de otro costal.

CAPÍTULO 26

En la intimidad del dormitorio, y tras quedar abrazados después de compartir sexo fabuloso, Grace se sentía relajada y feliz. Robert respiraba sobre su cabello y le hacía cosquillas.

—Podrías invitarme a dormir en tu apartamento —le susurró al oído.

—¿Qué tiene de malo el hotel? —preguntó ella.

Robert no contestó, siguió abrazándola mientras los latidos del corazón de ambos latían al unísono.

—Me casaría contigo ahora mismo —ella se mantuvo en un silencio prolongado—. Hagámoslo —la animó él—, podemos estar en Las Vegas por la mañana.

—Agotada estoy después de lo que me has hecho moverme.

Pero no era una crítica sino un cumplido en toda regla. Robert era un amante maravilloso. Tierno, paciente, y muy entregado.

—Cásate conmigo.

Ella abrió los ojos y lo miró. Estaba relajada, sentía una modorra muy satisfactoria y le gustaba el calor que le transmitía el cuerpo de Robert, pero en lo último que pensaba en esos momentos era en el matrimonio.

—Todavía no sé si quiero seguir siendo tu prometida.

La miró con ojos de cachorrillo.

—Me he tragado toda una perfumería por ti.

Ella rió por su comentario. Después del desastre de la reunión a cuatro con Salma y Manning, Grace tenía ganas de desquitarse. Antes de permitirle a Robert que le hiciera el amor, se había dado una ducha que había incluido crema hidratante perfumada. Desodorante con olor, y un largo trasiego de cosméticos hasta llegar al perfume. Cuando llegó a la cama, casi lo ahoga.

—Te lo merecías —contestó ella—. Llevas controlando mi existencia desde que puse un pie en tu auto aquella primera cita.

—Es que hasta hace unos días te había tenido solo para mí.

—Tengo una vida, un trabajo, unos amigos...

Robert la interrumpió.

—Y un prometido posesivo que hasta hace unas horas desconocía que también es tremendamente celoso.

—Los celos son muestra de inseguridad.

—He sido una persona insegura la mayor parte de mi vida —afirmó con un atisbo de tristeza.

A ella le gustaba mucho su sinceridad, no tenía miedo a mostrar sus inseguridades, sus miedos, y por eso lo consideraba un hombre tan especial.

—Me dolió que me dejaras solo después de la rueda de prensa —protestó.

—Quería que disfrutaras de tu triunfo sin interferencias.

Robert calló un momento mientras pensaba en las palabras que quería expresar.

—Un triunfo logrado gracias a ti —ella pensó que se refería al momento caótico que había sufrido en el baño—. No podría hacer esto si no estuvieras conmigo.

Grace soltó un suspiro suave y quedo, de nuevo, él regresaba al escollo de la política.

—Eso se llama chantaje.

—No lo es...

Se apoyó sobre el codo y lo miró de frente.

—Estás poniendo sobre mis hombros el peso de responsabilidades que no me pertenecen —iba a interrumpirla pero no se lo permitió—. Tu decisión de dedicarte a la política fue antes de conocerme... de seducirme —continuó.

—De enamorarte —concluyó él.

—De enamorarme —admitió ella.

—No te estoy presionando, Grace, es que me hace tan feliz que me acompañes en esta aventura, que siento que no podría lograrlo si no estuvieras conmigo.

Grace pestañeó seria.

—¿Y si decidiera no acompañarte?

El corazón de Robert se detuvo.

—Si me das a elegir entre la política y tú, te escojo a ti... siempre a ti.

Robert la sujetó por la barbilla y la besó de forma larga y dulce.

—No dejas que me recupere —protestó ella con una sonrisa cuando Robert comenzó de nuevo a acariciarla.

—Llevo media vida separado de ti, y eso es mucho tiempo.

Robert se colocó sobre ella con mucha suavidad. Grace le rodeó la cintura con las piernas.

—¿Sabes? La manera de cruzar las piernas de una mujer dice mucho de lo que siente por un hombre.

—¿Tú crees?

—Si las cruzas alrededor de mis caderas es una clara señal de que te gusto.

—Es que me gustas mucho —admitió juguetona mientras le pellizcaba suavemente las tetillas.

—Tus labios, cuando los beso, son como el primer trago de agua después de

cruzar un desierto. ¡No me canso de beber!

Y Robert se dio un festín con ellos. Los acarició, besó, lamió y mordisqueó a placer. Grace compartió sus juegos y caricias.

Varios minutos después los dos seguían despiertos.

—Ha sido interesante verte hacer de celestina.

—Yo no hago de celestina.

—Eres una celestina de élite.

Grace lo empujó suavemente tratando de respirar porque Robert no besaba, consumía. Se quedó tumbado de espaldas.

—No piensas dejarme dormir, ¿verdad?

—Tú me alborotas el insomnio, justo es que veas el amanecer conmigo, y para verlo, tienes que estar despierta.

—Estoy a un paso de pedir un taxi.

—¿Me abandonarías?

—Te dejaría en los brazos de Morfeo.

—No quiero otros brazos salvo los tuyos.

—Eres terriblemente empalagoso.

—Es el mejor cumplido que me has dicho nunca.

Grace se sentó en la cama y lo miró. Robert hizo lo mismo. Ella tenía el cabello revuelto, los labios hinchados y sombras oscuras bajo los ojos.

—No suelo ser proclive a la provocación, pero de producirse, conozco mil y una formas de hacer que te arrepientas mañana —le advirtió al mismo tiempo que se volvía a tumbar de espaldas—, ¡quiero dormir!

—Es que no puedo creerme que estés aquí a mi lado.

Grace quiso taparse los oídos pero conocía un método mejor.

—¿Recuerdas aquel vestido blanco con números? —Robert no hizo ni un solo gesto, porque no lo había olvidado—. Fue un regalo de una diseñadora conocida de Sarah. Acudimos juntas a uno de sus desfiles en Europa.

—Eso suena a amenaza —Robert recordaba perfectamente el mal rato que pasó viendo la sucesión de números que no tenían ningún significado ni propósito.

—A Ágata de la Prada le encantará saber el poder que tiene su diseño, y pienso que puede ser el broche perfecto para conocer mañana a tu familia.

—Estás siendo muy cruel.

—¿Persuasiva?

—Tremendamente persuasiva.

Robert se acostó a su lado y la abrazó con fuerza. Cabía perfectamente entre sus brazos, como si la hubieran moldeado expresamente para él. Se sintió afortunado, feliz y repleto de confianza.

Grace era una persona excepcional, e iba a ser su mujer en breve.

—¿De verdad pensaste que Tony y Salma iban a congeniar? ¿Qué iban a sentirse atraídos el uno por el otro?

Ella no se lo podía creer.

—¡Robert! —él suspiró profundamente.

—Ya me callo...

CAPÍTULO 27

A Grace no le gustaba la cocina italiana, pero hizo un esfuerzo y pidió una ensalada con aceitunas negras, y de segundo un risotto con setas. A pesar de la amenaza velada de la noche anterior, no se puso el vestido de números que tanto descentraba a Robert sino un traje gris con fina raya diplomática. Robert iba de sport, algo que la sorprendió porque no estaba acostumbrada. Hasta ese día siempre vestía con traje cortado a medida.

El pantalón marrón quedaba muy bien con el suéter de pico negro y la chaqueta de piel. Las gafas de cristales rojos le daba una apariencia muy sexi, aparentaba diez años menos.

Durante la comida conoció a dos de sus tíos paternos, uno materno, y con sus respectivas esposas e hijos. Para Grace resultó toda una sorpresa conocer que Robert tenía una familia tan numerosa en comparación con la suya que se reducía a una sola persona, ella. También eran sorprendentemente escandalosos, aunque se comportaron con suma corrección y evitaron hacerle preguntas comprometidas o demasiado personales para no ponerla en un aprieto.

Mantuvo la calma y la serenidad durante toda la velada, paz que se vio interrumpida cuando en la mesa se comenzó a concretar la fecha para la boda. Se preguntó en qué momento se le había escapado de sus manos el control sobre su vida. Todo lo relacionado con el matrimonio la descolocaba bastante porque ella quería tomárselo con más calma, pero Robert le recordaba a menudo que ya no tenían edad para quedarse con las ganas. Esa era su frase preferida, y ella no tenía argumentos para convencerlo de lo contrario.

—La próxima primavera puede ser una fecha apropiada.

Grace seguía en silencio, contemplando la escena como si no fuera con ella.

—No pensamos esperar tanto —cortó Robert con tono pragmático e incluyéndola en sus síes y noes.

—Queremos organizar una boda en condiciones —protestó una de las tías políticas—, y para ello necesitamos tiempo.

—Sabía que esta reunión familiar se iba a desmadrar.

A Grace le gustaba ver a Robert desenvolverse con su familia. Ella, que era hija única de padres que también habían sido hijos únicos, añoraba ese ambiente familiar que no había conocido nunca porque, toda su familia se reducía a Salma, Sarah, y las chicas de Serenity, bueno, pronto incluiría también a Robert si conseguía arrastrarla al matrimonio tan pronto como pretendía.

—La novia tendría que opinar al respecto —dijo el tío mayor de Robert.

—Grace quiere casarse cuanto antes —respondió Robert por ella, pero Grace no se molestó, todo lo contrario—, en una ceremonia privada e íntima.

Además de posesivo y un poco celoso, Robert poseía una vena protectora que no le desagradaba en absoluto.

—¿Es cierto eso? —preguntó atónita una de las tías.

—Os recuerdo que es hija única y que no tiene más familia que yo —esa parte le había hecho gracia, por ese motivo sonrió aunque no se percató de ello—. Sería un insulto y un despropósito involucrarla en una fastuosidad tan alejada de sus preferencias.

Las tías se quedaron en silencio, pero entonces las hijas del tío mayor que debían rondar entre los dieciocho y los veinticinco años, comenzaron a opinar sobre el último comentario de Robert.

Ella escuchaba con interés. Robert la miraba de tanto en tanto porque le sorprendía su silencio en algo tan particular como los preparativos de una boda que le concernía en exclusiva.

—Grace —dijo el único tío materno—, ¿qué piensas al respecto?

¿Qué pensaba? No lo tenía claro.

—Finales de marzo me parece bien —apuntó finalmente.

Robert parpadeó atónito porque él había afirmado justo lo contrario. Quedaban varios meses todavía y él no quería esperar.

La tía mayor respiró aliviada.

—Así tenemos margen para organizar algo bonito.

—Deberías pronunciarte con respecto a esto —ese comentario de Robert sí logró sorprenderla—. Te atañe especialmente.

Por algún motivo, Robert se mostró intranquilo. Era consciente que la arrastraba en su ímpetu y deseo de unir su vida a la de ella, por eso había inclinado la balanza en su beneficio utilizando las acciones de una periodista sin escrúpulos, pero ahora que la veía sentada a su lado sin participar en ese caos que había formado su familia, sintió miedo. Era la futura novia menos interesada y más distante que había visto nunca. Él, había utilizado la edad de ambos y el tiempo para que no pensara, para que no pudiera negarse, y de pronto se preguntó si acaso había logrado con sus actos justo todo lo contrario: que no dejara de pensar en ello.

—Resulta estimulante a la vez que desconcertante, ver a otros tomar las decisiones que debería tomar uno mismo —explicó con suavidad.

Robert no podía calibrar si ese comentario era positivo o negativo. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Ahora mismo te preferiría costurera.

Ella abrió la boca por el comentario de él, pero comprendió.

—No los estoy sicoanalizando —se defendió—, aunque mis palabras anteriores lo parezcan.

—Sí, lo haces —insistió el otro—, por eso tu silencio y tu distancia.

Grace no se había dado cuenta de lo lejana y fría que parecía.

—Estoy descolocada entre personas que acabo de conocer, y que se comportan conmigo como si me conocieran de toda la vida.

—¿Qué murmuráis? —inquirió la tía mayor.

Robert soltó un chasquido con la lengua.

—Como si te lo fuéramos a decir —soltó en voz baja.

Grace observó que Robert volvía a poner los cubiertos alineados en la mesa, era la sexta vez que lo hacía.

—¿Tu familia regresa a Washington? —le preguntó en el mismo tono bajo que utilizaba él.

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza.

—He alquilado la totalidad de la última planta para ellos —indudablemente se refería al hotel—, esta noche vendrán más familiares. Primos que no han podido llegar a tiempo para el almuerzo —los ojos de Grace se abrieron de par en par—: los gemelos Charles y Peter, y la pequeña Gisela.

Ella optó por el silencio mientras digería la información.

—Se irán mañana por la tarde —le dijo para tranquilizarla.

Grace se encontró en la tesitura de decirle que no se preocupara, o de salir corriendo. Todo tenía un límite.

—No estaba preparada para esta avalancha —admitió al fin con voz trémula.

—¿Me invitarás esta noche a tu apartamento?

—¿Esto ha sido una maniobra para obligarme a hacerlo? —Robert le mostró una mueca de inocencia que no la engañó en absoluto.

Para todo aquel que los mirara, no cabría la menor duda de la complicidad que existía entre los dos. Robert la miraba con ojos de cordero degollado, y ella le sonreía de una forma tan especial que los tíos de Robert suspiraron con gran alivio.

Grace había claudicado, finalmente había tenido que invitar a Robert a su apartamento, pero al día siguiente no tenía que acompañar a su familia pues ellos pensaban hacer turismo, los primos más jóvenes estaban encantados. Una vez que finalizó la comida, se despidieron de todos, y Robert la llevó a pasear a un lugar muy especial: Cold Spring.

Para ella resultó toda una sorpresa que él prescindiera del chófer y comprara dos billetes de tren. Después de una hora bordeando el río Hudson,

llegaron al pintoresco pueblo que se encontraba al norte del estado de Nueva York, justo enfrente de la famosa Academia militar de West Point. Un embarcadero y un precioso paseo por el río los condujo hasta la calle principal donde había tiendas de muebles, ropa, y maravillosos trastos de segunda mano que encantaron a Grace.

Fue la tarde más bonita que recordaba.

CAPÍTULO 28

El periódico de la mañana publicaba malas noticias. Robert salía en primera plana en todos los canales de información. Su candidatura para presidente no había durado ni veinticuatro horas. El teléfono de la agencia sonaba con insistencia, y no finalizaba una llamada cuando entraba otra. Sarah estaba desbordada pues no podía hacer de muro de contención para todo.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Por un momento, Grace se sintió desorientada pues era la primera vez que se despertaba junto a Robert en su apartamento.

—Grace, por favor, es urgente —escuchó decir a la secretaria.

Se levantó de la cama y se colocó la bata mientras caminaba hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —Sarah tenía el rostro demudado.

—Deja que te lo muestre —Sarah la cogió de la mano y tiró de ella hacia el salón.

Robert se había reincorporado al escuchar el jaleo. Buscó sus pantalones y se los puso con rapidez. Sarah había encendido la televisión mientras tanto.

Grace estaba petrificada. En la pantalla del televisor aparecía Emma Grey, y la que fuera en el pasado amante de su padre.

—¿Qué ocurre? —Robert se preocupó de veras al ver el rostro lívido de Grace que ni pestañeaba mirando el televisor.

Cuando escuchó su propio nombre, se giró hacia el aparato. Durante veinte minutos ninguno dijo nada, simplemente escuchaban la sucesión de palabras y noticias difamatorias vertidas sobre Grace, y las descalificaciones hacia él y su intención de presentarse a la presidencia del país.

Sarah apagó finalmente el televisor y se acercó a ella.

—Será mejor que no salgas hoy pues la prensa espera fuera del edificio, y he optado por desconectar el teléfono —Grace seguía sin decir nada—. Os traeré un café.

Sarah abandonó la estancia sin hacer ruido.

Robert y ella se mantuvieron de pie durante varios minutos sin decir nada, no hacía falta porque no se podía explicar lo que ambos sentían en ese momento.

—¿Qué significa esto? —preguntó Robert confundido—. ¿Por qué motivo Grey a dicho tales mentiras?

Ella respiró profundo varias veces antes de mirarlo.

—No son mentiras —admitió apenada.

—¿Por qué? —preguntó Robert impactado.

—Emma Grey ha decidido sacar a pasear los cadáveres de mi armario.

—¿Tus cadáveres...? —no pudo continuar de lo asombrado que estaba.

Grace camino hasta la salita y se dejó caer sobre el sillón. Robert la siguió al instante y también tomó asiento. Sarah traía una bandeja con el café y la depositó en la mesilla. Se fue tan silenciosa como llegó.

—Tenías que habérmelo contado —dijo de pronto Robert.

Los ojos de Grace estaban vidriosos, como si estuvieran a punto de llorar.

—¿Qué...? —preguntó dolida—. ¿Qué mi padre era un adúltero? ¿Qué pagó un informe pericial para inculpar a un delincuente? ¿Qué absolvió a otro? Era juez, y los jueces también se equivocan en sus sentencias —Robert no sabía qué decir a continuación—. Mi pasado será una losa para tu candidatura a la presidencia.

Robert se recostó hacia atrás y la miró fijamente.

—Los hijos no deben pagar por los errores de los padres.

—Pero hay más cadáveres —anunció ella.

—No me importa los cadáveres de tu padre —afirmó él.

Grace trató de sonreír pero no pudo. Emma Grey había sacado los trapos sucios del juez Silver, y los estaba aireando de una forma brutal. En los minutos que habían estado viendo la entrevista, la periodista había dejado caer el nombre de tres mujeres más, ascendiendo a cuatro el número de amantes que había tenido su padre.

—Deberían importarte si deseas optar como candidato a la presidencia.

A Robert no le importaban las amantes que hubiera tenido el juez, pero sí la sospecha sobre la manipulación de pruebas y las sentencias amañadas que había dejado deslizar una de las amantes en la entrevista que había concedido a Emma Grey. Aunque pudiera demostrar que no era cierto, el daño causado a la reputación de Grace era muy grave, y mucho se temía que era en cierta forma irreversible.

—Piensas en el valioso informe que salió tras la muerte de tu paciente, ¿verdad? —ella no contestó—. Sigues preguntándote si tu padre tuvo algo que ver.

Ella lo miró ojerosa.

—Sé, que lo tuvo.

—No puedes estar segura.

Grace ladeó la cara mientras se mordía el labio inferior.

—Lo estoy.

Robert la veía debatirse en cuestiones silenciosas que lo inquietaban. Era como si tomara y descartara opciones que lo implicaban directamente a él.

—¿Qué te preocupa?

Ella lo miró durante un instante largo.

—Cómo lograr que salgas de esto indemne.

Le sorprendía y lo conmovía que se preocupara de esa forma por él.

—¿Piensas que me preocupa que me salpique un poco?

A ella le hizo gracia esa falta de previsión sobre su futuro político, porque en ese momento estaba en entredicho por culpa del pasado del juez Silver.

—Estás empantanado —dijo con humor.

—Saldremos de esta.

Le gustó especialmente que le hablara así. Robert lograba serenar sus aguas agitadas. Junto a él todo parecía más fácil.

—Voy a hacer una llamada...

Grace lo vio dirigirse al dormitorio que habían compartido. Lo escuchó hablar aunque no pudo seguir la conversación que mantenía. Lo vio regresar treinta minutos más tarde. Ella seguía en la misma postura sentada, y sin probar el café que les había dejado Sarah.

—He puesto el asunto en manos de mis abogados —informó Robert.

Lo observó con cautela.

—No tienen nada que hacer.

—¿Quién se ocupó de tu defensa? —inquirió curioso.

Ella suspiró suavemente.

—Drew Morrison y asociados —contestó en un susurro.

Drew Morrison había sido amigo de su padre, y llevó su caso desde el afecto que sentía hacia ella.

—Tiene buena reputación aquí en Nueva York —dijo Robert—, pero yo trabajo con el mejor, Friedman.

Grace lo miró atentamente. Friedman era un reconocido abogado a nivel internacional. Estaba especializado en fusiones, adquisiciones y finanzas corporativas. Por sus manos habían pasado algunos de los asesoramientos de importantes transacciones financieras para Citigroup o Nasdaq.

—Uno de los mejores letrados de Estados Unidos, pero te recuerdo que no es abogado penalista —contestó Grace en voz baja.

—Su nombre suele imponer bastante respeto igual que su trabajo —afirmó Robert con una ligera sonrisa—, y puedo asegurarte que con tu defensa hará un trabajo impecable.

Ella se encogió un poco sobre el sofá, pero no porque tuviera frío o estuviera asustada, sino porque era uno de sus esos gestos que hacía cuando necesitaba meditar protegida en su palacio mental.

Grace pensó en su padre que había sido demasiado proteccionista. En su madre que se había pasado la mayor parte de su vida enferma y aislada. En ella

que no había crecido como una niña normal. Había pasado largos años en internados, pero gracias a la profesión que había escogido, pudo analizar y separar los diversos sentimientos negativos que acumuló a lo largo de los años.

Robert interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Ha llegado la hora de que pasemos a la ofensiva —dijo éste. Grace seguía meditando en silencio, como si estuviera sola—. Vamos a tratar este asunto como se debió tratar en el pasado: con contundencia.

A Robert le parecía increíble y desmedido el papel que había adoptado la periodista con respecto a Grace. Actuaba de una forma poco profesional, aunque Robert se dijo que muy pocos periodistas actuaban de forma honesta y ética cuando se trataba de escalar en su profesión.

—Creo que Emma Grey ha debido de sufrir un hecho traumático en el pasado que la ha marcado de por vida, y por ese motivo se conduce así de...

Robert no la dejó terminar.

—Gilipollas.

Grace chasqueó la lengua por la palabrota.

—Déspota —corrigió.

—¿Sientes lástima por ella?

Grace intuía que tras la venganza que enarbolaba la periodista debía de existir un motivo oculto. Algo que la envenenaba por dentro, y que no le permitía ser objetiva o imparcial. Actuaba con desdén, despecho, y un odio que llegaba a ser preocupante.

—Dime —insistió Robert—, ¿sientes lástima por ella?

—Tiene la mejor excusa para justificar su actitud —las cejas de Robert se alzaron en un interrogante mientras la escuchaba—. Es periodista por si lo has olvidado —le trajo a colación.

—Su profesión no la exime, todo lo contrario, porque un buen profesional de la información busca siempre la verdad sin tener que dejar muertos inocentes por el camino.

Grace pensó que Robert tenía parte de razón.

—Las emociones tienen la facultad de inspirarnos hasta alturas insospechadas, o limitar nuestra visión hasta niveles vergonzosos.

—Esa mujer no tiene emociones porque no tiene corazón —la contradujo.

—Está llena de ira, e ignoro la razón —Grace seguía pensativa.

—Lo que me ha quedado claro es que todo para ti tiene una explicación científica —Robert lo dijo como una crítica, aunque ella no se molestó.

—La ira provoca unas emociones muy fuertes —continuó Grace—, no solo nos pone en actitud física de combate y concentra toda nuestra atención en el punto de conflicto, también nos hace estar absolutamente seguros de que

estamos en lo correcto, y cierra nuestra mente a escuchar argumentos diferentes aunque suenen razonables.

—Olvidas que esa mujer te persigue, te acosa. Te ha difamado, injuriado. Se ha introducido en tu hogar llevándose información que no le pertenecía y que claramente te perjudicaba.

Grace no escuchaba, seguía cavilando en la actitud de Emma Grey, y en sus posibles motivos ocultos para querer causarle el mayor daño posible. Le había quedado claro que no era un hecho puntual, que tampoco tenía que ver con Serenity. Ese odio estaba muy concentrado y se había alimentado durante años. Sin embargo, ¿qué lo provocaba?

—Está cegada por la ira —se respondió así misma—, y debo encontrar el motivo.

Robert pensó que no hablaba en serio.

—No estás en tus cabales, ¿piensas psicoanalizarla?

Robert apenas podía dar un paso sin que la prensa se le echara encima. Era consciente que todo se había magnificado tras el anuncio de su candidatura por parte del presidente del partido republicano y avalado por sus amigos el senador Freeman y el congresista Taylor. Sabía que su vida la iban a diseccionar lámina a lámina, pero no había contado que también lo harían con Grace.

Recordó tarde que ella se lo había advertido.

Ahora tenía que regresar a Washington pero no quería dejarla sola, y el viaje había suscitado la primera discusión entre ambos.

—Acompáñame.

Ante el tono imperativo de él, Grace volvió a negar con la cabeza. Robert insistía para que lo acompañara a Washington pero ella tenía asuntos que resolver en Nueva York y que no podía demorar por más tiempo.

—Ya resulta hasta violento que me obligues a darte mi negativa una vez más.

—No quiero que te quedes sola.

—No estoy sola —y no mentía porque Serenity estaba lleno de acompañantes y empleados, que seguían haciendo su trabajo diario a pesar de las decenas de periodistas que seguían apostados frente al edificio esperando una confirmación o desmentido sobre la información dada por Emma Grey días atrás.

—Entonces pospondré el viaje.

Ella se levantó del escritorio y caminó directa hacia él. Su rostro estaba demasiado serio y algo demacrado.

—Nuestras vidas no pueden detenerse por un incidente.

—No es un incidente.

—Cualquier incidente tendrá la importancia que nosotros le demos.

Robert apretó los labios porque no existía forma de hacerla cambiar de opinión cuando creía firmemente en algo.

—Estás banalizando un asunto demasiado serio.

—Resuelve tus asuntos en Washington que yo haré lo propio aquí.

—No me voy tranquilo.

Grace soltó el aire poco a poco.

—La desconfianza es un potente veneno.

—No desconfío de ti.

—Entonces demuéstralo —Robert iba a protestar con energía, pero ella se lo impidió—. Bajo ningún concepto voy a permitir que las acciones de una tercera persona condicionen mi vida presente o futura —Grace tomó aire—. No puedes presionarme para que lo haga.

Robert entendió que ella no iba a transigir en ese aspecto.

—Está bien —aceptó aunque a regañadientes—. Regresaré en un par de días.

Grace respiró aliviada porque la presión era demasiado y necesitaba poner algunas cosas en sus lugares correspondientes antes de continuar con su relación con Robert.

Grace se pasó la totalidad del día siguiente investigando en los documentos y archivos de su padre, documentos que se mantenían guardados en una caja de seguridad en la sucursal HSBC de Borough Park. Tras la incursión de Emma Grey en Serenity buscando información sustanciosa que pudiera utilizar contra su negocio, Grace decidió seguir utilizando la caja de seguridad que en vida había utilizado el juez Silver, pero esa mañana no encontró nada relevante. Había tenido la idea de que podría encontrar entre los papeles de su padre algo relacionado con las mujeres con las que había engañado a su madre. Esperaba encontrar alguna cuenta bancaria, dirección o indicio que le abriera el camino para seguir investigando.

Cerró la caja metálica y la colocó en su lugar correspondiente. Decepcionada e impaciente salió del banco y comenzó a caminar sin rumbo fijo. Ella había tenido conocimiento sobre una de las amantes de su padre, las otras habían sido un golpe inesperado y que la había sumido en una profunda pena. De repente tuvo un presentimiento que le hizo pararse en seco. Sacó el móvil del bolso, hizo una llamada siguiendo una corazonada, y cuando a través de la línea le dieron la información que solicitaba no pudo creerse su buena suerte.

Una de las direcciones pertenecía a la ciudad de Greenwich, otra a la de Trenton. La tercera era de Filadelfia, y la cuarta, sorprendentemente, estaba

situada en Harlem. Grace pensaba visitar esas direcciones que le habían facilitado porque quería mantener una conversación de tú a tú con los horrores de su pasado.

CAPÍTULO 29

Las visitas a Greenwich y Trenton le había dejado un mal sabor de boca. Encontrarse frente a frente con las amantes de su padre era algo que no le deseaba a nadie, ni siquiera a su enemiga declarada: Emma Grey. Durante años su madre había sabido de la existencia de una de las amantes, concretamente la que vivía en Filadelfia, por ese motivo se había ahorrado la visita hasta allí. A las otras dos las había visto por televisión cuando Emma Grey había decidido sacarlas del anonimato. Había acudido a la redacción del periódico de su adversaria, porque necesitaba que le facilitaran la dirección.

Sorpresivamente las había obtenido sin esfuerzo.

Conocerlas no le había provocado el sentimiento de rechazo que había imaginado en un principio, todo lo contrario. Eran mujeres tan simples que se preguntó qué habría visto su padre en ellas, pero el trago había sido muy duro porque a ninguna hija le resultaba fácil conocer la vida sentimental y adúltera del padre que idolatra, bueno, que idolatraba.

Y Grace siguió recordando lo amargo que fue conocer la relación ilícita que mantenía su padre cuando ella estaba a punto de ingresar en la universidad. Lo enfrentó y acusó tras conocer que mantenía encuentros asiduos con una mujer de Filadelfia, pero nunca se esperó que éste lo admitiera, y que tratara de justificarlo culpando a su propia esposa de lo que ocurrido. En ese momento lo odió aunque podía comprenderlo. Grace era consciente de las limitaciones de su madre que solía sufrir continuos ataques depresivos tras ser operada de un tumor cerebral que la había dejado grandes secuelas tanto físicas como síquicas. Ese, y solo ese, había sido el motivo que había incentivado su deseo de estudiar siquiatría. Su madre necesitaba su ayuda, y ella quería obtener los conocimientos necesarios para poder ofrecérselos.

Grace se había desplazado a Harlem en taxi, y el taxista detuvo el coche frente al Teatro Apolo, el edificio que buscaba estaba justo al lado. Pagó y salió con cierto recelo.

—¿Puede esperar aquí? —le preguntó—. No tardaré mucho.

El hombre asintió.

Camino firme hacia el edificio de color claro. El portal estaba situado al lado de una tienda de videojuegos. Leyó los apellidos del buzón, y cuando encontró el que buscaba, pulsó el interruptor sin dudar. La puerta se abrió con un chasquido eléctrico y ella se introdujo en el interior. Subió hasta la segunda planta. El edificio no era muy viejo y estaba limpio. Una puerta estaba

entreabierta. Indudablemente el dueño de la vivienda esperaba a alguien y ese alguien no era ella.

Se detuvo delante de la puerta y tocó el timbre.

—Llegas tarde —el sonido de un hombre joven la descolocó porque esperaba encontrar la voz de una mujer madura.

—Hola —dijo un poco nerviosa y sin atreverse a entrar.

De repente la puerta se abrió con brusquedad y un hombre de unos treinta años quedó plantado frente a ella. Tenía el pelo castaño y los ojos negros. Era alto y de complexión atlética, e iba vestido con ropa sanitaria. Grace entrecerró los ojos y tragó con fuerza. En los ojos masculinos había un brillo de reconocimiento hacia ella, pero Grace no lo había visto en su vida.

Aún pareciendo una cobarde, Grace dio un paso hacia atrás en clara retirada.

—Disculpe, he debido equivocarme.

Ya alcanzaba el pasamanos de la escalera de bajada cuando la voz de él la detuvo en seco.

—No se ha equivocado, señorita Silver —Grace percibía la tensión de su propio cuerpo. La angustia en su estómago, y el zumbido persistente en el interior de sus oídos—. Tenía la puerta abierta porque creí que era mi hermana.

Grace volvió a tragar. Miró el primer escalón sintiendo la urgente necesidad de marcharse de allí, pero algo la detuvo. Giró una parte de su cuerpo hacia el hombre que seguía de pie justo debajo del hueco abierto de la puerta. Era tan alto que casi tocaba el dintel de madera.

—Buscaba a Margaret Fraser.

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Margaret Grey —corrigió él—. Mi madre murió hace algunos años.

Quería huir. Quería marcharse, desaparecer. De todas las ideas que había tenido últimamente, la de conocer y hablar con las amantes de su padre, había sido la peor de todas.

—Esperaba poder hablar con ella.

Los ojos del hombre brillaron con ira. Los hombros de Grace se tensaron al percibirlo.

—Puede hablar conmigo —contestó él—, dispongo de veinte minutos.

La prudencia le hizo dar otro paso hacia atrás.

—No ha sido una buena idea —respondió finalmente.

Grace se giró de golpe y comenzó a bajar el primer escalón.

—Creí que quería hablar sobre el juez Silver.

Esas palabras la clavaron al suelo. El tono de él había sido insolente, insultante, y ella era una mujer que no se amedrentaba ante nadie. Tenía la

suficiente madurez para no caer en las trampas ni en los juegos de palabras indeseados.

—Conozco todo sobre el juez Silver —contestó fría, y con esa mirada profesional que daba a entender que lo tenía todo bajo control.

—¿De verdad cree que lo conoce todo?

Era indudable que al hombre le gustaba ponerla nerviosa. Veía en sus ojos cierto desdén y supo que estaba dirigido a ella.

—Ahora, estoy segura de que sí.

—¿Y no siente curiosidad...? —el hombre no terminó la pregunta.

Él sabía quién era ella, y ella sospechaba quién era él. Las cartas estaban sobre la mesa, pero Grace no quería jugar esa partida llena de trampas.

—Tengo que irme —dijo finalmente.

—Tan cobarde como la madre.

Grace apretó los labios. Si el hombre hubiera insultado a su padre, lo podría entender, pero que insultara a su madre, no, y no pensaba permitirlo. Se giró de golpe y lo miró con tanta frialdad que el hombre se irguió como si lo hubiera azotado un látigo de hielo. Subió el escalón hacia el rellano y caminó lentamente hacia él con la mano extendida.

El gesto de ella lo descolocó.

—Grace —se presentó.

Lo observaba como lo haría con un paciente que necesitara ingreso siquiátrico urgente.

—Alexander... —ella lo cortó al mismo tiempo que entrechocaba la mano que él finalmente le tendió.

—Alexander Silver —terminó por él.

Ella escuchó perfectamente el crujir de los dientes masculinos al pronunciar el apellido de ambos. Estaba enfadado porque Grace le había estropeado el factor sorpresa con el que creía contar.

Veía en el rostro duro la confusión que sentía. Seguramente se preguntaba cómo lo había descubierto, y Grace sintió algo de pena aunque no la suficiente para mostrar empatía hacia un hombre que exudaba furia por cada poro de su cuerpo.

—Se parece mucho al juez Silver —admitió con desgana.

—Algo que lamentaré el resto de mi vida —afirmó él—. Adelante —la invitó.

Grace entrecerró los ojos.

—Antes espero una disculpa por tu parte —había decidido tutearlo porque un hombre como ese no se merecía ningún trato de respeto.

—Lo siento, señorita Silver, no debí mencionar a su madre.

—No, no debiste hacerlo.

Se quedaron frente a frente mirándose como adversarios.

—¿De quién es el taxi que espera en la puerta?

La voz de Emma Grey resonó alta y clara por la escalera. Grace la reconoció y una sombra de pesar se abatió sobre su ánimo. Era muy duro descubrir que el juez Silver había tenido un hijo con otra mujer que no era su madre, pero para Grace sería mucho más duro descubrir que la persona que pretendía destruirla era también su hermana.

—Alexander que... ¡Grace Silver!

El tono asombrado de la otra casi le arranca una sonrisa. A la vista estaba que ella era la menos sorprendida de los tres.

—La familia reunida al fin —dijo con cierta ironía.

La alerta en el rostro de Emma le dijo todo. Como hijos ilegítimos del juez Silver, Emma quería vengar el agravio sobre ellos, y como no podía hacerlo con el padre porque estaba muerto, la hija legítima era la única opción. Ahora todas las piezas del puzle de su vida encajaban perfectamente.

—¿Cómo conocías esta dirección? —la voz de la periodista sonó irritada.

—Me la facilitaron en tu lugar de trabajo.

Los ojos de Emma se entrecerraron.

—¿Qué quieres? —preguntó soliviantada.

Grace no podía dejar de mirarla. Buscaba algún detalle en su físico que le mostrara de quién era hija porque no se parecía al juez, tampoco a ella...

—No pretendía nada —contestó en voz baja—, simplemente quería hablar con tu madre.

—¿Con mi madre? —casi gritó la otra—. Está muerta.

—Entonces no lo sabía.

Los ojos de la periodista se clavaron acusadores en el hombre que seguía ocupando el hueco abierto de la puerta. Ninguna de las dos mujeres había decidido entrar al apartamento.

—¿Por qué querías hablar con ella?

Grace pensó muy bien en la respuesta que quería ofrecerle y no en la que se merecía, así que optó por la sinceridad.

—Quería comprenderte.

La cara de Emma era un cúmulo de emociones: sorpresa, rechazo, odio.

—¿Has venido a burlarte de nosotros?

Esa era una pregunta estúpida.

—No suelo burlarme de las personas.

—¿A lastimarnos entonces?

Grace respiró profundamente porque Emma estaba a la defensiva, y con

claros deseos de golpearla. Nunca había conocido a una persona más llena de odio.

—A diferencia de ti, no me mueve el rencor —le espetó aunque de forma suave—. Ni tengo motivos para hacerte daño.

A la vista estaba de que Emma no la creía.

—Podemos seguir hablando en el salón —sugirió Alexander, aunque ninguna de las dos mujeres escuchó su sugerencia.

Grace observaba a Emma con infinita pena. Descubrir que tenía dos hermanos menores que ella pero ya adultos le supuso un caos absoluto. Ella había crecido añorando la compañía de un hermano, y su padre la había privado de dos. Podía entender la frustración que sentía la periodista. Su rechazo y rencor hacia todo lo que representaba Grace.

Nuevamente respiró hondo al mismo tiempo que se limpiaba la palma de las manos húmedas sobre el tejido de su chaqueta.

—Debo irme.

Ninguno de los dos hermanos impidió su marcha.

CAPÍTULO 30

—¿Cuándo regresa Robert? —la pregunta de Salma la sacó de sus cavilaciones.

—Tenía que llegar a última hora de la noche, pero le han surgido imprevistos y tomará un vuelo a primera hora de la mañana.

Salma la miraba atentamente. Cuando Grace le reveló que tenía dos medios hermanos, no podía creérselo. Seguía muy seria, ensimismada, y con muy pocas ganas de hablar al respecto.

—¿Quieres más café?

Grace se apartó de la ventana.

—Me encantan las vistas desde este lugar —dijo mientras tomaba asiento frente a Salma—, podría pasarme la vida mirando a través de los cristales.

A Salma no la engañaba su actitud calmada pues sabía que lo estaba pasando fatal.

—Imagino la revolución que ha debido significar para ti este descubrimiento.

Las palabras de Salma fueron pronunciadas con cariño.

—De adolescente, mi padre era mi ejemplo. Le admiraba porque con esfuerzo había logrado todas sus metas, quería ser como él cuando fuera mayor; era mi héroe. Pero cuando supe que tenía un amante, el mundo se cayó y me golpeó con tanta fuerza que me quedé noqueada durante mucho tiempo. Él no se daba cuenta de mi sufrimiento porque no permitía que lo viera.

—Imagino lo duro que tuvo que ser para ti.

—Fue una auténtica pesadilla. Quería despertar y darme cuenta de que no era cierto, que no era verdad. Que mi madre no estaba enferma, que mi padre no buscaba en otro hogar lo que no encontraba en el nuestro...

—La infidelidad no se puede evitar, Grace, somos humanos y ninguna de nosotras sabe si nuestros compañeros nos van a engañar —Grace se dijo que Salma hablaba con conocimiento—. Ser engañada, traicionada, es un dolor tan intenso como debe serlo la separación causada por la muerte, porque la pena es doble: vivir con el dolor y morir por el amor.

Grace entendía a su madre engañada. A su padre infiel, a esos hermanos desconocidos, pero, ¿quién la comprendía a ella?

—A mi madre se le desgarró el alma. Dejó de creer en sí misma, y experimentó las profundas raíces del miedo, de la incertidumbre y de la mentira. Dejó de vivir, Salma.

—Trato de comprender cómo te sientes.

Grace la miró desolada.

—¿Cómo vas a comprenderlo si ambas somos huérfanas? —Salma no entendía sus palabras—. Ninguna conocemos la excitación que conlleva correr delante de un hermano o hermana para que no nos de alcance. O la de sentirnos culpables si lo regañan por nuestra causa. Tampoco conocemos la felicidad cuando nos dicen, hermana, te quiero —Grace calló un momento—, o la tristeza cuando se marchan de casa y se alejan de nosotras.

—A veces los hermanos son un verdadero quebradero de cabeza.

—Pero son los primeros amigos de verdad que uno tiene... y que mi padre me haya mantenido en la ignorancia con respecto a ellos, es lo que mantiene mi equilibrio sobre puntos suspensivos.

—Todavía no salgo de mi asombro.

—¡Soy la hermana mayor! ¿Puedes creerlo?

—Lo que me tiene preocupada de verdad es que ellos sí conocían de tu existencia y no se preocuparon de poner fin a tu ignorancia —Grace iba a contestar pero Salma no se lo permitió—. Querían hacerte daño, te lo han hecho —rectificó seria—, y no puedo excusarlos ni comprenderlos.

—Actuaban movidos por el abandono —le aclaró.

—¡Nunca les has perjudicado!

—Pero represento la legitimidad de la persona que sí se lo hizo —Salma abrió la boca pero la cerró un segundo después—. Ignoro si mi padre los reconoció como hijos. Si se ocupó de que no les faltara de nada. Desconozco si han vivido en precariedad. Si fueron infelices de niños, de adolescentes —Grace tomó aire—. Ignoro tantas cosas importantes, cuestiones que pueden haber determinado su personalidad, y el rencor que sienten hacia la única persona que mantiene vivo el lazo de unión con el hombre que los engendró.

Salma se quedó pensativa.

—¿Volverás a hablar con ellos?

—Por supuesto —admitió franca—. Ayer no pude hacerlo porque me encontraba superada en emociones contradictorias. Necesitaba ordenar mis pensamientos y valorar las necesidades y carencias de las que pueden haber sido objeto. Necesito comprender sus emociones negativas.

—Eres increíblemente tonta —masculló Salma incrédula.

—Incríblemente razonable —la rectificó la otra—. Mis hermanos necesitaban proyectar su frustración rabiosa sobre mí porque no podían hacerlo sobre nuestro padre.

—Tus hermanos, vuestro padre —Salma la miró muy seria—. ¿Has valorado la posibilidad de que ellos no te vean como a una hermana sino como a

un enemigo?

—Ya cuento con ello —explicó simple.

—¿Y entonces?

—Voy a mostrarles que no soy una enemiga y que pueden contar conmigo.

—¡Válgame Dios!

Grace no podía entender la reticencia de Salma.

—Si fuese a la inversa, a mí me gustaría que me dieran una oportunidad.

—Eres imposible.

—Soy optimista.

—Eres temeraria.

Grace sonrió al escucharla.

—Tengo tres tareas por delante —dijo emocionada—. Comprender la actitud de mi madre, los motivos de mi padre, y encontrar la raíz del rencor que sienten mis hermanos para ayudarles a extirparla de cuajo.

Salma ladeó la cabeza hacia un lado.

—Te has olvidado una tarea muy importante —las cejas de Grace se alzaron con un interrogante—, la más grande de todas: Ward.

—No me he olvidado de Robert.

—Y como amiga me tomo la libertad de recordarte que esos angelitos hijos de tu padre se han cargado las aspiraciones políticas de tu prometido. La credibilidad de un juez intachable, y la paz espiritual de una hermana mayor.

—Tengo que llamar a Robert —dijo Grace de pronto.

—Me alegro que mis palabras no caigan en saco roto.

—Tiene que detener la demanda interpuesta sobre mis hermanos.

—Deja de llamarlos tus hermanos.

—Lo son.

Salma resopló porque el entusiasmo de Grace le preocupaba de veras.

—Lo serán solo si quieren ellos.

Grace no estaba de acuerdo, pero no quería enrarecer todavía más el momento que compartía con Salma.

—Aceptaré lo que ellos decidan.

—Al fin una frase acertada.

La mirada de Grace se clavó en un cuadro del salón. Tenía que hablar con Robert, y pensaba hacerlo cuando se fuera de casa de Salma.

—¿Quieres más café?

—Debo marcharme.

Los ojos de Salma se abrieron de par en par. Ella tenía muchas cosas que decirle todavía.

—Y ahora que hemos dejado hablar sobre los hijos de tu padre...

—Salma —la frenó la otra.
—¿No vas explicarme nada sobre el despectivo entrenador?
—¿Qué te hable sobre Tony Manning?
—Se mostró insufrible e insoportable la otra noche.
—Eso fue debido a tus comentarios sobre sus chicos.
—Me encanta el equipo que ha formado con ellos —confesó—, pero es demasiado permisivo con su capitán y muy duro con uno de sus defensas.
—Lamento haberlo invitado sin consultártelo antes.
Salma hizo un encogimiento de hombros.
—Me sorprendió, la verdad, porque esperaba que pasáramos una velada a solas. ¡Tenía tantas cosas que contarte!
Grace soltó un suspiro largo.
—Antes de venir a tu casa tenía una entrevista con Manning pero Robert apareció de improviso.
—¿La rueda de prensa salió bien?
Ella no quería contarle que Robert había sufrido un ataque de pánico.
—Estaba tan feliz que quiso celebrarlo después.
—Es algo natural entre una pareja.
Esa frase había sonado extraña en los oídos de Grace.
—Hasta hace unas semanas no tenía pareja. Me ocupaba de cuidar y proteger mi trabajo, lo descuidé tanto que me sentí desbordada, y por eso no pensé que lo juicioso sería quedarme a compartir su triunfo después de la rueda de prensa.
—¿Por qué invitaste a un completo extraño a nuestra cita?
—Porque Robert quería comentarle algo sobre un jugador, y porque me pareció apropiado que no estuvieses sola con nosotros dos.
—¿Y...? —insistió la otra.
—Seguí una corazonada —confesó humilde.
—No vuelvas a hacerlo —contestó Salma muy seria.
—No lo haré —prometió firme—. Al menos he descubierto que soy una pésima celestina.
—No estoy de acuerdo —dijo la otra—. Eres una celestina de élite.
Los ojos de Grace brillaron porque Robert había dicho exactamente lo mismo sobre ella.

CAPÍTULO 31

Si todos le decían que estaba equivocada, posiblemente lo estuviera.

Grace regresó al apartamento y llamó a Robert, pero después de mantener una larga conversación con él, se sintió mucho más intranquila. Robert había decidido no parar la maquinaria justiciera que había puesto en marcha para demandar a Emma Grey a pesar de que ella le había explicado sus motivos personales para no querer hacerlo, pero el teléfono no era el medio más idóneo para lograrlo porque era frío e impersonal, y Robert no podría ver sus gestos y emociones mientras hablaban y que resultarían mucho más elocuentes que sus palabras.

La puerta de su casa seguía llena de periodistas que esperaban una exclusiva de ella sobre las últimas informaciones. También había recibido una llamada personal del fiscal donde la citaba para una reunión. Imaginó que querría escuchar de sus propios labios que la acusación vertida sobre el juez Silver no era cierta, pero ella no tenía forma de demostrarlo porque había buscado entre los documentos de su padre sin encontrar nada. Recibió también una llamada del agente del FBI que había llevado su caso en el pasado y la citó para otra reunión. Ante el cúmulo de acontecimientos inesperados, Grace se descorazonó.

Sonó el timbre del teléfono y lo descolgó sin pensar.

—Emma Grey insiste en hablar contigo —la voz de Sarah le llegaba entrecortada.

—¿Está al teléfono? —había sentido una punzada.

—Está retenida en el vestíbulo por el servicio de seguridad.

Grace tapó el micrófono del teléfono para que Sarah no la oyera suspirar.

—Que espere en la biblioteca, bajaré en diez minutos.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca veinte minutos después, esperaba cualquier cosa de Emma, salvo ese profundo odio que apuñalaba y que ella quería aprender a desarraigar. El solo hecho de que se hubiesen criado en Harlem lo decía todo sobre su postura desafiante.

—Me molesta que me mires con ese aire de superioridad —le espetó Emma con desdén.

Grace la invitó con una mano extendida a que se sentara, pero Emma ignoró la invitación.

—Lamento si lo he hecho.

—Ya no pareces tan altiva como semanas atrás.

No iba a picar el anzuelo de sus palabras venenosas.

—Sigo siendo la misma Grace Silver de siempre —contestó suave.

Emma tenía apretado los puños a sus costados.

—¿Por qué fuiste a mi casa? ¿Qué buscabas?

—Quería conocer a tu madre.

—¿Por qué?

—Para comprenderla.

—No hay nada que comprender.

Grace lo estaba haciendo mal porque Emma se ponía cada vez más a la defensiva, y ella estaba llevado especial cuidado con sus palabras y sus gestos para que no fuera así.

—Había muchas cosas que no entendía —calló un momento—, hasta que decidiste revelar la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que somos hermanas.

Emma estalló en carcajadas ausentes de humor.

—¡No somos hermanas!

Por el iris de Grace se paseó la duda. El hombre que ella había visto en el apartamento se parecía a su padre, y su padre no tenía hermanos.

—¿Por qué motivo sientes la necesidad de mentir?

—Yo no soy tu hermana, gracias a Dios.

Grace tomó aire en un intento de serenarse, y de pronto sus ojos se abrieron comprendiendo, Alexander era hijo de su padre pero no Emma.

—Y te ha salido el tiro por la culata —dijo en voz baja como si lo hiciera para sí misma—. Tratando de ensuciar la memoria de mi padre expones a tu hermano a los medios.

—Tu padre era un desgraciado. Un gilipollas consumado.

Grace sintió el impulso de contestarle, pero lo pensó mejor. Si uno quería tomar buenas decisiones avaladas por las palabras, debía pensar con la cabeza fría antes de ofrecerlas.

—Entiendo que estés dolida pues yo también me sentí así cuando descubrí que mi padre engañaba a mi madre.

—No, no tienes ni idea —le espetó la otra con amargura—. No sabes lo que es ver que otro hombre se mete en la cama de tu madre cuando tu padre acaba de salir de ella.

Grace no era la primera vez que se enfrentaba a una persona cargada de ira, por eso era consciente de que, hasta que no se calmara, no sería posible dialogar ni razonar con ella, aunque esperaba que su rabia fuera momentánea.

—Puedo ofrecerte un café.

—¿Crees que quiero tu puto café?

—Cuidado, Emma —le aconsejó—, porque hay un tipo de rabia insidiosa muy perjudicial para la salud.

—¿Crees que me importa?

Grace podía vislumbrar qué alimentaba a Emma.

—A mí, sí —esa afirmación la descolocó—, porque ese tipo de rabia es muy corrosiva y suele ser permanente —le explicó—. Converge en un odio que no se puede controlar.

—Es cierto —dijo la periodista—, porque te odio con todas mis fuerzas.

Bueno, le había quedado claro que Emma volcaba en ella todo el rencor que acumulaba por las acciones de su padre.

—Nunca hice nada para ganarme esa emoción tan destructiva.

—Eres Grace Silver, ese es motivo más que suficiente.

Grace meditó en las palabras de Emma. La rabia era un acceso directo al odio y se convertía en una mina antipersona enterrada en el inconsciente lista para explotar al primer contacto. El odio era una predisposición permanente que bloqueaba el aparato auditivo para no escuchar lo que el objeto del odio tenía que decir en su defensa.

—Atacarme es la meta de tus emociones, estás convencida de que tienes razón para hacerlo. Odiarme lo has convertido en un acto revolucionario que da sentido a tu existencia, ¿no es cierto?

Emma seguía de pie frente a ella retándola con la mirada.

—Tenía que descubrir lo miserable que fue tu padre.

Grace ahora entendía que el intento de robo en Serenity años atrás nada tenía que ver con los clientes. Emma quería descubrir trapos sucios sobre el juez Silver.

—En ese intento de venganza puedes perjudicar a alguien muy querido, tu hermano Alexander.

Grace sabía muy bien a qué zona disparar.

—Él lo odia tanto como yo.

Ella se negaba a creerlo.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —afirmó airada.

Grace decidió tomar asiento. Estaba claro que, hasta que Emma no se desahogara, no se marcharía.

—No conviene aferrarse a una ideología sin haber pensado bien en la forma en la que va a influir sobre nuestra vida —Emma seguía callada—. Uno debe escuchar de forma abierta y sin prejuicio a todas las partes involucradas, en este caso Alexander —Grace guardó silencio para comprobar de qué forma le habían

afectado sus palabras—. Uno debe considerar los argumentos a favor y en contra del problema en cuestión... —Emma la interrumpió.

—No necesito hacerlo.

—Así que en esta historia eres la juez para Alexander y el verdugo para mí.

—Voy a destruirte, señorita Silver —afirmó rotunda.

Pero Grace no se dio por vencida.

—¿Has escuchado a tu hermano? —quedaba claro que Emma no sabía a lo que se refería—. ¿Te escuchas a ti misma, Emma?

—¿Qué tengo que escuchar?

—La verdad.

—¿Qué verdad es esa?

—Que no puedes tomar decisiones por los demás —ella no comprendía sus palabras—. La decisión de destruirme me pertenece en exclusiva, y solo podrás hacerlo si yo te lo permito.

Emma volvió a soltar una carcajada sonora.

—Serás el hazmerreir de Nueva York, todos los diarios de la ciudad mostrarán lo corrupto que era tu padre. Se regodearán sacando la podredumbre de tu familia y tu negocio se irá a la mierda.

Grace suspiró cansada. Lidiar con una persona tan cargada de odio resultaba desolador y muy frustrante.

—¿Crees que me importa lo que digan unos diarios?

—Debería importarte porque se irá tu vida y tu reputación en ellos.

La infancia de Emma debía de haber sido terriblemente infeliz, y la compadeció.

—Solo me importa lo que piensen de mí las personas que me quieren. Las que me conocen desde que era una niña. Las que me han visto crecer y saben cómo pienso, cómo siento y lo que soy capaz de hacer por las personas que amo —Grace vio tragar a Emma y supo que sus palabras la habían desconcertado—. Los diarios hablarán de mi padre durante un tiempo, pero todos aquellos que lo amaron, lo seguirán haciendo a pesar de tus actos —endureció la voz—, a pesar de ti.

—Pero habré logrado mi objetivo.

—¿Y después qué? —inquirió sin dejar de mirarla—. ¿Hacia dónde o hacia quién dirigirás toda esa rabia de la que te alimentas? Como un monstruo voraz, te destruirá.

Emma no había pensado en ello. Llevaba tantos años odiando todo lo que tenía que ver con la familia Silver, que no le importaba nada más.

—Todavía no he utilizado mi arma preferida —Grace no sabía qué pensar sobre la mirada triunfante que la otra le dedicó—. La prensa por fin tendrá

acceso al diario personal de Harry Bruce —el color desapareció del rostro de Grace.

¿Cómo había obtenido Emma el diario?

CAPÍTULO 32

El regreso de Robert de Washington a Nueva York supuso la segunda discusión para ambos. Había traído consigo al mejor abogado penalista que trabajaba para el bufete más importante del país. Como Robert había desoído la petición de ella de retirar la demanda, el abogado de ambos había movido los hilos para que Emma no pudiera facilitar a la prensa el diario de Harry Bruce como había sido su intención.

Tras la amenaza, el abogado se puso en contacto con el agente Johnson que había llevado el caso de Grace años atrás, y mantuvo una larga conversación pues deseaba saber cómo había obtenido Emma el diario con el que había amenazado a su cliente. Había bastado una llamada al director del FBI para detener las acciones de la periodista y retener el diario en custodia como medida cautelar.

El FBI había tomado cartas en el asunto, pero el abogado no se conformaba solo con eso. Iba a llegar a la raíz del problema, y eliminar la amenaza que representaba Emma de una vez por todas.

Cuando Robert le informó de las gestiones que había realizado, Grace le había reiterado que no quería seguir adelante con la querrela una vez que el diario había sido requisado por parte del FBI. Le había explicado los motivos personales que la urgían a mantenerse al margen a pesar del descrédito que las actuaciones de Emma le estaban ocasionando, pero él no la escuchó. Robert se defendió porque con las maniobras de la periodista su nombre también había sido puesto en entredicho. Grace le expuso razones válidas, pero él se mantuvo firme sin ceder un milímetro.

Los dos estaban de pie en la biblioteca del edificio. Robert ya no se hospedaba en el hotel sino con ella, y Grace valoró que esa circunstancia la dejaba en clara desventaja porque no disponía ni de un minuto de soledad para centrarse en el problema del hermano encontrado y la resentida hermanastra.

—Quería enfrentarme a esto de otra forma muy distinta —argumentó.

Las cejas de Robert se alzaron con incredulidad. El asunto Grey los estaba llevando a una situación extrema. Desde su llegada a Nueva York, Grace se mantenía distante y seria con él. Incluso le había preparado un cuarto de invitados aunque en la misma planta de ella. Llevaba dos noches sin poder dormir. El cansancio podía apreciarse en las bolsas oscuras bajo sus ojos

—En el pasado no tenías quién te protegiera, pero ahora sí.

—Necesitan ayuda.

—A veces las personas no buscan ayuda, y deberías optar por esa posibilidad.

Grace negó rotunda.

—Han sufrido mucho.

—Tú también.

—Pero yo tengo la capacidad de razonar los motivos que me causaron ese sufrimiento. Soy capaz de madurar que no fui responsable, pero ellos tampoco aunque no hayan aprendido todavía a asimilarlo.

Robert entrecerró los ojos con suma cautela.

—No les has dado una razón para esta injusta venganza que enarbolan y que te va a destruir si no pones los medios necesarios.

Emma lo intentaba pero ello no quería decir que lo consiguiera.

—No quiero que les hagas daño.

—Es la justicia la que determinará el daño que han causado a tu nombre, al mío, incluso al de tu padre.

Lo lógico sería que Grace se echara a un lado, pero en sus años como siquiatra había aprendido que hacerse a un lado no servía de mucho cuando una persona necesitaba ayuda, y Emma y Alexander la necesitaban aunque no fueran conscientes.

—Emma no ha tenido un guía para indicarle el camino correcto para poder enfrentar las dificultades. Ha vivido toda su vida alimentándose del odio, y le ha envenenado el alma.

—Eso no excusa sus actuaciones delictivas —Robert se refería al allanamiento de morada.

Al constante intento de desacreditarla utilizando las herramientas que su profesión le conferían. Al robo y uso de pruebas para hundirla.

—Lograré que encauce sus pasos, y tu carrera seguirá adelante —dijo Grace.

Robert se enojaba por momentos.

—Hago esto únicamente por ti.

Ella ya lo sabía.

—Pero es que yo no quiero perjudicarles.

Emma había cometido un delito muy grave y tenía que pagar por ello.

—¿De verdad piensas que puedes arreglarlo? —ella no lo creía, estaba plenamente convencida—. ¿Te ha pedido ayuda? ¿Se ha retractado de sus acusaciones y acciones? —ante el silencio penoso de ella, Robert maldijo airado—. ¡No quiere tu ayuda, quiere tu cabeza!

—Aunque fuera cierto, la decisión de ayudarla o no me pertenece.

—¿A pesar de lo que yo piense al respecto?

Llegados a ese punto, Grace reculó. Los sentimientos de Robert estaban por encima de cualquier discusión. Como profesional sentía empatía por los hermanos Grey, pero Robert, Robert se había convertido en algo crucial para su existencia.

—No —respondió sincera. Él soltó el aire que había contenido en el interior de su pecho—, pero quiero ayudarles.

—¿Aunque rechacen tu ayuda una y otra vez?

Grace no era tan estúpida ni tan idealista como para creer que, aunque la rechazaran mil veces, finalmente aceptarían su ayuda, pero quería intentarlo antes de darse por vencida.

—Volveré a tener una última conversación con Emma, según sea su respuesta, decidiré en un sentido o en otro.

—Sigo creyendo que pierdes el tiempo con ella.

En ocasiones Grace también se lo decía, pero los años de estudio le habían inculcado a no rendirse y tratar de llegar hasta el final.

—Es hermana de mi hermano, del único hermano que tengo.

Robert podía entender lo importante que era para Grace mantener un lazo de unión con el único familiar que tenía. Si hubiera tenido más hermanos, su visión sobre el asunto sería otro muy distinto, pero era capaz de ponerse en la piel de ella y percibir su alegría, su congoja, y ese sentido de la protección que solían desarrollar los profesionales como ella, y del que no podía desprenderse tan fácilmente aunque hubiera dejado de ejercer la siquiatria.

—¿Vas a hablar con él? —ella hizo un gesto afirmativo.

—Le envié un mensaje a primera hora de la mañana y aceptó —Grace respiró hondo—. Vendrá esta tarde a las cinco.

—Quiero estar presente —afirmó rotundo.

Ella volvió a suspirar.

—No es una buena idea —respondió al fin.

Robert tensó los hombros porque no le había gustado su contestación.

—Soy tu pareja, me preocupo por ti, y quiero protegerte.

Grace sonrió de forma cándida al escucharlo. Tener a Robert le suponía una tranquilidad increíble. En el pasado se había enfrentado sola a las dificultades, y resultaba muy reconfortante saber que contaba con su fuerza y su apoyo.

—Me siento protegida, gracias.

—Pero no me vas a permitir que presencie vuestra charla

Grace hizo un gesto negativo muy en su estilo.

—Debo hacerlo sola —la frase había sonado contundente.

—Lo sé, pero quiero ser útil.

—Lo eres —contestó ella con ojos brillante.

Robert quería seguir insistiendo, pero se contuvo.

—Tu casa sigue rodeada de periodistas.

El juez Silver había llevado casos muy importantes para la ciudad de Nueva York. Esos procesos judiciales le habían otorgado fama y prestigio. Ser reconocido en el ámbito jurídico, policial, también, ganarse tanto amigos como enemigos, por ese motivo despertaba tanto interés por parte de la prensa y la ciudadanía.

—Se irán con el tiempo.

—Podrías ofrecerles una breve explicación. Tu versión sobre los hechos.

Grace lo había pensado, pero sus experiencias pasadas con la prensa le había enseñado que, aunque cuidara sus palabras, los periodistas siempre creían leer entre líneas y cambiaban de forma significativa lo que escuchaban para hacer la noticia más explosiva todavía.

—Cuando termine de hablar con Alexander, hablaré con ellos.

—Estás emocionada, puedo apreciarlo en el tono de tu voz.

Era cierto. Emma la estaba metiendo en un problema de órdago, pero gracias a ella había descubierto que tenía un hermano, y esa era una noticia maravillosa.

—Será mi segundo familiar después de ti...

CAPÍTULO 33

Alexander estaba muy incómodo. Se había metido las manos en los bolsillos de sus pantalones grises en un intento de mantenerlas quietas. Lo último que había esperado era una llamada de ella, de la hija del juez Silver, pero allí estaba, plantado frente a la mujer y sin saber qué decir o hacia dónde mirar. Era la primera vez que pisaba el hogar del hombre que lo engendró, y se dijo que la situación era en verdad extraña.

El lujo de las estancias resultaban apabullante.

Grace se sintió inquieta porque la mirada del hombre sentado frente a ella trataba de ser lo más indiferente posible, pero no la engañaba en absoluto. Lo observaba todo con aire crítico, y creyó entender lo que cruzaba por su mente. Silver Mansion Place era un edificio emblemático. Decorado con un elegante y caro mobiliario que el juez Silver había heredado de sus padres, y que había enriquecido con un gusto personal exquisito con detalles de los lugares más lejanos. Grace recordó el modesto apartamento en Harlem de su medio hermano. La diferencia era tan aplastante que sintió cierta vergüenza.

—¿Quieres un café? —el hombre negó con un gesto—. Imagino que te sentirás algo violento por mi llamada.

—No —respondió rápido—, la esperaba desde hace treinta y cuatro años.

La forma de hacerle saber su edad era intencionada.

—No sabía que existías.

—Crecí creyendo que sí —esa afirmación la desconcertó—, tu padre me hablaba mucho sobre ti.

Ella apreciaba un tono decepcionado en su voz.

—Lo lamento —contestó—, porque conmigo no hizo lo mismo. Nunca te mencionó.

Alexander torció la boca en una mueca irónica.

—No querría perturbar la tranquilidad de su niñita.

Grace percibía el desprecio que sentía hacia ella en cada sílaba.

—Me hubiera encantado que lo hiciera.

Él, ladeó la cabeza con desdén.

—No lo digas para complacerme.

Grace pisaba terreno resbaladizo.

—Me limito a decir lo que siento.

Alexander apoyó la espalda en el respaldo de la silla y entrecerró los ojos.

—¿Me estás sicoanalizando? —inquirió.

—En ocasiones no puedo evitarlo, es mi profesión.

—Me desagrada.

—Es parte de mi forma de ser.

—¿Por qué te inclinaste por la psiquiatría?

—Para ayudar a mi madre —los ojos de él brillaron extraños—. Sufrió mucho después de la operación, y tras conocer los engaños de nuestro padre —la palabra nuestro había sido intencionada.

—Es curioso que no estudiaras derecho —respondió él.

—¿Porque nuestro padre era juez? —preguntó ella.

El padre de ambos la había alentado para que siguiera sus pasos, y por eso no tenía la menor duda que habría insistido en que Alexander estudiara derecho.

—Deja de decir nuestro, me asquea —ordenó él.

Alexander sonrió aunque sin ganas.

—Habrías sido un excelente abogado.

—¿Por qué lo dices? —Grace guardó silencio mientras seguía observándolo.

Alexander era parecido al padre de ambos incluso en algunos gestos que hacía como tocarse el mentón y sonreír de medio lado de forma cínica.

—¿Te pagó los estudios? —Grace no se fue por las ramas, quería penetrar la coraza de Alexander, y lo haría con una de las emociones más cuestionadas: la gratitud.

El hombre bajó los ojos al suelo, era como si no quisiera que ella viera cuánto detestaba tener un motivo de agradecimiento al juez Silver.

—No —admitió seco—, fue mi hermana quien me ayudó a costearlos.

La base que había querido fundamentar bajo los pies de su hermano para comenzar a hilar un acercamiento, se desmoronaba.

—No te creo —Alexander la miró sorprendido—. El juez Silver podía tener muchos defectos, pero no la tacañería. Estoy convencida que nunca te desatendió económicamente, ni a tu madre tampoco.

El hombre resopló con fuerza.

—No he tocado su dinero ni pensaba hacerlo.

De modo que sí lo había dejado protegido monetariamente.

—¿Conoces los motivos para que mi padre engañara a mi madre con la tuya?

—Y con varias más...

Grace respiró hondo. Alexander no era un hombre difícil, ella se había enfrentado a otros mucho más complejos, pero el lazo familiar que los unía le impedía mostrar objetividad y le hacía ser demasiado comedida en las preguntas.

—A mi madre le extirparon un tumor cerebral —el rostro del hombre ni se

inmutó—. A partir de entonces, nunca fue la misma. Había perdido la movilidad del brazo derecho. No podía hablar con coherencia, y sufría constantes jaquecas y depresiones que la confinaron en su dormitorio. Una mujer inteligente, exitosa, y llena de elegancia, se convirtió de pronto en un ser enfermo y autodestructivo.

—Puedo imaginarme lo que significó para tu padre.

—Gracias.

—Pero eso no excusa su comportamiento miserable.

—Desde la madurez que me han dado los años y la experiencia —comenzó a decir ella—, puedo entender que nuestro padre fuera un hombre desdichado. Buscar la felicidad con otra mujer debió de convertirse para él en una vía de escape.

—Se podría haber divorciado de tu madre si tan infeliz era con ella.

—¿Divorciarse de mi madre para casarse con la tuya? —ella estaba atónita. Alexander no contestó y Grace lo hizo por él—. Entonces sí que se hubiera convertido en un miserable.

—Esta conversación no conduce a ningún lugar.

Era cierto. Grace había perdido por completo la objetividad. Se estaba mostrando demasiado pasional y eso era nuevo para ella.

—¿Cómo murió tu madre? —preguntó muy interesada.

—Fallo hepático... —ella lo interrumpió.

—Lo lamento.

—...por cirrosis —Grace lo miró atentamente.

Frente a ella estaba sentado un hombre corpulento, demasiado duro, pero ella pudo discernir lo crudo y difícil que debió de transcurrir su infancia y adolescencia.

—Se dio a la bebida por culpa de su amante.

Grace veía que Emma había hecho un trabajo exitoso con su hermano, lo había llenado de rencor igual que ella.

—No pongo en duda tus palabras —consintió ella—, pero como no dispongo de todos los datos, me guardó la sospecha sobre los verdaderos motivos que pueden llevar a una mujer a la bebida.

—Créeme —siguió él—, la culpa la tuvo el juez Silver.

Grace cerró los ojos durante un momento. Le había quedado claro que Alexander no sentía ningún tipo de empatía por ella. Tampoco sentía la necesidad o la curiosidad de conocerla, y esa certeza la descorazonó.

—Deseaba ayudarte —Grace se percató de que hablaba en pasado—, deseo ayudarte —rectificó.

Alexander sabía que ella no hablaba de dinero.

—Ni quiero ni necesito tu ayuda. No deseo mantener ningún tipo de

relación fraternal contigo.

Esas palabras la llenaron de tristeza.

—Y, entonces, ¿por qué respondiste de forma afirmativa a mi invitación para venir a conocerme?

El hombre la miró fijamente.

—Para pedirte por las buenas que nos dejes en paz a mi hermana y a mí.

—Olvidas un pequeño detalle pero muy significativo, es tu hermana la que está tratando de destruirme.

—Tiene sus motivos.

—¿Son los tuyos?

Él, lo pensó un momento.

—Me importa una mierda lo que sea de tu vida.

Grace se dijo que Alexander sabía dónde clavar muy bien el cuchillo de la indiferencia.

—¿No existe en tu corazón ni un atisbo de curiosidad por tratar de conocerme?

—Te conozco, y no deseo mantener ningún tipo de contacto contigo.

Grace supo que él se refería a las conversaciones que habría mantenido con el padre de ambos sobre ella, y se preguntó de nuevo por qué motivo la había mantenido en la ignorancia.

—Es mi obligación informarte de que no voy a rendirme.

Alexander se levantó rápido, apoyó la palma de las manos sobre la madera del escritorio, y se inclinó hacia ella de forma intimidante.

—He venido hasta aquí para decirte que nos dejes en paz. No queremos nada contigo ni ahora ni nunca, ¡acéptalo!

El hombre se giró sobre sí mismo y se marchó en silencio. Grace se quedó tan sorprendida como decepcionada.

Esa noche, Robert se metió en su cama y la abrazó con fuerza.

—Necesito dormir —le confesó.

Ella no se había olvidado de su insomnio crónico. Había esperado que recurriera a los somníferos para dormir, y por lo visto no lo había hecho.

—Una noche más sin dormir como las tres últimas pasadas, y me volveré loco.

—¿No pensaste en tomar un tranquilizante?

—Tú eres mi mejor tranquilizante —Grace pegó su espalda al pecho masculino.

—Me alegra saber que lo soy.

Las palabras de ella lo animaron en su siguiente afirmación.

—Tienes que compartir tus preocupaciones conmigo.
—Todavía me cuesta aceptar este cambio tan importante en mi vida.
—¿El descubrimiento de tu hermano?
—Mi relación contigo.
—Por cierto, ¿cómo fue?
Ella suspiró largamente.
—Diferente a como había planeado.
—Eso no me dice mucho.
Grace decidió sincerarse.
—Desea que lo deje en paz.
—Te resultaría muy duro escuchar eso cuando te has alegrado tanto de encontrarlo.
—No llevé el asunto bien.
—No puedo creer eso de ti, eres la mejor psicoanalista que conozco.
—Estoy implicada emocionalmente, y me dejé llevar por la pasión de los sentimientos. Malogré una buena oportunidad de unir el hilo roto que dejó nuestro padre.
—Recuerdo que una vez me dijiste que eras muy buena con la aguja.
—Por eso no me he dado por vencida. Pienso seguir intentado mantener una relación fraternal con mi hermano.
—¿Y con su hermanastra?
Ese sí que era un escollo.
—Lo dejaré a la elección de Alexander.
—¿Se te hace raro que se llame igual que tu padre?
—No.
—Podría haberte puesto su nombre a ti, Alexandra.
—Llevo el de mi abuela paterna.
—Y me encanta tu nombre —confesó él—, toda tú me encantas.
Ella se apretó todavía más al cuerpo fibroso.
—Me preocupa el futuro de Emma —por la mañana se había enterado que había sido despedida de su trabajo, además tendría que hacer frente a una demanda millonaria de la que ella no quería ser partícipe. Así se lo había comunicado a Robert, él, finalmente había aceptado.
—No se puede ir por la vida perjudicando a personas inocentes. La justicia está para proteger y velar por nuestra seguridad e integridad, y ella no se puede ir de rositas después del daño que ha ocasionado.
—Pero así Alexander tendrá un motivo más para despreciarme —las palabras femeninas habían sonado dolidas.
—No les hace falta motivos, Grace.

Ella percibía la respiración pausada de Robert sobre su hombro, y pensó que podría estar así toda la vida.

—En el futuro intentaré un nuevo acercamiento —confesó en voz baja.

—Ya sabes que aceptaré lo que decidas, y que te apoyaré en todo.

Grace se giró hacia él y le acarició el mentón con mucha suavidad.

—Me alegro mucho de que estés a mi lado. Todo contigo es mucho más fácil.

—Me alegra saberlo, y me alegra todavía más anunciarte que abandono mi candidatura.

Ella no pretendía eso. Ahora que todos sus trapos sucios habían salido a la luz, y que Robert había podido parar a tiempo la sangría de descredito sobre su reputación, no tenía por qué abandonar su sueño. El proceso iba a ser muy largo y duro, pero quería estar a su lado en todo momento.

—No quiero que te rindas.

—Solo lo he pospuesto hasta tener a mi familia perfectamente atendida. Ahora tú eres mi principal objetivo. La Casa Blanca puede esperar —a ella la emocionaron esas palabras—. No quiero esperar hasta marzo para casarnos.

Grace parpadeó porque no se esperaba esa afirmación.

—Pues no esperemos entonces —Robert se inclinó sobre su boca y la besó apasionadamente.

Ella se abrazó a su cuello y la atrajo hacia su cuerpo para quedar todavía más pegada a él.

—Hace mucho tiempo que no me dices un piropo cursi de esos que me gustan tanto.

Robert sonrió ampliamente.

—Ya estás otra vez alborotándome el insomnio.

—Luego te dejaré dormir.

Robert la besó de nuevo de forma larga y profunda...

EPÍLOGO

—No puedes abrir los ojos todavía.

Grace sostenía en las manos el ramo de novia: un manojo de hierbas silvestres. Se habían casado a las doce del medio día, y habían volado hacia Washington para instalarse allí. Robert había preparado una pequeña recepción en la casa, y que iba a tener lugar en breve. La ceremonia había sido muy íntima, solo habían asistido los familiares más cercanos de Robert. Por parte de Grace habían asistido Salma, Sarah y las acompañantes de Serenity. Cuando Robert le hizo saber que no quería esperar hasta la primavera para darse el sí quiero, ella aceptó. Obtuvieron una licencia especial, y los había unido en matrimonio un juez amigo de su padre dos días más tarde.

—¿Pero a dónde me llevas?

—Te he preparado algo muy especial.

La mansión de Robert era impresionante. De estilo colonial y excesivamente grande. Casi se parecía a la Casa Blanca.

—Estoy impaciente por saber qué es.

Robert la llevaba de la mano hacia la parte trasera de la casa.

—Añoro aquellos duelos verbales del comienzo de nuestra relación.

—Y yo me alegro de que seamos una pareja normal y aburrida hasta en la forma de hablar.

—Nosotros nunca seremos aburridos. Cuidado con el escalón —ella lo tuvo. Robert se colocó detrás de Grace y la sujetó por los hombros—. Ya puedes abrir los ojos.

Cuando lo hizo, se quedó pasmada. En el jardín trasero de la casa, Robert había ordenado plantar un huerto donde crecían acelgas, espinacas, apio, y variadas verduras de hojas verdes.

—Nunca más volverás a pasar hambre —le murmuró junto al oído.

Ella se giró hacia él realmente emocionada.

—Tú si que sabes hacer regalos increíbles.

—Presumo que te he complacido.

—Mucho —admitió feliz—, siempre sabes cómo hacerme sentir bien.

Robert rió, y tomó la mano de ella para besarla.

—¿Echarás de menos Nueva York? —le preguntó—. Confío que no te aburra esta sosa ciudad —Grace admiró el hermoso y cuidado jardín. Toda la casa era espectacular.

—¿Bromeas? Estoy deseando conocer al presidente en persona, y pienso

pasarle un montón de contactos masculinos a Salma —las cejas de Robert se alzaron interrogantes.

—Tiembra Washington, Grace Ward ha llegado.

A ella le gustaba especialmente su nuevo nombre de casada.

—Serenity abrirá sus puertas a la flor y nata de la sociedad de Washington.

Grace había dejado a Salma a cargo de la agencia. Aunque ella tenía previsto viajar a Nueva York una vez al mes para comprobar que todo marchara bien.

—Salma hará un buen trabajo —trató de tranquilizarla.

—No tengo la menor duda.

—¿Regresamos con los invitados?

—Antes dime uno de esos piropos tan bonitos.

—Lograr el gran amor requiere grandes riesgos.

Grace entrecerró los ojos.

—Eso no parece un piropo.

—Tú eres mi gran amor, y yo soy tu gran riesgo...

NOTA DE LA AUTORA

La idea para la novela, *El regreso de Casanova*, surgió a raíz de leer un artículo en un periódico nacional, que explicaba la existencia de varias Agencias de citas para millonarios en Nueva York, y que cobraban miles de dólares por asesorar personalmente a hombres sin tiempo para salir o buscar parejas en internet.

A medida que iba leyendo el mencionado artículo, comenzaron a danzar las musas de la inspiración a mi alrededor. Seguí indagando en el asunto porque ya tenía perfilada una idea para una nueva novela de corte contemporáneo.

En mi búsqueda continua de datos me encontré con, *Premier Match*, y recopilé toda la información que pude sobre el tema para ponerme a la tarea de escribir. Por supuesto, no quería ofrecer una historia con una Agencia de Matrimonio como secundario de lujo porque ese gancho ya se ha utilizado mucho en literatura romántica. Tampoco quería escribir sobre el típico millonario seductor y dominante. No. Mi intención consistía en ir un poco más lejos aunque me saltase algunas reglas de base para profundizar en un tema un tanto controvertido, y que no se suele dar en la novela de corte romántico. Por esa razón, el personaje masculino que perfilé, detallé y escribí con tanto amor, además de ser un hombre de éxito, un seductor tan enigmático como decidido y millonario, tenía que ser tan adorable como imperfecto: el hombre más atípico de la factoría Geneve. El resultado de toda esa investigación y tiempo invertido, es esta novela que tenéis en vuestras manos.

Confío que hayáis disfrutado de su lectura, y que me hagáis llegar vuestras impresiones. Siempre es un placer leer vuestro comentarios al respecto.

Arlette Geneve